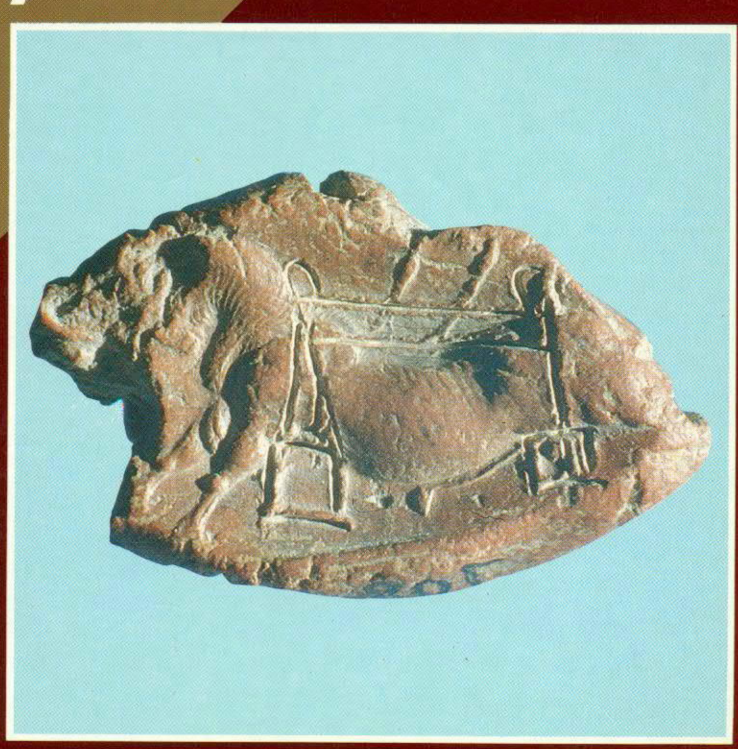
BIBLIOTECA HISTORIA 16

LOS GRIEGOS MICENICOS

Martín S. Ruipérez
y José Luis Melena



26

historia 16

LOS GRIEGOS MICENICOS

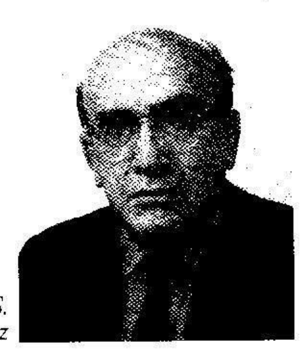
Martín S. Ruipérez
y José Luis Melena

Esta obra ha merecido
el patrocinio cultural de:

Banco Exterior de España
Endesa
Fábrica Nacional de Moneda y Timbre
Iberia
Renfe

Hermanos García Noblejas, 41.
28037 Madrid.
ISBN: 84-7679-175-5
Depósito legal: M-18.019/1990
Diseño portada: Batlle-Martí.
Impreso en España.
Impresión: MELSA. Carretera Fuenlabrada a Pinto, km. 21,800. Pinto (Madrid).
Fotocomposición: Amoretti.
Encuadernación: Huertas.


José L. Melena


Martín S. Ruipérez

MARTIN S. RUIPEREZ

Catedrático jubilado de Filología Griega. De 1947 a 1988 ha profesado en las Universidades de Madrid, Salamanca y Madrid Complutense. Ha cultivado la lingüística histórica griega e indoeuropea y la lingüística estructural, así como la filología micénica. Director de la revista *Minos* entre 1956 y 1980, es desde 1956 miembro del Comité Internacional Permanente de Estudios Micénicos. En la actualidad es presidente de la Fundación Pastor de Estudios Clásicos.

Son internacionalmente conocidos sus estudios sobre morfología verbal, que se vieron confirmados por el desciframiento del micénico, así como sus teorías sobre el aspecto. El Instituto de Lingüística Comparada de la Universidad de Innsbruck, Austria, acaba de recoger en un volumen *Opuscula Selecta* (1989) algunas de sus principales contribuciones.

JOSE L. MELENA

Catedrático de Filología Griega de la Universidad del País Vasco, director de la revista *Minos* y director también del Instituto Cultural Español «Reina Sofía» de Atenas y agregado cultural a la Embajada de España en Atenas.

Su producción científica se centra fundamentalmente en la interpretación de los textos micénicos. Actualmente trabaja en la recomposición de las tablillas micénicas de Cnoso, Creta y Pilo, mediante la identificación y unión de fragmentos. Por su aportación personal en el campo de los estudios micénicos, la Triopian Foundation for Archaeological Research de Chicago le concedió en 1977 uno de sus galardones.

PRESENTACION

NO es exagerado afirmar que el desciframiento del silabario minoico lineal B de las tablillas encontradas en Grecia y en la isla de Creta en estratos arqueológicos del Bronce Reciente entre ca. 1400 y 1200 a. C. constituye uno de los más importantes logros de nuestro siglo XX en el campo de las ciencias históricas de la Antigüedad.

Con ello, gracias a la labor genial de Michael Ventris y al trabajo metódico de los micenólogos desde 1953, la historia documentada de Grecia comienza unos setecientos años antes de lo que sucedía no hace todavía cuatro decenios y la lengua griega puede ser estudiada a lo largo de cerca de tres mil quinientos años de textos atestiguados casi sin solución de continuidad.

Se trata, por supuesto, no de una historia tradicional, ni siquiera de una historia basada en textos diplomáticos, sino del conocimiento de la lengua, de la geografía, de la organización política, social, administrativa y militar, de la economía, de la religión de unas gentes que fueron los antepasados de los griegos del I milenio, cuya experiencia constituye una de las parcelas más trascendentes y más importantes de la historia del hombre sobre nuestro planeta.

Sin la utilización de los documentos micénicos no hubiera podido escribirse esta monografía. Los autores proceden ambos del campo de la filología griega, bien entendido que la filología no es sólo lingüística, sino el estudio de aquella cultura a partir de los datos de los textos.

Los autores creen deber hacer dos puntualizaciones:

1. Este libro, aunque basado primariamente en los nuevos textos y aunque no desdeña adentrarse a veces en cuestiones de lingüística y de filología formal con el pensamiento puesto en los helenistas que lo utilicen, está más bien concebido para historiadores, como corresponde a la colección en que se publica.

2. Es aconsejable toda cautela en la utilización de los testi-

monios escritos micénicos. Los años que siguieron al desciframiento de Ventris conocieron una abundante bibliografía de todo tipo basada en interpretaciones de términos micénicos hechas intuitivamente o sobre especulaciones etimológicas. Más de tres decenios de trabajo crítico, paciente y sistemático han dado paso a un método exigente que busca el significado de un testimonio mediante el estudio paleográfico y pinacográfico que identifica las manos de los escribas, la organización y praxis de los archivos, la integración de las tablillas en documentos de varias «hojas», todo unido a una combinatoria que con frecuencia delimita el sentido de una palabra aunque no la identifique, y a un conocimiento directo de las realidades externas referenciales tomado de la arqueología, de la propia Grecia posterior y aun actual y de los archivos contemporáneos del Oriente Próximo. Nuestro deseo es que este libro refleje el estado actual de los estudios sobre el mundo micénico.

Esperamos que la lectura de las páginas que siguen estimulen el interés de historiadores y helenistas y sirva para enriquecer estos estudios con las aportaciones de nuevos cultivadores.

Martín S. RUIPEREZ y José Luis MELENA

Madrid y Atenas, febrero de 1990

Capítulo I
LA CUENCA DEL EGEO EN LA EDAD DEL BRONCE

A pesar de que el término de Edad del Bronce parece indicar una ruptura con el período anterior, marcada por la aparición del trabajo del metal. el paso del Neolítico Reciente al Bronce Antiguo en el Egeo puede ser contemplado mejor como una transición, ya que la metalurgia y las primeras aleaciones metálicas se atestiguan ya en estratos neolíticos medios y recientes en las civilizaciones balcánicas.

El Egeo se divide arqueológicamente en tres áreas importantes: la Grecia continental, las islas y Creta. Los hallazgos de estas tres regiones se datan mediante unas secuencias de períodos convencionales, que presentan una denominación específica para cada área: tenemos así el término de *Heládico* para la Grecia peninsular, el de *Minoico* para Creta y el de *Cicládico* para las islas. De estas denominaciones dos son evidentemente de origen geográfico (Heládico y Cicládico) y por lo tanto asépticas, mientras que la restante, impuesta por la personalidad de Evans, es de origen mítico (Minoico), que puede distorsionar peligrosamente la realidad al sugerir una falsa homogeneidad cultural para todo el Bronce cretense.

La Edad del Bronce (Heládico, Minoico y Cicládico) se divide tripartitamente en todas sus secuencias: hay tres períodos designados con los adjetivos *Antiguo, Medio* y *Reciente*, que se dividen en tres subperíodos cada uno de ellos, designados con los números romanos I, II y III, divisibles a su vez en tres compartimentos A, B y C, que pueden ser divididos a su vez en 1, 2 y 3.

La cronología relativa se establece mediante sincronismos de los hallazgos del Bronce Egeo y la absoluta mediante la comparación c con las civilizaciones coetáneas, fundamentalmente la egipcia. Sin embargo, se percibe cierto escepticismo generalizado a la hora de calibrar los sincronismos, de modo que las particiones reflejadas en la tabla que se ofrece en la página siguiente son puramente orientativas. El carbono 14 tampoco ofrece garantías, sobretodo por lo que atañe a las etapas más antiguas.La cronología absoluta debe ser considerada también con cierta precaución ya que puede revisarse con respecto a tres aspectos fundamentales: uno de ellos es la fecha de la erupción del

volcán de la isla de Santorín, situado relativamente en la transición del MR I A al MR I B. Las observaciones dendrocronológicas apuntan hacia una fecha de 1628-1626 y los depósitos de cenizas volcánicas de Groenlandia hacia el 1644 (+ 20 años) a.C., lo que haría remontar el comienzo del MR hacia el 1700 a.C.

Otra cuestión son las fechas absolutas de la cronología egipcia, sujetas a revisión para la XVIII dinastía y para todo el Imperio Medio y el primer periodo intermedio. Y en relación con esta cronología egipcia es discutible igualmente la situación de la fase del HR/MR III A 2.

Está claro que las gentes del Área del Egeo no era de una sola raza o pertenecían a un grupo cultural homogéneo. Parte de ellos deben ser los supervivientes de los tiempos neolíticos y debieron entrar en el Egeo nuevos elementos a lo largo del BA en distintas circunstancia. Una vez establecidos, debió de producirse una fusión de gentes y costumbres entre las comunidades vecinas. Las características de las migraciones aludidas son difíciles de determinar, ya que resulta imposible fijar con los datos puramente arqueológicos o antropológicos ni sus puntos de partida ni las vías de penetración. Es probable que los movimientos migratorios se originaran en el Este y llegaran a las costas del Egeo a través de Anatolia.

Los datos arqueológicos indican que las tradiciones culturales quedaron interrumpidas en varias ocasiones en el período que nos ocupa. Los medios de vida neolíticos fueron barridos bruscamente en la mayor parte de la región por la llegada de otro pueblo que conocía el trabajo del cobre.

Habitantes del HA y el problema del sustrato

Las gentes del HA II pueden ser caracterizadas gracias a la abundancia de restos, que muestran que tenían imaginación y sensibilidad y una organización social avanzada, a juzgar por los palacios de Lerna y Tirinte. Parece que vivieron una era próspera e intentaron la aventura de la mar. Pero puede obtenerse también una caracterización lingüística.

Blegen y Haley mostraron en 1928 que existía una correlación significativa entre determinados topónimos pregriegos de Grecia y los yacimientos de la cultura típica del HA y que dicha correlación no existía en otros períodos prehistóricos. Por lo tanto, de la observación lingüística de estos topónimos puede obtenerse información preciosa que va más allá de la mera constatación de que las gentes del HA I y

Años	Heládico	Cicládico	Minoico	Troya	Egipto Dinastías
3500					
3250					
3000	HA I	CA I	MA I		
2750					
2500					
2400	HA II	CA II	MA II	I	
2350					
2300				II	VI
2250					
2200			MA III		VII-X
2150	HA III	CA III		III	1º período
2100					intermedio
2050				IV	
2000			MM IA	V	XI
1950					
1900	HM I				
1850			MM IB	VIa	XII
1800		CM			
1750	HM II		MM II		XIII
1700				VIb	XVII
1650			MM III	VIc	Hicsos
1600	HM III				2´período
			MR IA		intermedio
1550		CR I		VId	
1500	HR I	Acrotiri		VIe	
1450	HR IIA	CR II	MR IB		
1400	HR IIB		MR II	VIf	XVIII
	HR IIIA 1		MR IIIA 1	VIg	
1350					
	HR IIIA 2		MR IIIA 2		
1300	HR IIIB 1			VIh	
1250	HR IIIB 2	CR III	MR IIIB		XIX
1200				VIIa	
1150	HR III C		MR IIIC	VIIb	XX
1100	Submicénico		Submicénico		

II no eran griegos. Se trata de los topónimos en -*ssós* y en -*nthós*, que aparecen en los nombres de ciertos elementos culturales prehelénicos, de los cuales quizá el más significativo sea el nombre para la bañera de arcilla cocida *asáminthos*, atestiguada por lo demás en las tablillas micénicas (*a-sa-mi-to*; incidentalmente, el término es de una importancia extraordinaria para fijar el nacimiento del griego como tal, ya que la frontera se vincula, como veremos, con la aspiración de la silbante indoeuropea en posiciones no apoyadas, fenómeno ya concluido cuando los micénicos adoptan la bañera portátil minoica y su designación). Topónimos con terminaciones parejas aparecen en Asia Menor, Grecia continental, Creta y las Cíclades, y su identidad puede definirse hoy con mayor precisión gracias a nuestro mejor conocimiento de las lenguas minorasiáticas del II milenio a.C. El ejemplo típico es el del orónimo *Parnassós* para el monte que acoge al antiquísimo santuario de Delfos. La terminación -*assa*/-*assi* es empleada en luvita para formar el caso posesivo o adjetivo y en esta lengua minorasiática parna significa casa o templo; por lo tanto parnassas significa «de la casa o del templo» y un orónimo «(Monte) del Templo» encaja bien con las circunstancias descritas para el Parnaso griego. El fin del tercer milenio trae consigo un marcado cambio, que se atestigua con una gran violencia en la Argólide, pero que quizá haya sido más gradual en la Grecia central. Este cambio se aprecia igualmente en las Cíclades, mientras que Creta no parece haber sido afectada de inmediato. La nueva fase del HA III aparece con claridad en Lerna como un estadio cultural bastante diferente del anterior y refleja la intrusión de gentes extrañas, que se asientan con carácter definitivo en un área considerable, aunque están por precisar aún la extensión exacta y la naturaleza de la ocupación. Los supervivientes del estadio anterior fueron absorbidos sin duda por las nuevas comunidades, De este modo, la entrada de un nuevo pueblo en Grecia marca la transición del Bronce antiguo al Bronce Medio.

El proceso de cambio cultural está reflejado arqueológicamente en muchas partes y debe haber sido complejo. Están por precisar también las características distintas de los grupos que se asientan y el lapso de tiempo que duró dicho asentamiento. La cultura que trajeron y el período en que esta floreció en el continente griego lo conocemos como Heládico Medio y es paralelo, poco más o menos, y contemporáneo de los primeros grandes Palacios de la Creta del MM, en los primeros siglos del segundo milenio a.C.

Esta primera parte del segundo Milenio a.C. constituye uno de los períodos más interesantes de la historia temprana de Grecia. De un

lado, la sociedad minoica y su civilización alcanzan su plena madurez, mientras en el continente se asiste a los humildes comienzos de una cultura que iba a alcanzar su pleno desarrollo en los siglos posteriores, ya que estas gentes continentales son los antepasados directos de los micénicos y, por tanto, el núcleo sobre el que se va a formar la Grecia clásica. Este nuevo poblamiento debió alcanzar la Grecia Central por el siglo XX a.C., procedente del norte o del este, o de ambas direcciones a la vez. Hablaban un habla de la familia indoeuropea que con el tiempo y gracias al contacto con las gentes del HA se convertirá en lo que denominamos griego, siendo su primera documentación las tablillas micénicas que permiten la realización de esta obra.

En contraste con Creta y las Cíclades, el continente experimento durante el HM un período de estancamiento. Los contactos con el Egeo se mantuvieron, pero no parecen haber afectado mucho al continente, cuya sociedad era, en comparación con la egea, atrasada, debido quizá al bajo número de pobladores y a una falta de organización y de recursos. Sólo en la fase final del HM hay una mejora que se aprecia fundamentalmente en las tumbas y que sugiere un aumento de los recursos y un incremento de la influencia minoica.

Hasta esta fase Micenas parece haber sido un asentamiento sin apenas importancia. Su paso a una potencia de primera línea lo testimonian dos círculos de *tumbas de pozo*, en los que se inhuman reyes y personas de familia real o altos dignatarios. El ajuar funerario está integrado por objetos de desarrollo continental, por claras importaciones minoicas y por novedades producidas de la fusión de ambas tradiciones. El estudio de los huesos ha revelado que los hombres eran más altos y más corpulentos que la media del HM y esto se ha atribuido a una selección natural física y a una mejora de la dieta alimentaria. Este grupo selecto parece ser un grupo humano más esbelto que la media y esta ventaja física ha sido puesta en relación con el manejo del nuevo armamento hallado en las tumbas. Por lo tanto, las bases del poderío de Micenas pueden haber estado muy bien en este tipo de hombres. Estas gentes de las tumbas de pozo pueden haber representado un grupo local que amplió su poder probablemente por todo el Peloponeso nororiental mediante la adpoción de nuevos métodos de combate. En otros lugares surgen grupos dirigentes similares. Los contenidos de las tumbas muestran materias primas ilimitadas, artesanos de elevada cualificación e intensos contactos con el Oriente. Se ha señalado que en el proceso de construcción de las unidades organizativas micénicas no es ajeno el impulso cretense originado por la búsqueda de materias primas, en especial el cobre y el

estaño.

En la ruta comercial de estos metales desde las civilizaciones centroeuropeas y danubianas hacia Creta, Micenas se encontraría en una posición ventajosa, ya que, además, domina la ruta más rápida hacia el este a través de la Argólide y a lo largo del golfo de Corinto. El testimonio arqueológico de la vinculación de Micenas a estas rutas lo consituye sin duda los hallazgos de ámbar báltico.

En una rápida marcha ascensional, hacia 1150 Micenas es , política y artísticamente, un centro rico e influyente en la península, que irá creciendo en fuerza en proporción inversa al declive de Creta. Las relaciones con la isla, comerciales a iniciativa minoica, como dijimos, en un primer momento, debieron tornarse depredatorias, atraidos los micénicos por el brillo de la civilización egea. El resultado, en cualquier caso, es una asimilación generalizada de la civilización minoica por parte de los micénicos, una «minoización» que abarca tanto los aspectos materiales y externos, con objetos y técnicas decorativas minoicas producidas en suelo micénico, como organizativos, entre los cuales hay que situar la adopción del sistema de escritura minoica para la notación del griego. Pero en este proceso de las relaciones entre ambas civilizaciones, la minoica y la micénica, jugó un papel esencial uno de los cataclismos históricos de mayor envergadura jamás conocidos.

A comienzos del MR la mayor parte de Creta fue devastada y abandonada por sus pobladores por un tiempo indefiinido. Hoy día, los nuevos elementos de juicio nos permiten conocer la causa del desastre y adivinar sus proporciones y consecuencias. Si repasamos una serie de yacimientos, vemos fácilmente que los restos ponen de manifiesto la existencia de un desastre. Así Tiliso, Sklavókambo, Nirú Jani, Amniso, Gurnia, Psira, Mojlos, Palékastro, Festo, Malia, Zacro y la propia Cnoso conocen una violenta destrucción en el MR I B, de unas características tales que no pueden atribuirse a la acción humana. Excluida ésta, los fenómenos naturales responsables sólo pueden haber sido o un terremoto o las consecuencias de la actividad volcánica. El abandono generalizado de la mayor parte de los lugares mencionados parece excluir una explicación basada en un terremoto aislado y se ha atribuido a la actividad volcánica de la isla de Santorín, Tera, unos 120 km. al norte de Creta, la estela de destrucción que cierra el período MR I B.

La isla de Santorín es en realidad la caldera de un volcán. El cono actual, llamado Nea Kaimeni, ha conocido erupciones en 1701, 1866 y 1926, y en menor escala en 1939-1941 y 1950-1951. La mayor parte

de la isla está cubierta de una mezcla de ceniza volcánica y piedra pómez conocida como *tephra*, y cuya estratificación refleja las distintas fases de la actividad del volcán: así una capa de pómez pura refleja la fase de eyección, una franja coloreada la erupción secundaria y la erupción principal y la explosión están representadas por el estrato de ceniza. No sabemos si las tres fases se produjeron en un corto período de tiempo y los desajustes cronológicos entre la explosión del cráter y las capas de destrucción en Creta siguen causando problemas.

Podemos hacernos una idea del desastre, si comparamos la explosión de este volcán de Santorín con la del volcán de las isla de Krakatoa, en el mar de Java, ocurrida en 1883, ya que las características de ambos volcanes son similares. Se trata de dos islas, si bien el área encerrada por la caldera de Santorín es cuatro veces mayor que la del Krakatoa. En los dos casos, la eyección de inmensas cantidades de piedra pómez y ceniza terminó con el colapso del cono.

La fase eruptiva del Krakatoa duró cien días, principiando el 20 de mayo de 1883 con la emisión de una elevada columna de ceniza. Durante los meses de junio, julio y agosto se suceden numerosos terremotos. El 26 de agosto, con la columna de ceniza ya de unos 30 km. de altura, se inician una serie de explosiones que culminan al día siguiente con cuatro gigantescas explosiones y la desintegración de Krakatoa. Las consecuencias del desastre son significativas: la ceniza es llevada por el viento a más de 5.000 km. de distancia, haciendo que en las zonas limítrofes la oscuridad sea total durante 57 horas (en un radio de más de 80 km.). Las corrientes marinas desatadas forman lo que se conoce con el término japonés de *tsunami*, un raz de marea que el 27 de agosto acabó con la vida de más de 36.000 personas en las costas de Java y Sumatra, cuyo litoral quedó completamente arrasado.

Si multiplicamos los efectos conocidos en Krakatoa por cuatro podemos hacernos una idea de la desolación que pudo ocasionar en las áreas aledañas y en especial en Creta la explosión del volcán de Santorín. Esta debió ser responsable de la emisión de una gigantesca nube de ceniza, que llevada por el viento del noroeste debió depositarse en llanuras y valles de Creta convirtiendo los campos en estériles desiertos de ceniza por algunos años. El raz de marea, cuyas proporciones son fáciles de colegir, debió provocar la destrucción de todo el litoral norte de Creta y de los barcos varados en los puertos septentrionales. Los terremotos que preceden a la desintegración de la caldera debieron causar la destrucción de las edificaciones palaciales, dada la especial arquitectura de las mismas, sin que puedan descartarse asimismo la existencia de ondas de choque.

La catástrofe de Tera se situa, pues, al comienzo del Bronce Reciente. Ya dijimos que en el continente la designación de Micénico sustituye al Heládico Reciente, debido al papel principal que desempeña la cultura micénica en este período. En efecto, en el Micénico II, el poder de Micenas no hace más que afirmarse en el continente y en el Egeo. Hacia el 1425 la capital de la civilización minoica, Cnoso, está en poder micénico, inaugurando un período de simbiosis cultural, proceso donde se ha querido situar también la adopción de la escritura. Sea como fuere, el carácter ahora letrado de la civilización micénica constituye un acontecimiento de primera importancia, ya que supone la posesión de un instrumento de primer orden para la organización administrativa y para su expansión comercial.

Eliminada Creta, el poderío de Micenas inicia una prodigiosa expansión por todo el Mediterráneo oriental a lo largo de los siglos XIV-XIII a. C. La cerámica micénica aparece en Troya, en Sicilia y en Italia y las costas del Mediterráneo oriental se pueblan con factorías micénicas (Mileto, Rodas, Licia, Panfilia, Cilicia y Chipre) y han de suponerse barrios micénicos en Ugarit y quizá Naucratis, donde se establecen los puntos de contacto entre las culturas semita y egipcia con la occidental micénica. Las menciones de *Aḫḫiyawa* en los textos hititas hacen referencia a algún asentamiento micénico vecino y sus reyes están considerados en pie de igualdad con los de Asiria, Babilonia y Egipto.

Poco antes de 1210 a. C., que es la fecha generalmente admitida para el final de subperíodo Micénico III B 2, un grave colapso afectó al poderío político y comercial de los griegos micénicos. Efectivamente, mientras que la cerámica del Micénico III A y B, se encuentra abundantemente en las colonias micénicas del Mediterráneo oriental y presenta una notable uniformidad en toda el área de la cultura micénica, la del Micénico III C que se encuentra fuera de Grecia es escasa. Ello debe ponerse en relación con otro hecho importante revelado por la arqueología. Se trata de que en Micenas cierto número de importantes edificios, situados fuera de las murallas y llenos de cerámicas del tipo III B, fueron destruídos por el fuego, al parecer intencionadamente, antes de que surgiese la cerámica del tipo III C, y al mismo tiempo que también era arrasado el gran poblado de talleres de alfarería de Berbati.

Lo cierto es que Micenas fue atacada y que la ciudadela resistió (ya que estuvo habitada en el período de la cerámica III C). Las relaciones con los centros de cultura micénica del Mediterráneo no parecen

haberse interrumpido totalmente, pues la cerámica encontrada en Chipre y Cilicia, sea o no de fabricación local, prueba que el arte evolucionaba en estas apartadas tierras siguiendo las mismas líneas que en el continente y que, por lo tanto, no estaban rotas las relaciones con Micenas. Pero es importante registrar el hecho de que también Pilo por aquellos mismos años conoció un peligro semejante, ante el que acabó por sucumbir, pues el palacio fue destruido. Sobre ello, el estudio de las tablillas permite algunas precisiones.

Por esos mismos años, otros palacios micénicos son igualmente destruídos violentamente (entre ellos, el muy importante de Tebas). El problema es que la arqueología no detecta huellas de los atacantes. Para explicar estas destrucciones de hacia 1200 a. C., se ha formulado la hipótesis de un cambio climático que, por un lado, habría provocado amplias migraciones en busca de tierras húmedas (Acaya, que ahora se ve poblada por primera vez con densidad apreciable; la llanura de Maratón, al E. del Ática, una y otra en el pasillo de vientos húmedos del O.), y, por otro lado, se habría manifestado en una gran sequía, en el azote del hambre, que habría impulsado a las poblaciones hambrientas al asalto de los graneros de los palacios. Pero resulta que los análisis del polen correspondiente a esos estratos revelan la existencia de una vegetación que no armoniza con el pretendido cambio climático. Por ello, más bien pensamos que una organización política (no necesariamente un único reino), social y económica basada en la guerra de conquista y en el comercio de ultramar, sufrió el colapso final cuando hacia 1200 los llamados «pueblos del mar» hacen acto de presencia en el Mediterráneo, sin que hayamos de pensar necesariamente en un ataque directo de éstos a los centros micénicos de la Grecia peninsular. Los griegos olvidan su escritura silábica, que había sido instrumento de la administración y de un comercio centralizado, ambos ya desaparecidos.

La cultura material, tal como se revela en la sucesión de estilos de cerámica, no sufre ninguna brusca alteración, lo que es señal de que no hubo penetración de nuevas gentes. La desintegración del mundo micénico fue más bien un proceso interno.

Hacia 1100, coincidiendo con el comienzo de la Edad del Hierro, se producen fuertes conmociones. En Micenas, un gran incendio destruye el palacio y otros edificios dentro del recinto amurallado, lo que ha venido atribuyéndose a la tradicionalmente a la llamada «invasión doria», que probablemente no fue una inavasión propiamente dicha, sino una sublevación interna.

El vacío dejado en el Mediterráneo por los griegos micénicos es

ocupado por los fenicios, semitas cananeos establecidos en la costa del Líbano, cuyos puertos eran terminales de las caravanas comerciales procedentes del interior de Asia.

BIBLIOGRAFIA COMENTADA

Una buena visión de conjunto actualizada es la de Lord W. TAYLOUR, *The Mycenaeans* (Revised and enlarged edition), London, Thames and Hudson, 1983, y muy útil es también *Mycenaean Civilization (Mycenae, Tiryns, Asine, Midea, Pylos)* de K. P. KONTORLIS, Atenas 1985, que el visitante ocasional de cualquier museo griego podrá adquirir con facilidad. El artículo de R. HÄGG, «El imperio marítimo de los cretenses», en *Mundo científico* 56, marzo 1986, pp. 244-252, es una buena panorámica de la *pax minoica* y de su desastroso final. El artículo de BLEGEN y HALEY es «The Coming of the Greeks», en *American Journal of Archaeology* 32, 1928, pp. 141 ss. Los límites de la documentación para la caracterización de la lengua pregriega de los albores de la Edad del Bronce están claramente establecidos en A. MORPURGO-DAVIES, «The Linguistic Evidence: Is There Any?», *The End of the Early Bronze Age in the Aegean*, ed. G. CADOGAN, Leiden, Brill, 1986, pp. 93-123. La catástrofe del volcán de Tera puede hallarse en D. L. PAGE, *The Santorini Volcano and the Destruction of Minoan Crete*, London, The Society for the Promotion of Hellenic Studies, 1970. Un buen trabajo de divulgación es el de J. V. LUCE, *The End of Atlantis*, London, Thames and Hudson, 1969. Novedoso es O. T. P. K. DICKINSON, *The Origins of the Mycenaean Civilisation*, Goteborg, 1977. El último estado de la cuestión para todos los aspectos abordados (y omitidos) en este capítulo lo hallará el lector en el libro *Les civilisations égéennes*, citado en la bibliografía general, cuya traducción española es de inminente aparición (en la Colección Nueva Clío, Planeta, Barcelona).

Capítulo II
LAS ESCRITURAS DEL II MILENIO A. C.

CRETA es la mayor isla del Egeo, a mitad de navegación entre el Oriente asiático y el Occidente griego (los antiguos evitaban adentrarse en alta mar), a caballo también entre la Grecia continental y el Egipto faraónico. Como hemos visto, la isla acogió en el segundo y tercer milenios a. C. el establecimiento y desarrollo de una civilización refinada, que conocemos hoy con el apelativo de *minoica,* por el nombre del mítico rey Minos, hijo de Zeus y de la fenicia Europa. Fue Arthur Evans (posteriormente Sir A. Evans) quien, a comienzos del siglo XX, descubrió al mundo la existencia de esta civilización con su monumental excavación del palacio de Minos en la vecindad de la pequeña aldea de Cnoso, a pocos kilómetros al sur de la actual Iraklio, la veneciana Candía, en la Creta Central. El lugar del palacio, antes de las excavaciones, era una colina no muy elevada llamada *Tu Tseleví i Kefala*, «El Cabezo del Tseleví», palabra turca con la que se designa a un propietario de tierras o bey, entre los lechos de dos riachuelos. En este lugar, un miembro de una distinguida familia de comerciantes de Iraklio y a la sazón cónsul de Espana en Candía, Minos Kalokerinós, había hecho las primeras excavaciones, de diciembre de 1878 a finales de febrero del año siguiente, justo en la cumbre de la colina, encima de la zona central donde se descubrieron después los almacenes occidentales. Pudo recuperar doce de las típicas grandes tinajas del palacio, lo que provocó que se rebautizara el lugar como *Sta pitharia,* «Las Tinajas». Los restos atrajeron pronto la atención de los arqueólogos principales del momento, W. J. Stillman, el propio Schliemann, Dörpfeld, Joubin.

Arthur Evans vio Cnoso por primera vez el 19 de marzo de 1894 cuando buscaba no un palacio, sino la pista de una escritura pictórica en la Grecia de la Edad del Bronce. Las marcas de cantero grabadas en

los bloques sacados a la luz por Kalokerinós y señalados por Stillman le interesaron al momento e inició las negociaciones para adquirir los terrenos, condición indispensable para llevar a cabo una excavación en la Creta turco-egipcia de finales del siglo XIX. Sin embargo, adquirir la propiedad de la totalidad de Kefala no fue posible hasta 1900, un año después de la liberación de la isla del control turco.

Duncan Mackenzie, el experimentado arqueólogo escocés que asistió desde el primer momento a Evans, escribió en su diario el viernes 23 de marzo de 1900: «Las excavaciones del señor Arthur Evans en Cnoso comenzaron esta mañana a las 11 a.m.» Los trabajos iban a desvelar un vasto e intrincado complejo de edificaciones. Evans había ido a Creta en busca de una escritura y desenterró una civilización nueva, más refinada y antigua que la micenica, entre cuyos restos iba a encontrar bien pronto un considerable número de inscripciones, por lo general incisas sobre arcilla, con signos de escrituras desconocidas.

Estudiando el material epigráfico Evans pudo distinguir tres tipos de escritura. La más antigua era una escritura pictográfica, de un tipo evolucionado similar al sistema jeroglífico egipcio, que había sido sustituida posterior y sucesivamente por dos sistemas más simplificados derivados de ella, a los que dió el apelativo de escrituras lineales, designando al sistema más antiguo con la letra A y al más reciente con la B.

A grandes rasgos, la representación del lenguaje humano mediante signos gráficos siguió en la historia de la humanidad dos grandes fases. En una primera, lo que se representa es el significado («árbol», «casa», «hombre») mediante el dibujo, más o menos esquematizado, de lo referenciado: es el estadio de las escrituras ideográficas o jeroglíficas puras, cuyas limitaciones para la notación de ideas abstractas y relaciones gramaticales son en parte compensadas por la ventaja de que están por encima de la diversidad de lenguas; los signos son entendidos cualquiera que sea la lengua y son leídos según sea ésta. En una segunda fase, lo que se nota es el significante fónico: son las escrituras fonéticas, primero silábicas y, luego, alfabéticas. La invención del alfabeto (lograda por los griegos hacia 850 a. C. a partir de un silabario semítico) signíficó el descubrimiento y la notación de los fonemas consonánticos.

Los primeros intentos de crear estos sistemas de signos se remontan a épocas muy tempranas y se dan de forma independiente en diversas partes del mundo. En el área definida por la cuenca oriental del Egeo, al occidente, y Mesopotamia, al oriente, la escritura sumeria nace hacia finales del IV milenio a. C. aunque sus precedentes pueden incluso remontarse un par de milenios, y hacia el 3000 a. C. puede situarse el comienzo de la escritura jeroglífica egipcia. Con referencia a estos dos sistemas, las escrituras cretenses son más tardías:

1900-1625 a. C.: *escritura jeroglífica*
1850-1450 a. C.: *escritura lineal A*
1450-1200 a. C.: *escritura lineal B*

y, a pesar de la propuesta de un origen egipcio adelantada por Evans, parece claro que se trata de una creación autónoma en el Egeo.

La escritura jeroglífica cretense

De esta escritura, llamada también pictográfica, se sabe bien poco en la actualidad, salvo que no se trata de una escritura jeroglífica, ni pictográfica que emplee imágenes como signos, sino de una escritura fonética, de un silabario (al igual que los sistemas lineales derivados de ella) de un centenar de signos que sirven para notar una lengua desconocida.

Aunque los primeros testimonios de este tipo de signos se dan probablemente en unos sellos que pueden fecharse a finales del III milenio a. C., no se sabe con certeza si se trata de escritura real (es decir, con un significado) o son simples ornamentos. La variedad de problemas que plantea el «jeroglífico» cretense se ve agravada por la escasez del propio material: unos doscientos sellos o improntas de sellos con epígrafes breves y repetitivos, unas veinte fichas redondas con epígrafes de una media de cuatro signos por cada una, unos cuarenta medallones y unas treinta tablillas.

Faltos de material para poder abordar siquiera un intento de lectura, los estudiosos se han concentrado en la edición, aún en curso, de los escuetos documentos y en establecer las relaciones entre esta escritura y los sistemas lineales. De este modo, J.-P. Olivier ha podido

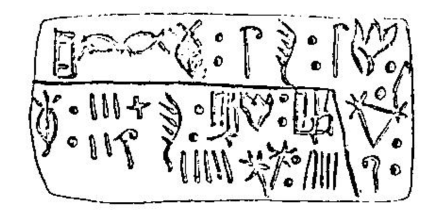
observar que los signos jeroglíficos son por lo general más realistas, más elaborados, más figurativos que los de las lineales A y B, pero no siempre. Apenas una decena de signos de la lineal A pueden encontrar un antecedente claro en el jeroglífico. Por otro lado, jeroglífico y lineal A han coincidido en el tiempo y en el espacio. De hecho las inscripciones cretenses más antiguas fueron descubiertas entre los restos del primer palacio de Festo (siglo XVIII a. C.) y se trata no de un jeroglífico, sino de un lineal A arcaico. Y dentro de un mismo archivo, en el palacio de Malia, coexisten lineal A y jeroglífico en la época del final de los primeros palacios. Existían, por lo tanto, en uso en el mismo lugar y tiempo dos sistemas de escritura posiblemente emparentados, pero diferentes, como se aprecia con facilidad en el distinto sistema de notación de fracciones. Pueden darse varias explicaciones de este fenómeno, entre las que se en cuentra que cada sistema sirviera para notar una lengua distinta.

El disco de Festo

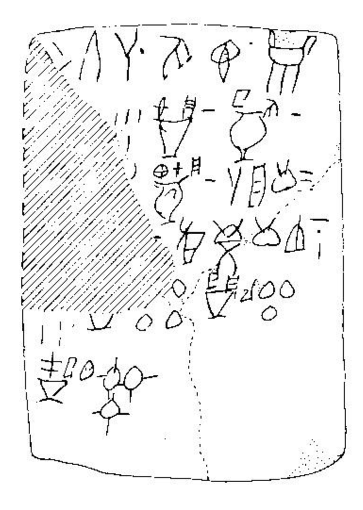
Dominando desde una pequeña elevación el impresionante paisaje de la llanura de la Mesará, con el telón de fondo del macizo del Ida al norte, el actual Psiloriti, el palacio de Festo, el segundo en importancia de la Creta central, fue excavado desde comienzos de siglo por la Escuela de Arqueología Italiana. En la zona nororiental del primer palacio de Festo, cuya destrucción se fecha en torno al 1700 a. C., L. Pernier encontró en 1908 una pieza singular, un disco de arcilla cocida, de unos 16 cm. de diámetro y 12 mm. de grueso, impreso por ambas caras con un texto corrido, dispuesto en una sucesión de 61 cajetines en espiral. Decimos bien «impreso», ya que para cada signo se dispuso de un «tipo», de un punzón con el signo en cuestión tallado en su extremo, con los que se fueron imprimiendo los textos en ambas caras. El sentido de la impresión, como ha podido establecer claramente J.-P. Olivier en su edición fotográfica del disco, va desde el exterior de la pieza hacia el centro, pero no hay seguridad alguna de que éste fuera también el sentido de su lectura. Los signos que presentan seres u objetos de perfil muestran el lado derecho, lo que sugiere un sentido de lectura de izquierda a de recha, del centro hacia el exterior del disco. Hay un total de 242 signos entre las dos caras,



1. *Disco de Festo, Cara A.*



2. *Tablilla de Festo. Escritura pictográfica.*



3. *Tablilla HT 31, de Ayía Triada. Escritura lineal A.*

agrupados, dentro de los cajetines, en conjuntos que van de dos a siete signos.

No hay ninguna seguridad de que este ejemplar de escritura sea de origen cretense; antes bien, su origen foráneo se deduce de dos consideraciones. La primera es su propio aislamiento, que se compadece mal con la técnica empleada para su estampación. Difícilmente podría justificarse la creación de un juego de punzones para la impresión de un solo ejemplar. Por otro lado, la talla de las matrices no se parece en su técnica a la empleada en la glíptica de la época, lo que se viene a añadir a la propia representación pictórica, totalmente ajena a los modelos minoicos al uso. Así, las cabezas que muestran lo que es bien una cabellera de tipo mohicano, bien un yelmo con penacho, sólo tienen parangón en época posterior en las representaciones pictóricas de filisteos en los bajorrelieves egipcios. Lo que parecen palafitos han sido puestos en relación con un tipo especial de edificación en Licia, conservado en las portadas de tumbas monumentales.

El número total de signos distintos es de 49. Dado que se trata de un ejemplar único, no sabemos qué porcentaje de la totalidad de signos del sistema representan estos 49 signos. Utilizando técnicas estadísticas y considerando el disco como una muestra, puede estimarse la población total del sistema en torno a los 60 ó 70 signos diferentes. Esta cifra tiene su importancia a la hora de definir el tipo de escritura ante el que nos hallamos.

En efecto, el total de signos de un sistema de escritura revela con facilidad el tipo del mismo. Existen tres tipos básicos: una escritura *ideográfica* o mejor *logográfica,* en la que cada signo representa una palabra y en la que es evidente que se necesitan tantos signos como palabras distintas estén en juego; una escritura fonética *silábica,* evolucionada por lo general de un sistema logográfico mediante el recurso de convenir que un signo determinado no refleja ya la palabra toda, sino sólo su sílaba inicial (es el llamado *principio acrofónico*); en este tipo, el número de signos necesarios se reduce considerablemente y puede oscilar entre 100 y 50 signos diferentes, dependiendo de la estructura silábica de la lengua en cuestión; finalmente, tenemos un tercer tipo en la escritura fonética *alfabética,* derivada históricamente de sistemas silábicos de lenguas en las que lo

importante es la armazón consonántica de las palabras, hecho este que permitió asociar un signo determinado a la notación de la consonante en cuestión de la sílaba que en principio representaba (lenguas semíticas). Es evidente que un alfabeto necesita un número de signos más reducido, que, en los ejemplos conocidos, oscila entre veinticuatro y treinta y dos.

De este modo, los 60 ó 70 signos virtuales del sistema de escritura del disco de Festo son demasiado pocos para pertenecer a una escritura logográfica y demasiado numerosos para pertenecer a un sistema alfabético. Debe tratarse, pues, de un sistema silábico y en esto coincidiría con las escrituras cretenses.

A pesar de las decenas de «descifamientos» y de los centenares de artículos dedicados a este raro ejemplo de escritura, el disco de Festo sigue sin descifrar y, en tanto siga siendo el único ejemplar de esta escritura, es indescifrable.

La escritura lineal A

Evans denominó a esta escritura y a la siguiente «lineales» porque sus signos parecían menos apegados a los seres u objetos representados en cada caso, es decir, eran más esquemáticos que sus correlatos jeroglíficos.

La escritura lineal A se utilizó en Creta fundamentalmente, aunque algunos hallazgos recientes apuntan a que también era utilizada fuera de la gran isla. Así, por ejemplo, de las excavaciones de Sp. Marinatos en Akrotiri, en la isla de Tera, procede un tejuelo que ha sido utilizado para anotaciones en lineal A de unas partidas de productos agrícolas entre los que pueden distinguirse el trigo. Es un nuevo ejemplo que viene a añadirse a los dos únicos lugares no cretenses, las islas de Milo y Cea, que han aportado tablillas en lineal A y que demuestra el empleo de dicha escritura sobre el terreno. El resto de los ejemplos de lineal A no cretenses son inscripciones sobre cerámica y puede tratarse de importaciones cretenses en la isla de Citera y en el sur del Peloponeso (Ayios Stéfanos).

En Creta, la mayor parte de la documentación en lineal A (el 70 %, 1.039 documentos) procede de un solo lugar, de las edificaciones palaciegas de Ayía Triada, yacimiento situado al oeste de Festo, al pie

de la serie de colinas en las que se encuentra el gran palacio. Otros archivos de importancia variable se sitúan en Arjanes (7 tablillas), La Canea (197 documentos), Cnoso (31 inscripciones de las que 5 son tablillas), Malia (6 tablillas), Festo (45 documentos) y Zakro (31 tablillas).

F. Vandenabeele ha establecido recientemente la cronología de los documentos en lineal A, que arranca del Minoico Medio I-II, esto es, del período de los primeros palacios, al Minoico Reciente IB, en el que se atestigua el grueso de las inscripciones. Sólo una inscripción hallada en Cnoso (KN Zb 40) puede datarse en el Minoico Reciente II, esto es, en el momento en que los micénicos están asentados en dicho lugar.

Del total de las inscripciones en lineal A (poco más de 1.500), casi un centenar son textos incisos sobre vasijas o sobre distintos soportes (metal, piedra, ladrillo, estuco). El resto lo constituye una serie de documentos administrativos, escritos sobre arcilla sin cocer, que, según su formato, se reparten en cuatro categorías: *tablillas, nódulos* (pequeñas pellas de arcilla modelada en forma cónica, piramidal de tres caras, almendrada, etc., y que presentan casi todas ellas una o varias improntas de sello y un canal por el que pasaba una cuerdecilla que las unió en su momento a un documento escrito en papiro o pergamino), *precintos* (plaquitas o capuchones de arcilla con una impronta de sello, aplicadas sobre algo que no debía abrirse sin autorización: gollete, tapadera, tapón, puerta, que ha dejado su forma impresa en su parte posterior) y *rodelas* (discos de arcilla con inscripciones más o menos extensas y que presentan la particularidad de llevar en su canto un número variable de improntas de sellos).

El sentido de la escritura lineal A es por lo general de izquierda a derecha, aunque hay algunos ejemplos de otro tipo de escritura denominada *bustrofedón* (esto es, en el sentido en que traza los surcos el buey, invirtiendo en cada extremo el sentido de la marcha).

Hoy día se dan las premisas suficientes para poder llegar con éxito a un desciframiento de la lineal A: los textos están por fin editados con rigor gracias a la monumental edición de L. Godart y J.-P. Olivier; el repertorio de signos está bien establecido; y se cuenta con una cantidad suficiente de textos, a pesar del carácter administrativo y contable de la mayoría de los mismos.

Conocemos además la *estructura de la escritura.* Escribíamos arriba que existen tres tipos básicos en que se puede manifestar una escritura; debemos añadir ahora que los sistemas históricos apenas presentan tipos puros, sino que la mayor parte de las veces son sistemas mixtos con elementos pertenecientes a cualquiera de los tres tipos. En nuestra escritura alfabética no resulta extraño que empleemos elementos logográficos como los guarismos 0, 1, 2, etc. Es éste un ejemplo sencillo, pero que puede ilustrar perfectamente un tipo mixto. De este modo, las escrituras cretenses pertenecen, probablemente sin excepción, a un tipo de escritura mixto que denominamos técnicamente con el nombre de escrituras o *sistemas logo-silábicos y* que utilizan a la par signos logográficos y signos silábicos. Pertenecen también a este tipo las escrituras sumeria, proto-elamita, proto-índica, china, egipcia e hitita.

Así la lineal A presenta un repertorio de signos silábicos (unos 80) y un acervo de signos logográficos que comprende: *cifras* (en sistema decimal e idénticas a las del lineal B: son los *numerogramas,* con signos para las unidades, las decenas, las centenas y los millares, sin que exista signo para el cero), *fracciones* (cuyo valor relativo se discute, aunque su función está fuera de toda duda), *puntuación* (un pequeño punto o trazo vertical se parador de palabras), *ideogramas* (o mejor *logogramas,* ya que representan no el objeto o ser vivo de referencia, sino su denominación en la lengua; se trata de representaciones naturalistas o convencionales).

A pesar del progreso realizado, la escritura lineal A sigue sin ser descifrada y las teorías propuestas no acaban de sostenerse. Cyrus Gordon leía en los documentos en lineal A una lengua semítica, en rigor una forma mixta de acadio e ideogramas sumerios. Vl. Georgiev y L. R. Palmer defendieron, y S. Davis aún lo hace hoy, la hipótesis de una adscripción de la lengua minoica a la familia anatólica del indoeuropeo, siendo la teoría de Palmer, que la identifica con el luvita oriental, la más coherente, si bien los elementos en que se apoyaba eran extremadamente limitados.

La primera cuestión que se plantea es la de *leer* la lineal A, ya que se parte de su adaptación para la notación de la lengua griega, esto es, de la lineal B. La ausencia de resultados fiables en los distintos «desciframientos» enseña que existe mucho subjetivismo a la hora de

decidir la igualdad de formas de signos entre los dos sistemas y en trasladar los valores fonéticos de B a A. Es necesario probar, signo por signo, la existencia de homofonía en cada homomorfismo. Así un topónimo conocido en la documentación micénica aparece escrito como *su-ki-ri-ta* y la misma secuencia de signos se da en lineal A en un texto de Festo, con lo que parecen asegurados los valores *su*, *ki*, *ri*, *ta*, para los cuatro signos en cuestión. Posteriormente es preciso seguir el mismo método que Ventris empleara para la lineal B y tratar de integrar los valores seguros en un casillero, en cuyas casillas vacías se situarán los signos restantes.

Con ello se podrá llegar a leer la lineal A. Pero leer no es descifrar: es necesario comprender los textos y definir la lengua. Se puede llegar al caso del etrusco, que, a pesar de que se lee con facilidad, sigue sin haber sido descifrado. Sobre algunas características de la lengua notada con la lineal A, la estructura del silabario permite una limitada serie de deducciones (ver capítulo VI).

La escritura lineal B

Evans denominó a este sistema lineal B porque reconoció que se trataba de una forma cercana a la escritura anterior, más reciente, evolucionada y perfeccionada. Sin embargo, las relaciones entre los dos tipos de escritura lineal no están nada claras y permanecen abiertas las cuestiones relativas a sus respectivos orígenes. Una forma sencilla de zanjar el problema consiste en considerar que la lineal B es simplemente la adaptación de la lineal A para notar la lengua griega, pero las diferencias existentes, por ejemplo, en el tratamiento de las cantidades fraccionarias (con fracciones en la lineal A, como hemos visto, pero con un sistema de unidades implicadas en la lineal B, que expondremos en su momento) son una clara llamada a la precaución.

Aclarar los orígenes de la lineal B supone dar respuesta a las cuestiones del lugar y de la fecha de su creación, y explicar el porqué de las diferencias de los dos sistemas de escritura.

El impulso que llevó a la *creación* de la lineal B fue el con tacto cultural de los micénicos con la civilización cretense. En el capítulo I hemos señalado el proceso de minoización cultural de los micénicos, proceso en el que hemos de situar la adopción de la escritura a tenor

de lo que conocemos hoy, con fines exclusivamente contables. Por lo tanto, la necesidad de una contabilidad que urgiera la creación de la lineal B ha de vincularse al incremento de poderío económico y al desarrollo de la organización social y política de los asentamientos indoeuropeos en la Grecia continental, lo que, en términos arqueológicos, apunta a la época de las tumbas de pozo de Micenas, es decir, al Heládico Reciente I (ca. 1600 a. C.). De este modo, la creación de la lineal B debe ser posterior al comienzo del siglo XVI a. C.

El *lugar* de la creación de la lineal B ha sido muy discutido y las posiciones se centran en dos visiones contrapuestas: la lineal B habría sido creada en el continente y llevada después a Creta, en un viaje de ida y vuelta, o habría sido adaptada de la lineal A en Creta y exportada después al continente. Los mismos argumentos pueden sostener una u otra interpretación, pero lo que sí parece claro es que existe una extraordinaria unidad paleográfica entre todos los documentos continentales, impresión reforzada por los más recientes hallazgos de Tebas, que sugiere un lugar de origen único desde donde se difundiera la escritura, aunque son posibles varios modelos para explicar este hecho. J.-P. Olivier piensa en un «barrio micénico», una «misión comercial» micénica vecina de Cnoso, desde donde se difundiera la escritura a todos los «corresponsales» en el continente. Sin embargo, se explicarían mal las modificaciones introducidas en la lineal A en un contexto de utilización generalizada de este sistema.

En efecto, las *transformaciones* del lineal A que dieron lugar al lineal B son numerosas y sustanciales. Afectan al propio silabario, pues, a pesar de que ambos silabarios poseen aproximadamente el mismo número de signos, unos veinte signos son de nueva factura en la lineal B, por no referirnos a las diferencias de trazo entre los mismos signos en ambos sistemas. Por otro lado, nada nos garantiza que los valores consonánticos y, en menor medida, los vocálicos de los dos silabarios sean idénticos.

La lineal B ha prescindido de dos instrumentos gráficos enormemente utilizados en la lineal A, los signos de transacción y los nexos (uniones de varios signos entendidas como una sola entidad); de los últimos quedan apenas unas reliquias. Y aunque los numerogramas perviven con ligeras modificaciones en la lineal B, se advierte un

cambio radical en el sistema de fracciones (un sistema de fracciones alícuotas susceptibles de combinación en fracciones complejas del tipo egipcio) de la lineal A, ya que como dijimos, la lineal B utiliza un sistema de submúltiplos, que trataremos en detalle en el capítulo V.

Cualesquiera que sean las respuestas a todas estas interrogantes, es evidente que la escritura lineal B, tal como se nos atestigua, constituye un sistema maduro y coherente de comunicación administrativa, que será descrito convenientemente en capítulos sucesivos.

Las escrituras chiprominoicas

Idénticos problemas presenta la relación de la lineal A con las escrituras minoicas que, ya desde el siglo XVI a. C., se ates tiguan en la isla de Chipre y de las que, en última instancia, se deriva el silabario chipriota clásico, que se empleará en la isla para la notación del griego hasta la época de Alejandro Magno. De la época más temprana procede un fragmento de tablilla de arcilla con tres líneas de escritura separadas por unas pautas. Del mismo yacimiento, Enkomi, pero de época posterior, siglos XIII XII a. C., procede una serie de fragmentos de tablillas de arcilla de aspecto y factura similar a las orientales, aunque la evolución de los signos debe ser un desarrollo autóctono condicionado por el empleo del barro como material escriptorio y no una influencia del vecino cuneiforme. Un sistema gráfico algo distinto parece haberse empleado para escribir en otros soportes y el análisis detallado de Emilia Masson parece indicar que ambos sistemas pueden encubrir dos lenguas distintas.

Con la colonización griega de la isla, que comienza hacia el siglo XII a. C., especialmente en su parte meridional, en la región de Pafo, se establece en la isla un silabario en el que pueden haberse fundido las dos tradiciones escriptorias, la chipro minoica y la del lineal B. Este silabario chipriota seguirá en uso por espacio de un milenio. Debe insistirse en este hecho, ya que tiene incidencia en la aceptación de la lineal B como notación del griego. Los chipriotas de la época arcaica y clásica siguieron empleando para notar su dialecto griego su escritura vernácula, con los inconvenientes que tiene un silabario para la notación de una lengua como la griega, cuando desde el siglo IX a. C. se disponía ya del magnífico instrumento que es el alfabeto.

El silabario chipriota clásico, descifrado desde 1871 gracias a George Smith, presenta la misma estructura que el silabario micénico. Cada signo representa o bien una vocal o bien la combinación de una consonante con una vocal. Distingue cinco timbres vocálicos, pero no la oposición vocal larga/vocal breve, diferenciaba la serie *r-* de la *l-*, no notaba las oposiciones entre oclusivas sordas, sonoras y aspiradas, pero sí las consonantes en posición final de palabra. Aunque la identificación de signos de la lineal B por su semejanza con signos de silabario chipriota se ha revelado muy insegura, el conocimiento de cómo funcionaba un silabario para la notación del griego fue de utilidad innegable en el desciframiento de la lineal B.

Bibliografía comentada

La vinculación de A. J. Evans y Cnoso ha sido descrita recientemente por la publicación *Arthur Evans and the Palace of Minos* de A. Brown, Oxford, Ashmolean Museum, 1986. Una aproximación general a las escrituras egeas la hallará el lector en el reciente librito de J. Chadwick, *Linear B and Related Scripts* en la colección *Reading the Past.* London. British Museum Publications, 1987. Para la escritura jeroglífica cretense se consultarán los artículos de J.-P. Olivier «La scrittura geroglifica cretese», en *La parola del passato* 166, 1976, pp. 17-23; «The Possible Methods in Deciphering the Pictographic Cretan Script», en *Problems in Decipherment,* edd. Y. Duhoux, Th. G. Palaima, J. Bennet, Louvain la-Neuve, Peeters, 1989, pp. 39-58, y el capítulo correspondiente del libro *Les civilisations égéennes* citado en la bibliografía selecta. Una edición fiable del disco de Festo es la fotográfica de J.-P. Olivier, *Le disque de Phaistos. Édition photographique,* École Française d'Athenes, 1975. Para la escritura lineal A, véase L. Godart, «La scrittura lineare A», en el número citado de *La parola del passato,* pp. 30-47, y Y. Duhoux, «Le linéaire A: problèmes de déchifrement», en el libro *Problems in Decipherment* citado, pp. 59-120. La cronología de este sistema gráfico está establecida en F. Vandenabeele, «La chronologie des documents en linéaire A», *Bulletin de correspondence hellénique* 109, 1985, pp. 3-20. Para las rodelas minoicas véase el artículo de E. Hallager, «The Use of Seals on the Minoan Roundel», en *Fragen und Probleme der bronzezeitlichen ägäischen Glyptik,* Berlin, 1989, pp. 54-78. Los textos en lineal A están editados magníficamente en L. Godart, J.-P. Olivier, *Recueil des inscriptions en linéaire A,* Paris 1976-1985 (5 volúmenes). Para la escritura lineal B y los problemas de su origen véanse los artículos de A. Sacconi, «La scrittura lineare B», en el volumen mencionado de *La parola del passato,* pp. 48-65, y J.-P. Olivier, «L'origine de l'écriture linéaire B», en *Studi micenei ed egeo-*

anatolici 20, 1979, pp. 43-52, y el suplemento 8 de *Minos*, J. T. Hooker, *The Origin of the Linear B Script*, Salamanca, 1979. Para las escrituras chiprominoicas, véase el último estado de la cuestión en Th. G. Palaima, «Cypro-Minoan Scripts: Problems of Historical Context», en *Problems in Decipherment,* pp. 121-188. Para el silabario chipriota clásico seguirá siendo esencial O. Masson, *Les inscriptions chypriotes syllabiques* París, 1983 (reimpresión aumentada). Su origen, en J. Chadwick, «The Minoan Origin of the Classical Cyprot Script», *Proceedings of the International Archaeological Symposium «The Relations Between Cyprus and Crete, ca. 2000-500* a.C.», Nicosia, 1979, pp. 139-143.

Capítulo III
LOS HALLAZGOS DE TEXTOS EN LINEAL B

Cnoso

COMO hemos señalado en el capítulo anterior, Arthur Evans, a los siete días de haber comenzado sus excavaciones en Kefala halló entre las ruinas del complejo palaciego de Cnoso la primera tablilla en lineal B, «una especie de barra de arcilla alargada, de forma más bien como un cincel de piedra o bronce, aunque roto en un extremo, con escritura encima y lo que parecen ser cifras». Hoy podemos leer este documento con facilidad y ver que se trata del asiento de un equipo de trabajo integrado por cinco mujeres, seis muchachas y dos muchachos. Ignoramos, sin embargo, su localización en la geografía insular o su oficio concreto, ya que no se nos conserva el extremo izquierdo del documento (Ai 338), donde estaría anotado una de esas dos especificaciones. La labor principal de recuperación de los restos de Cnoso fue llevada a cabo en seis campañas, de 1900 a 1905, y sus resultados fueron publicándose anualmente de forma provisional en el *Annual of the British School at Athens* (*ABSA* 6-11). En años posteriores se realizaron nuevas excavaciones y sondeos, de forma ininterrumpida hasta que la primera guerra mundial impuso un lapso de inactividad de nueve años. En 1922 Evans y su ayudante Mackenzie reanudaron la exploración en la zona del palacio, con sondeos y desescombros, hasta 1930, año que marca el final de los trabajos a gran escala en Cnoso.

Desde el primer momento la gran incógnita de la fecha de la destrucción del gran palacio de Cnoso atrajo la atención de los estudiosos. Ya tras la primera campaña, Evans se creyó autorizado a datar los restos y, por lo tanto, los archivos de tablillas asociados a ellos. Basándose en la presencia de tejuelos cerámicos del denominado

«estilo palaciego», la destrucción del palacio y de sus archivos fue asignada a la fase del Minoico Reciente II, aproximadamente en torno al 1425 a. C. Los indicios de ocupación humana, de fecha claramente posterior a la destrucción mencionada, fueron atribuidos por Evans a unos supuestos intrusos (*squatters*). Esta datación de Evans fue consagrada por el prestigio del arqueólogo inglés y convertida en dogma, hasta ser sacudida por dos hallazgos posteriores fundamentales: el descubrimiento del yacimiento palaciego de Epano Englianós, cerca de Pilo, en Mesenia, del que nos ocuparemos más adelante, y el desciframiento de la lineal B por M. Ventris, que será objeto de nuestra atención en el capítulo V.

Como veremos, las excavaciones norteamericanas en Pilo sacaron también a la luz conjuntos de tablillas en lineal B en contextos arqueológicos que claramente permitían una datación más tardía, a comienzos de la fase del Minoico Reciente III C, esto es, hacia 1190 a. C. La similitud de los documentos hallados en Pilo con los encontrados por Evans en Cnoso venía a incidir en una enconada polémica entre los dos grandes arqueólogos ingle ses de la Edad del Bronce en el Egeo, el excavador de Micenas, A. J. B. Wace, y el propio Evans, polémica en la que el primero se atrevió a poner en cuestión el panorama trazado por Evans de una minoización de los yacimientos micénicos del continente, sosteniendo justamente la teoría contraria. Posteriormente, con el desciframiento, la presencia de griegos micénicos en el palacio de Cnoso quedaba asegurada y no es casualidad que la publicación básica de Ventris y Chadwick, los *Documents in Mycenaean Greek* (1956), fuera prologada por el propio Wace. En 1958, C. W. Blegen sugirió que las tablillas micénicas de Pilo y Cnoso no podían ser otra cosa que productos más o menos contemporáneos de una sociedad homogénea, proponiendo que el incendio que destruyó Cnoso en su última fase, en el período del Heládico Reciente III B, fue el responsable de la cocción y preservación de los archivos de tablillas.

En los años finales de la década de los cincuenta ya no eran sólo los criterios arqueológicos los que permitían cuestionar la datación de Evans: las tablillas podían leerse y sus textos podían ser examinados a la luz de la lingüística y, desde esta óptica, resultaba difícil de admitir un lapso de más de dos siglos que separara unos

textos tan afines como los de Pilo y Cnoso. Aunque un sistema gráfico es por definición conservador y evoluciona a un ritmo mucho más lento que la lengua que lo utiliza, el recurso al conservadurismo gráfico para explicar la ausencia de diferencias entre documentos de dos estados de lengua separados por más de doscientos años (y, debemos señalarlo también, una navegación de más de tres días con los medios de la época por un mar difícil) no era de recibo. De este modo, en el verano de 1960, el catedrático de Lingüística Comparada de la Universidad de Oxford, el distinguido micenólogo profesor Leonard R. Palmer, publicó en *The Observer* un artículo con el que pretendía echar por tierra todo el sistema de datación de Evans, partiendo precisamente de la apreciación de Blegen y de la propia similitud de los textos de ambos palacios. Para ello, revisó la documentación primaria concerniente a la excavación de Kefala, los diarios de excavaciones llevados por el propio Evans y los de su ayudante Duncan Mackenzie, depositados en el Ashmolean Museum de Oxford. En ellos podía apreciarse una serie de discrepancias entre sí y respecto a la publicación final de las excavaciones, el imponente *The Palace of Minos.* La conclusión de Palmer era que Evans había cometido un desliz de doscientos años y que los restos de destrucción que nos proporcionan las tablillas pertenecen a los años finales del período Minoico Reciente III B, esto es, en torno al 1200 a. C. La polémica estaba servida. Se cruzaron acusaciones de mala fe, se habló de fraude y hubo descalificaciones. El filólogo Palmer demostró saberse defender y sostener su posición con armas arqueológicas, y quedó patente la necesidad de rehacer la excavación de Evans.

Desgraciadamente una excavación es un hecho irrepetible, ya que su realización supone la destrucción de los testimonios *in situ*, de modo que volver a excavar Cnoso sólo es posible en el plano teórico, mediante la revisión de todas las notas escritas acumuladas, los sucesivos planos y levantamientos, las fotografías de la época, los cajones de material arqueológico del Museo Estratigráfico de Cnoso, etc., y, si es posible, algún sondeo que aclare determinada cuestión. En los años sesenta se publicaron dos estudios importantes.

El trabajo del epigrafista Jean-Pierre Olivier sobre los escribas y la organización burocrática del palacio de Cnoso, al que habremos de referirnos repetidamente y en especial en el capítulo IV, demostró

que existía una comunidad de escribas entre los distintos depósitos de tablillas de las diferentes áreas del palacio y que, por lo tanto, la mayoría de la documentación pertenecía a una sola destrucción. Estudiando los diarios y los cajones de material arqueológico referidos arriba, el arqueólogo británico M. Popham rebajó la datación de la destrucción del palacio hasta 1375 a. C. La nueva datación, aunque durante algún tiempo contó con algún apoyo, no fue aceptada desde el principio por Palmer, quien siguió en su empeño por demostrar la contemporaneidad de las tablillas de Pilo y de Cnoso. En 1977 el arqueólogo danés E. Hallager terció en la polémica aportando testimonios incontrovertibles de una importante ocupación del palacio en el período Minoico Reciente III B, concluida por un nivel de destrucción ocasionada por el fuego. Esta posición recibió pronto ulteriores apoyos, aunque vuelven a oírse voces que tratan de acercar las fechas extremas y sugieren una datación intermedia (Minoico Reciente III A2, ca. 1300 a. C.), con lo que esta polémica de treinta años sigue hoy tan viva como en sus primeros momentos.

Sin embargo, dos hechos recientes, producidos los dos en 1989, van a tener probablemente una gran incidencia para zanjar la cuestión. El primero de ellos fue el hallazgo de un fragmento de tablilla en lineal B, en el verano de dicho año, en las excavaciones sueco-griegas de la plaza de Santa Catalina en La Canea, Creta. El fragmento en cuestión contiene únicamente una representación pictórica de una rueda, a la que siguen un signo que significa «par» y la cifra «10», está muy bien cocido y es algo más grueso que sus semejantes de Cnoso. Fue encontrado en un vertido, esto es, fuera de su contexto originario, pero no ha podido llegar hasta allí desde muy lejos y es de esperar que en futuras campañas puedan recuperarse los archivos del palacio micénico de La Canea y conocerse su contexto arqueológico, lo que permitirá una datación segura. Ello ayudará a establecer definitivamente la fecha de la destrucción del último palacio micénico de Cnoso, ya que el especimen inscrito de La Canea es tan similar a los hallados en el arsenal de Cnoso, que podría pasar por uno de ellos si no se supiera su verdadera procedencia y no tuviera un agradable color rojizo que denuncia una oxigenación mayor que la que se dió en la cochura de las tablillas del arsenal de Cnoso, de coloración gris y negra.

El segundo de los acontecimientos con incidencia en la datación de Cnoso fue una tesis doctoral defendida en Lovaina en la primavera de 1989. Su autor, el joven micenólogo belga Jan Driessen, abordó la espinosa cuestión de un conjunto de tablillas micénicas, las primeras exhumadas por Evans en la dependencia que denominó la «estancia de las tablillas de carros» (*The Room of the Chariot Tablets)*, a cuyos resultados paleográficos nos referiremos en el capítulo IV. En la primera parte de su trabajo, Driessen aborda el estudio de todo el material existente y conservado referente al área objeto de su interés y zonas aledañas, llegando a establecer una secuencia de tres niveles de destrucción asociados a hallazgos de tablillas:

i) el contexto arqueológico de la «estancia de las tablillas de carros» pertenece a la fase de Minoico Reciente I-II, más bien al período transitorio del MR II al III (ca. 1425-1385 a. C.). Por lo tanto, las tablillas de esta dependencia constituirían el depósito más antiguo de documentos.

ii) con posterioridad a esta destrucción, se produjo otra que afectó al depósito de tablillas de la «estancia de las basas de columnas» (*The Room of the Column Bases*), todas ellas registros de aceite, a las que nos referiremos luego.

iii) por último tenemos la destrucción final que preserva el resto de los archivos y cuya datación constituye la médula de la polémica (entre MR III A2 y MR III B), en la que el estudioso belga no interviene.

Esta diferencia cronológica entre tres depósitos de tablillas en Cnoso nos abre nuevas perspectivas interesantes, ya que, a pesar de lo escueto de la información transmitida, pertenecen en rigor a tres estados de lengua sucesivos, pero estas cuestiones serán tratadas de una forma más conveniente en el capítulo VI.

En lo que llevamos visto hemos estado haciendo continuas referencias a los incendios que destruyeron los palacios micénicos y que incidentalmente cocieron las tablillas. A diferencia de sus vecinos orientales, los micénicos no cocían sus documentos de arcilla, sino que simplemente los dejaban secar y endurecerse al aire y al sol hasta que adquirían la consistencia necesaria para preservar la integridad de la anotación. La razón es evidente: para las civilizaciones del Oriente Próximo y Medio las tablillas de arcilla constituían el material

escriptorio por excelencia, abundante, ubicuo y barato, fácil de manejar y de conservar, ya que, una vez cocido, garantiza una supervivencia mayor que la ofrecida por cualquier otro material blando, pasto fácil de los efectos del tiempo, de los accidentes y de los roedores. Así, los archivos de tablillas cuneiformes, por ejemplo, abarcan todos los campos de la producción humana, desde las cartas diplomáticas y los asientos administrativos hasta los tratados de medicina, los léxicos y las obras literarias.

Para los micénicos, por el contrario, las tablillas de barro eran simples borradores de carácter y vigencia anual, empleados únicamente en anotaciones cotidianas de tipo económico-administrativo. Si los griegos micénicos utilizaron la escritura para otros fines que los puramente contables, los documentos en cuestión debieron de estar escritos sobre materiales orgánicos perecederos (pergamino o papiro), ya que no han llegado hasta nosotros. En cualquier caso, suponemos que la preciosa información asentada en las tablillas se trasladaba al final del año fiscal a libros mayores de pergamino o papiro y las tablillas podían desecharse nuevamente arrojándolas a un recipiente con agua, que permitía utilizar la arcilla para nuevas anotaciones. La presencia en los documentos micénicos de menciones del tipo «en este año», «el año pasado» carecería de sentido si no se eliminaban (o reconvertían) al final del año.

Los incendios que destruyeron de una forma generalizada los centros administrativos micénicos supusieron la pérdida de los supuestos asientos duraderos al quemarse los libros, pero con la cocción accidental de los borradores nos han preservado esta documentación parcial con la que podemos vislumbrar la economía y la sociedad micénica. La cocción accidental hace que el color de una tablilla o de un fragmento de tablilla dependa del grado de oxigenación en cada caso y resulta frecuente ver fragmentos que forman parte de una misma tablilla y que sin embargo presentan un color muy distinto, sin que quepa duda de que se trata del mismo documento. Si a esto unimos que, en la mayor parte de los casos, los depósitos de tablillas no se encontraban en los bajos, sino en el primer piso, comprenderemos perfectamente que el colapso de los suelos y la caída produjeran frecuentes roturas de documentos en un buen número de fragmentos, diseminándose éstos por el suelo y cociéndose cada

cual en sus propias circunstancias. Esto explica por qué fragmentos de una misma tablilla pueden presentar un color y un estado distintos entre sí. Explica también que otros fragmentos, mal cocidos o totalmente quemados, se hayan perdido para siempre. El propio Evans narra el efecto que una noche de temporal tuvo sobre unas cuantas tablillas mal cocidas de la «estancia de las tablillas de carros»: el agua se coló por la techumbre de la vieja casa turca que utilizaban como almacén y al día siguiente los documentos habían quedado reducidos a simples pellas de barro.

Puede entenderse así que una de las principales tareas de quien intentara editar los textos de Cnoso era la de reconstruir las propias tablillas a partir de los fragmentos desenterrados: había que ir casando, pues, las piezas de un gigantesco rompecabezas y no en las mejores condiciones. El propio Evans hizo parte de esta labor, pero la mayor parte quedó sin hacer. Si se conociera la procedencia exacta de cada fragmento, esta penosa tarea sería más fácil, pero Evans sólo anotaba la procedencia de los fragmentos de mayor entidad, unos 1.500 de un total que puede cifrarse en 9.000, y aun regaló alguno que otro fragmento a visitantes esporádicos, fragmentos que están hoy en museos y Universidades británicas (sin contar con los especímenes que Evans fue autorizado a llevarse consigo y que hoy están en el Ashmolean Museum de Oxford, en el British Museum de Londres y en el Fitzwilliam de Cambridge).

A partir de 1950, con la reapertura del museo de Iraklio en Creta, donde se conserva la colección de tablillas de Cnoso, fue posible trabajar sobre el material y proceder desde dicho momento a la tarea de recomponer los documentos, tarea comenzada por Emmett L. Bennett ya en 1950 y que continúa aún hoy. Los nombres de Michael Ventris, de John Chadwick, de John T. Killen, de Louis Godart y, sobre todo, de Jean-Pierre Olivier constituyen la parte más brillante de la nómina de epigrafistas que ha dedicado su esfuerzo a tal fin. Cuarenta años de trabajos han cambiado totalmente el estado de la documentación, en este gigantesco rompecabezas de unas 10.000 piezas, del que seguramente el azar ha eliminado unas 3.000 para siempre. Sin embargo, existe la sorpresa, y, en varias ocasiones, hallazgos fortuitos de pequeños lotes de fragmentos han ido incrementando las existencias y las uniones de fragmentos, todo ello

ayudados por la importante contribución de J.-P. Olivier con la identificación de las distintas manos de escribas.

En una emocionante recapitulación de sus treinta años de vinculación con Creta, el renombrado arquéologo griego Yanis Sakelarakis afirma que «si alguna vez narro mi vida arqueológica, su título será *Mi buena suerte cretense».* Sakelarakis piensa en sus excavaciones en la gruta del Ida, en la recuperación de un palacio más en la Creta central (Arjanes), en los hallazgos de Sóminzos. Para los micenólogos, la fortuna cretense fue su sentido de la taxonomía museística. En efecto, en su servicio como director del museo de Iraklio, decidió en un momento dado poner orden en la reserva científica del Museo, un conjunto de dependencias del primer piso donde, precisamente, se custodia el grueso de la colección de tablillas de Cnoso. En esta tarea aparecieron en 1984 ocho cajas de madera con fragmentos de tablillas en lineal B de cuya existencia no se tenía noticia y que representaban con toda probabilidad los vertidos del cernido de la tierra que rodeaba a determinados depósitos de tablillas, después de haber levantado éstas del suelo. Evans hace referencia en varios lugares a esta práctica de pasar por el cedazo la tierra donde en contraba tablillas, pero fue necesaria la intervención de la fortuna cretense de Yanis Sakelarakis para que estos fragmentos fueran accesibles a los epigrafistas de la lineal B, a los pinacólogos.

De 1984 a 1986 J. T. Killen, L. Godart, K. Kópaka, J.-P. Olivier y otros colaboradores esporádicos han ido uniendo estos fragmentos nuevos, numerosos (unos 4.000), aunque de distinta entidad y condición, entre sí y a los fragmentos conocidos con anterioridad. La labor sigue: aparte de las uniones, se han recuperado un millar de nuevos fragmentos y en septiembre de 1989 una nueva edición de las tablillas de Cnoso (la quinta en su serie) veía la luz en Salamanca. En la actualidad J. L. Melena trabaja con los nuevos fragmentos sin editar, procediendo a su limpieza, reconstitución y unión a los fragmentos ya editados. Las perspectivas para lograr la integración del nuevo hallazgo en el material conocido son esperanzadoras.

Pilo

Al final de la década de 1930, la reexcavación del montículo de Troya, llevada a cabo con criterios más científicos que los utilizados por H. Schliemann, había ya concluido y su director, el arqueólogo norteamericano Carl W. Blegen, buscaba nuevos yacimientos para su excavación, con la atención puesta en la localización de la tercera unidad importante de la épica homérica: Schliemann había sacado a la luz la propia Troya, Micenas (y Tirinte); había tentado incluso la suerte en Cnoso. Siguiendo las huellas del precursor alemán, Blegen pasó desde Troya a buscar la Pilo de Néstor.

La tarea no era nada fácil. Según un dicho griego, *hay una Pilo antes de otra Pilo y aún huy otra Pilo más.* La localización de la Pilo homérica fue en la Antigüedad cuestión largamente de batida, dada la información geográfica proporcionada por los poemas homéricos, tanto en el *Catálogo de las Naves* de la *llíada,* como en el relato de las hazañas juveniles de Néstor o las deducciones a partir de los viajes por tierra de Telémaco desde Pilo a la Esparta de Menelao, en la *Odisea.*

Las observaciones de un arqueólogo aficionado griego, J. Jristópulos, y su propio instinto condujeron a Blegen a un olivar en la cumbre de Epano Englianós, vecino de dos tumbas circulares micénicas, donde afloraban unos restos rápidamente identificados como ruinas de la Edad del Bronce, de piedra y adobe endurecido por un enorme incendio. Con el patrocinio de la Universidad de Cincinnati, Blegen organizó la excavación; el 4 de abril de 1939 comenzaron los sondeos... y el primero de ellos fue a dar con el archivo principal de un palacio enterrado, donde se recuperaron cientos de tablillas de arcilla similares a las halladas por Evans en Cnoso. La Pilo de Néstor había sido localizada.

Las labores de excavación y de recuperación del material epigráfico fueron interrumpidas por la segunda guerra mundial. Apenas tuvo tiempo Blegen de depositar las tablillas recupera das, unas 600, en los sótanos del Banco de Grecia en Atenas, y llevarse sus fotografías a los Estados Unidos. Concluida la contienda, Blegen confió a su alumno el profesor Emmett L. Bennett la publicación de los documentos y en 1951 veía la luz la modélica edición de *The Pylos Tablets.* En 1952 se reanudaron las excavaciones y en 1955 se encontró un grupo de documentos relativos a envíos de aceite, publicados con ejemplar rapidez por el propio Bennett en Salamanca,

dentro de los suplementos de la revista *Minos*. Las campañas continuaron de 1957 a 1964, incrementándose cada año el número de documentos, hasta alcanzar la cifra de 1.112 actual. El trabajo sobre los mismos se realiza gracias a una edición en transliteración y se espera la publicación del corpus completo, con fotografías y dibujos facsímiles, en un futuro próximo.

Al igual que ocurre con las tablillas de Cnoso, las de Pilo tam bién estaban fragmentadas, pero la ejemplar excavación dirigida por Blegen y sus diarios permiten precisar al centímetro el lugar de aparición de cada fragmento, de modo que la reconstitución de las piezas se llevó a cabo principalmente por el equipo que las recuperó. Queda, sin embargo, en los cajones del Museo Nacional de Atenas aproximadamente un millar de pequeños fragmentos sin editar, que esperan el tratamiento correspondiente que permita unirlos a las grandes piezas ya conocidas.

Micenas

Las excavaciones británicas de Micenas, bajo la dirección de A. J. B. Wace, descubrieron a partir de 1950 unos reducidos depósitos de tablillas en lineal B, asociados por lo general a edificios singulares: la «Casa de los Escudos», la «Casa del Aceitero» y la «Casa de las Esfinges».

En la «Casa del Aceitero» había un almacén lleno de tinajas y, en el corredor de acceso, una serie de treinta grandes jarras de estribo, cuyos golletes se encontraban aún sellados con tapones de arcilla impresos con sellos. De los rastros oleosos de estas jarras Wace dedujo que habían contenido aceite, lo que se confirmó en 1952, cuando se encontraron 38 tablillas micénicas, alguna de las cuales contenía anotaciones de aceite.

La «Casa de los Escudos» y la «Casa de las Esfinges», llamadas así por la decoración aplicada de marfil encontrada en ellas, proporcionaron en 1953 y 1954 diez tablillas más y un grupo de siete nódulos.

En 1958 N. M. Verdelís despejaba una construcción al oeste de las tres casas mencionadas, la «Casa Occidental», un nódulo y quince tablillas, la mayor parte de ellas muy fragmentarias, de las que en una

visita reciente al Museo de Nafpli, donde se custodian, aún hemos podido reconstruir una a partir de dos fragmentos.

Todos estos lugares se sitúan en un área fuera del recinto amurallado de la acrópolis de Micenas, por lo que en tiempos se pensó que se trataba de construcciones pertenecientes a particulares, quienes hacían uso de las escrituras para llevar cuenta de sus transacciones privadas. Sin embargo, hoy sabemos que no son otra cosa que depósitos de tablillas en dependencias palaciegas externas al propio centro administrativo. Este debió de haber estado situado en alguna parte de la acrópolis, donde se han hallado al menos ocho fragmentos de tablillas en la denominada «Casa de la Ciudadela», además de un nuevo fragmento exhumado por G. Mylonás.

Tebas

La legendaria Tebas de las siete puertas había sido excavada en 1921 por el arquéologo griego Keramópulos, quien había desvelado un edificio palaciego de la Edad del Bronce, que él de nominó «Kadmeion» y en el que se encontraron un buen número de jarras de estribo, algunas de ellas con inscripciones en lineal B pintadas sobre sus panzas. El hallazgo hacía presentir la presencia de un archivo de documentos de barro, pero su descubrimiento se hizo esperar hasta 1964, gracias a excavaciones del Servicio Arqueológico Griego dirigidas por N. Platon y E. Tulupa, cuando se localizó un pequeño depósito de 21 fragmentos de tablillas pertenecientes todos ellos a un mismo tipo de documento. En 1970, en una excavación de rescate, Th. Spirópulos sacó a la luz otro grupo de 17 tablillas, todas ellas referentes a partidas de lana, que fueron publicadas por J. Chadwick en 1975, junto con un par de piezas pertenecientes al conjunto an terior. Finalmente, en 1982, otra excavación de rescate, dirigida esta vez por J. Piterós, exhumó 60 nódulos de arcilla, de los que 56 presentaban epígrafes en lineal B.

Los tres conjuntos aludidos constituyen meros depósitos de tablillas asociados respectivamente a un taller o forja, un lavadero de lanas o una tintorería, y una oficina de registro de entradas y salidas. El grueso de la documentación tebana, el archivo central del palacio, espera en el centro del casco viejo de la villa a que un programa de

expropiaciones y excavaciones permita su localización y recuperación.

Tirinte

En los últimos veinticinco años el número de inscripciones micénicas de Tirinte se ha ido incrementando paulatinamente hasta ofrecernos el mismo panorama que cualquier otro archivo en lineal B, sólo que en una escala mucho menor y con un carácter muy fragmentario. El descubrimiento de mayor entidad lo constituyeron 18 fragmentos de tablillas recuperados por las excavaciones alemanas de K. Kilian en la ciudad inferior, en 1981. Las circunstancias de su hallazgo, en un pozo de vertidos tras la nivelación del «archivo» en épocas posteriores, hacen que no se abrigue esperanza alguna de recuperar más material.

Las inscripciones sobre cerámica

Al hablar de la «Casa del Aceitero» de Micenas, mencionábamos el hallazgo de una serie de jarras de estribo. La jarra de estribo constituye sin lugar a dudas una de las formas cerámicas más características de la época micénica y su distribución por la cuenca de Mediterráneo denuncia claramente la existencia de un comercio de productos manufacturados líquidos micénicos, para los que este tipo de vasija era el recipiente característico. Ya volveremos sobre las actividades comerciales de las gentes micénicas en el capítulo oportuno. Los especímenes recuperados de jarras de estribo, completas o fragmentarias, son legión, pero lo que nos interesa señalar en este momento es que una mínima parte de estos recipientes presenta breves epígrafes pintados sobre su superficie antes de su cochura. De forma general, estas inscripciones sobre cerámica muestran topónimos, antropónimos y algún que otro adjetivo, y, dado que han sido realizadas en origen, se supone que ejercen el papel de nuestras marcas registradas o de nuestras más modernas denominaciones de origen. La mayor parte proceden de la colección de jarras tebanas recuperadas por Keramópulos en 1921, datables en el MR III B; otro nutrido grupo de fragmentos procede de Tirinte, de las excavaciones alemanas de 1909-1910, y son de la misma fecha, como también lo

son los especímenes de Cnoso, Mamelucas, Micenas y, muy probablemente, La Canea. El análisis paleográfico y la presencia de topónimos cretenses en las inscripciones cerámicas denunciaba para las jarras de estribo un origen cretense y, más precisamente, de la parte occidental de Creta (región de La Canea). Los análisis arqueométricos de muestras de arcilla de las jarras en cuestión, realizados hace diez años en el Laboratorio Ficht de la Escuela Británica de Atenas, han corroborado que el centro de difusión de estas vasijas era la Creta occidental (La Canea).

Bibliografía comentada

La última revisión de las excavaciones de Evans en Cnoso y el hallazgo de las tablillas podrá hallarse en J. Driessen, *An Early Destruction in the Mycenaean Palace at Knossos,* Acta Archaeologica Lovaniensia, Monographiae 2, Leeuven, 1990; una visión general del recinto arqueológico puede obtenerse con S. Hood, D. Smyth, *Archaeological Survey of the Knossos Area,* The British School at Athens, SUPP. Vol. 14, 1981, y S. HOOD, W. TAYLOR, *The Bronze Age Palace at Knossos. Plan and Sections,* The British School at Athens, SUPP. Vol. 13, 1981. Para Pilo, la publicación básica sigue siendo la del excavador C. W. BLEGEN, M. RAWSON, *The Palace of Nestor at Pylos in Western Messenia,* Princeton, 1966. Para Micenas, E. L. BENNETT, jr., *The Mycenae Tablets II*, vol. 48:1 de las *Transactions of the American Philosophical Society,* Philadelphia, 1958, y J. CHADWICK, *The Mycenae Tablets III*, vol. 52 de las mismas *Transactions,* Phi ladel~hia, 1962. Para Tebas, TH. SPYROPOULOS, J. CHADWICK, *The Thebes Tablets II,* Suplemento nº 4 de *Minos,* Salamanca, 1975, y CH. PITEROS, J.-P. OLIVIER, J. L. MELENA, «Les inscriptions en Linéaire B des nodules de Thèbes (1982)», *Bulletin de correspondence hellénique* 114:1, 1990. Para Tirinte, L. GODART, J. T. KILLEN, J.-P. OLIVIER, «Eighteen More Fragments of Linear B Tablets from Tiryns. Ausgrabungen in Tiryns 1981», *Archäologischer Anzeiger* 1983, pp. 413-426. Para las inscripciones sobre cerámica, H. W. CATLING, J. F. CHERRY, R. E. JONES, J. T. KILLEN, «The Linear B Inscribed Stirrup Jars and West Crete», *Annual of the British School at Athens* 75, 1980, pp. 49-113.

Capítulo IV
LOS ARCHIVOS DE TABLILLAS EN LINEAL B

LO que llamamos palacios micénicos, independientemente de su carácter más o menos suntuario, más o menos representativo, constituye un conjunto de dependencias articuladas en torno de una unidad de poder (reflejada en la existencia de «salones de trono»), sostenida en la acumulación de riquezas excedentarias (reflejada en la existencia de «almacenes») y en la producción de elementos suntuarios y armamento (reflejada en la existencia de «talleres» y «arsenales»). Estas dependencias se revelan como elementos integrantes de una organización palaciega merced a la presencia en las mismas de los restos administrativos que constituyen los documentos en lineal B.

La existencia de dichos restos es puramente accidental, pero su sola presencia indica que el lugar de su hallazgo pertenece a un conjunto palaciego, en otras palabras, es una dependencia de la administración del palacio, por alejada que esté del núcleo suntuario del mismo y por humildes que sean los restos arqueológicos exhumados.

Ya señalábamos en el capítulo anterior que los documentos en lineal B recuperados constituyen una mínima parte de la documentación escrita de los palacios micénicos y probablemente no la de mayor importancia. Sin embargo, el carácter de los diversos lugares que concentran esta información admite una división en dos tipos de conjuntos: aquéllos que constituyen realmente un archivo y aquellos otros que, reflejando documentalmente información concreta referente a actividades determinadas, se denominan «depósitos» de tablillas.

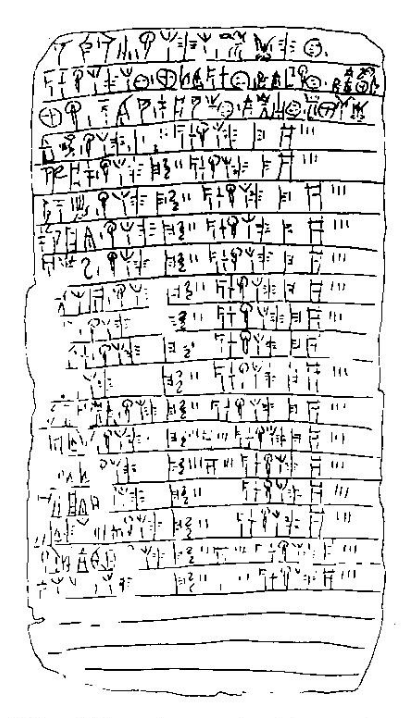
La documentación conservada en lineal B fue inscrita sobre arcilla, desecada posteriormente y cocida accidentalmente por los incendios

que por lo general destruyeron los centros administrativos micénicos. Vimos ya las implicaciones que esta cochura accidental y accidentada tuvo sobre el estado actual hasta el punto de que resulta fácil hallar a veces fragmentos de tablillas en cajas con tejuelos de vasijas y viceversa, fragmentos de vasos conservados en los cajones o en los expositores de documentos en lineal B. En algunas ocasiones podría parecer que determinados conjuntos de documentos de similares características fueron realizados en arcillas especiales, pero la peculiaridad del material no se debe tanto a una diferencia de origen en la materia prima escriptoria, cuanto a una circunstancia común en su cocción, responsable de una coloración y consistencia pareja, por ejemplo, o a características del propio lugar de hallazgo: así las tablillas de aceite de Cnoso presentan unas peculiares acumulaciones de sales debido a haber estado depositadas bajo una losa de yeso, que es el responsable de aquéllas.

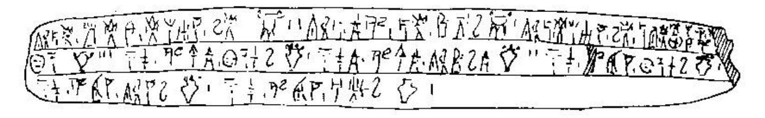
La calidad de la propia arcilla varía de un palacio a otro y, a veces, de un departamento a otro. En ocasiones incluso un mismo documento puede haber sido formado con un núcleo de arcilla más basta recubierto por una capa de arcilla más fina que permitiera una escritura más fácil. Además, pequeños guijarros en la masa de arcilla no son infrecuentes.

Con este material primario el escriba o su ayudante (como veremos, nos es posible identificar el escriba autor de un documento y la persona que preparó la tablilla para el escriba) confeccionaba en primer lugar las «hojas» o «fichas» donde anotaba la información pertinente. En primer lugar debía elegir el *formato* que iba a utilizar y realizar (o hacer que realizaran para él) un número indeterminado de ejemplares suficientes para contener el conjunto de la informaci6n que deseaba asentar. Este hecho, la fabricación previa de una serie de «hojas» o «fichas» de características similares destinadas a contener una información de carácter unitario, nos permitirá comprender mejor más adelante uno de los conceptos de mayor utilidad a la hora de proceder a la interpretación de los documentos: el *set* o «juego» de tablillas.

Los formatos de las tablillas en lineal B son variados, pero se sitúan entre dos modelos extremos: el formato de «hoja de palmera» y el formato de «página». La preferencia por uno de ellos, o por



PY Jn 829, tablilla en formato de página con la requisa de bronce de los templos.



«Tablilla de las trébedes» PY Ta 641, en formato de hoja de palmera.

variedades intermedias, depende del centro en cuestión, del tipo de documento e incluso del propio autor del mismo, del escriba, lo mismo que sus dimensiones, que varían grandemente por idénticas razones.

El formato de *hoja de palmera* debe su nombre tanto a su propia apariencia como a la noticia de que en tiempos se utilizaron realmente hojas de palmera con fines escriptorios. Esta tradición resulta difícil de admitir, a la vista de la historia del material escrito en Creta, del jeroglífico a la lineal A y de ésta a la lineal B, pero la denominación tuvo éxito y sigue vigente. El documento así denominado, en su elaboración más sencilla, recibe su forma del propio proceso de su fabricación, el aplastamiento de un cilindro de arcilla que ha sido rotado previamente con un movimiento de vaivén entre las palmas de las dos manos en posición vertical. La rotación produce un cilindro oblongo, apuntado en un extremo, debido a que la parte inferior de la palma de la mano es más carnosa que la parte superior. Con anterioridad el cilindro había sido armado o trabado con una brizna de herbajo o con una pajita o incluso con un pequeño cordel. Esta trabazón permitía mantener unidas las partes integrantes de un mismo do cumento en el caso de una rotura accidental del mismo, y el orificio que su combustión ha dejado permite ver con facilidad, en aquellos casos en que la tablilla está fragmentada, cómo atravesaba su interior de un extremo a otro sin que se pueda percibir las más de las veces en los documentos conservados enteros, aun que en ocasiones pueden verse sus cabos asomar por los extremos de las tablillas.

Una vez modelado entre las palmas, el cilindro de arcilla se depositaba sobre una superficie lisa, se aplastaba y modelaba con la palma y los dedos hasta conseguir una tablilla alargada y consistente con dos superficies claramente diferenciadas: una plana y bruñida, la superficie escriptoria fundamental que va a recibir el asiento principal y, en la mayoría de las ocasiones, único, y otra convexa, caracterizada por las improntas palmarias y dactilares, que por lo general permanece sin inscripción. A la principal la denominamos *recto y* a la posterior, *verso.* En ocasiones el escriba ha creído conveniente utilizar los reducidos espacios de los bordes superior e inferior para asentar breves anotaciones. Esta práctica no es exclusiva de este formato, sino que es general, por lo que toda tablilla micénica presenta, en principio al menos, cuatro espacios escriptorios (el *recto,* el *verso,* el borde

superior y el borde inferior), que se elevan a seis en el caso del formato de «página» (el borde derecho y el borde izquierdo) en casos excepcionales.

El formato de *página,* como su nombre indica, es rectangular, similar a la página de un cuaderno o de un bloc de notas. El procedimiento para su confección era mucho más complejo y laborioso, dependiendo evidentemente de las dimensiones de la tablilla, pero obedecía al mismo principio ya expuesto: se multiplicaban las armazones internas, se aumentaba el grosor del espécimen en relación directa con las dimensiones pretendidas y se obtenía finalmente la forma deseada mediante plegados y replegados de la lámina de arcilla originaria.

Las *dimensiones* de las tablillas varían grandemente. El visitante del Museo de Iraklio podrá constatarlo por sí mismo ante la vitrina 69 de la sala V, donde se exhibe una selección de tablillas en lineal B procedentes de Cnoso, junto con ejemplos de documentación en lineal A y en jeroglífico cretense. Le llamará la atención una gran tablilla situada en la parte izquierda del lateral mayor, de 16 x 27 cm.: es la «gran tablilla» de Cnoso, As 1516, donde se recogen los integrantes de determinados equipos de trabajo. Junto a ésta, a su derecha, en la parte superior, podrá ver la tablilla más diminuta, de apenas 3 x 1 cm., Fh 346, en la que se asientan dos medidas de aceite consignadas a nombre de un tal *Aigipastas.* Resulta difícil hallar una tablilla menor entre la documentación recuperada en otros centros, mientras que documentos de dimensiones similares a la «gran tablilla» no son infrecuentes en Pilo.

La escritura y la preparación previa del espacio escriptorio en cada tipo de documento la realizaba el escriba con un *estilete* o cálamo. Nuestro conocimiento del tipo de instrumento se limitaba hasta hace bien poco a las deducciones efectuadas a partir de una observación detallada de los trazos, su forma, *ductus y* grosor, de algunas rectificaciones groseras y de algunos curiosos «entretenimientos» de los escribas: así, la nitidez del trazo y la ausencia general de rebabas indicaban más bien un filo cortante que una punta aguzada; su grosor insistía en la finura del borde cortante, ya que, a pesar de la merma natural de la arcilla por la pérdida del agua en la cochura, los documentos de las manos 124 de Cnoso presentan una escritura de

miniatura francamente notable. Por otro lado, para borrar un texto erróneo el escriba utilizaba una especie de rascador plano, las más veces, que puede haber sido muy bien el propio filo del estilete deslizado horizontalmente. En una tablilla de Pilo, Va 15, el escriba pretendió inutilizar todo el texto del *verso* invalidándolo con tres trazos oblicuos hechos con el extremo romo del estilete (que era romo lo sabemos porque no llegó a concluir el tercer trazo, sino que simplemente apoyó el extremo en la arcilla, dejando impreso su contorno circular, según explicación de J. Chadwick), lo que nos permite conocer su diámetro.

Hace algunos años, sin embargo, L. Godart publicó unos estiletes hallados en el contexto arqueológico donde fueron recuperados casi veinte fragmentos de tablillas en lineal B en las excavaciones del Instituto Alemán en Tirinte. El propio estudioso belga realizó experimentos con ellos, tendentes a demostrar cómo podía inscribirse una tablilla con caracteres de la lineal B con aquellos instrumentos, que fabricados en hueso y en bronce, presentaban un aspecto de bisturí, como el mango de un pincel al que se ha tallado un filo cortante y curvo en su extremo.

En las excavaciones del solar Liangas en Tebas (1982), en las que Jristos Piterós exhumó el notable hallazgo de precintos inscritos en lineal B, el arqueólogo griego recuperó igualmente tres estiletes de hueso, de unos 13 cm. de largo y 0,5 cm. de diámetro (el mismo diámetro deducible de la obliteración de la tablilla Va 15 de Pilo), de factura similar a los de Tirinte, pero con el filo mucho más afinado. Parecen nuevos y quizá no llegaran a ser utilizados en su día, habida cuenta de que se recuperó igualmente junto a ellos uno de los laterales resultantes del corte del extremo para obtener el filo.

Los experimentos demuestran que con tales estiletes es perfectamente factible la escritura en lineal B y justifican que los trazos curvos no fueran trazados de una sola vez, sino de forma discontinua y sucesiva. Sin embargo, no debe excluirse la posibilidad de que hayan existido varios tipos de estiletes. En algunas tablillas de Cnoso el escriba se ha entretenido en hacer unos agujeros de forma cónica invertida con el simple procedimiento de hincar la punta aguzada de un estilete y hacerlo girar de manera cada vez más excéntrica.

En cualquier caso, el estilete se desgastaba con su uso, haciendo que penetrara menos el trazo en la arcilla y aumentara su grosor. El escriba debía proceder a «sacar punta» a su estilete. Conservamos un ejemplo de sus pruebas para ver si el nuevo filo discurría por la arcilla a su entera satisfacción: en la curiosa tablilla de Pilo Tn 316 el escriba que designamos con el número 44 probó su renovado estilete en la esquina inferior derecha del *recto,* garabateando sin orden ni coherencia una serie de signos de los que discernimos al menos un par de *mi y* otro de *re.*

Con el estilete, pues, el escriba no sólo escribía su documento, corrigiendo a veces grafías equivocadas con raspaduras que en ocasiones nos permiten vislumbrar el texto anterior, información preciosa desde el punto de vista lingüístico o interpretativo, sino que además disponía u organizaba previamente el espacio escriptorio.

La organización del campo escriptorio y las prácticas del asiento constituyen una particularidad propia de la lineal B, ya que, aunque existen precedentes para ambos aspectos en la documentación jeroglífica y en la lineal A, denuncian una concepción escolástica en la forma de asentar la información por parte de la burocracia micénica. Una visión preconcebida de la bondad del modelo «europeo» frente al bárbaro «mediterráneo» valorará la ordenación del espacio escriptorio y la disposición ta bular de los asientos como los reflejos de la incursión de la mentalidad organizada indoeuropea en la práctica contable, acorde por lo demás con la imagen de la sociedad micénica que obtenemos del estudio de sus propios documentos.

Para delimitar y organizar el espacio escriptorio el escriba micénico es enseñado a manejar la *pauta y* el cambio del *tamaño* de los caracteres. La pauta es una simple línea longitudinal que por lo general ocupa todo el ancho de la tablilla, aunque puede no hacerlo. El formato de «hoja de palmera» no presenta pautas por lo general y, en caso de tenerlas, contiene una sola, que divide el documento en dos registros de altura variable, pero por lo general idénticos dentro de cada tablilla; en ocasiones, el rayado no cubre la totalidad del documento y se dejan libres grandes espacios en blanco. Las pautas se trazan con anterioridad al texto, como es comprensible, pero en contados lugares podemos apreciar que una pauta ha sido dibujada después de haber sido inscrito un texto: los efectos que producen en el

barro dos trazos al cruzarse nos permiten discernir con claridad el orden en que fueron realizados.

Una vez organizados los distintos registros del borrador en «fichas», el asiento se va inscribiendo de izquierda a derecha y, si no cabe en la línea, el registro se completa encima de ella. Este es el orden de escritura y, por consiguiente, el orden de lectura. Un hábil uso del espacio en blanco permite ordenar la in formación. El énfasis y la jerarquización léxica se consiguen con la alternancia de caracteres de gran porte («mayúsculas») y otros de menor tamaño («minúsculas»). Para algunas acotaciones especiales, se utilizan índices o caracteres volados. El texto se va asentando con el empleo de todas las posibilidades del sistema gráfico de la lineal B, expuestas en el capítulo V, dedicando para ello el número de tablillas que sea necesario y que depende tanto de la cantidad de información de la misma índole que se quiera asentar, como del formato de documento elegido para la ocasión. En el caso de que sea necesario más de un soporte gráfico, las tablillas integrantes del mismo documento son como las hojas distintas de un cuaderno y deben ser leídas conjuntamente. Físicamente son similares y son escritas por un mismo funcionario; dado que se trata de un único documento, las tablillas integrantes son archivadas juntas, por lo que su arcilla suele presentar características comunes, al haber sufrido la cocción en condiciones no muy dispares. Es lo que conocemos como un *set* o «juego» de tablillas, escritas por un mismo funcionario y archivadas juntas para ser leídas en su caso conjunta y unitariamente, en un orden determinado.

El problema es saber cuál era el *orden de lectura* de un juego de tablillas determinado, o, en otras palabras, el orden en que éstas se habían archivado. En contadas ocasiones puede obtenerse esta información de los propios textos. Así, en 1956, M. S. Ruipérez pudo establecer que las dos tablillas de Pilo que hoy designamos con las identificaciones Aq 64 y Aq 218 (entonces separadas en la clasificación como Sn 64 y An 218) formaban parte de un único documento, es decir, se trataba en realidad de un díptico. El orden de su lectura quedaba garantizado por la propia disposición del texto: Aq 64 presentaba un encabezamiento y un parágrafo introducido por una oscura locución presente en enumeraciones de este centro; Aq 218

mostraba dos parágrafos introducidos por la misma locución. Era evidente que el orden debía ser Aq 64 + 218. Desgraciadamente no todos los textos son tan claros, ni todos los juegos se reducen a dos tablillas «página» de grandes dimensiones como en el caso pilio citado. Por ejemplo, las tablillas que recogen los distintos rebaños ovinos de Cnoso debían de estar archivadas por el orden geográfico de las unidades administrativas en las que estaban encuadrados los distintos rebaños, pero cualquier intento para rehacer el orden originario en contrará enormes dificultades. Esto no ocurre con el juego de las tablillas Pp de Cnoso, gracias a que Evans levantó los documentos en un lecho de escayola y fotografió el estado en que se hallaron y que representa a grandes rasgos el propio orden físico de estas tablillas en su archivador particular. Tal circunstancia tiene un interés adicional, ya que puede ayudarnos a reconstruir la geografía del reino de Cnoso, como podremos apreciar en el capítulo VII.

Los juegos de documentos de arcilla, una vez inscritos y secos, se guardaban en «archivadores» perfectamente recuperables, esto es, identificables por quien quisiera contrastar u obtener una determinada información. Los *archivadores* de documentos micénicos eran de diferentes tipos: los diarios de excavación de Evans hablan tanto de cajas de madera (de las que se recuperan asas, charnelas, e incluso madera carbonizada), como de cofrecillos de yeso. La práctica de las etiquetas, a la que nos referiremos inmediatamente, denuncia la existencia de cestos para dicho fin. En ocasiones un juego podía estar simplemente depositado en un poyo o en un estante.

En efecto, en diciembre de 1989 hemos tenido la oportunidad de promover y asistir a la recreación del orden en que se encontraban archivadas las tablillas del juego Sh de Pilo. En 1981, al estudiar de pasada estos documentos, J. L. Melena llegó a la conclusión de que dos tablillas de dicho juego, los números 736 y 740, formaban un díptico de encabezamiento del resto de los documentos, que, a su vez, podían dividirse en dos grupos, atendiendo al número de determinados aditamentos que presentaban las corazas anotadas en los mismos. En una visita al Museo Nacional de Atenas, donde se custodian los archivos de Pilo, en otoño de 1989, pudo constatar que 736 y 740 encajaban físicamente, incluso en la continuidad de las fracturas que presentaban. Ante este hecho, junto con los profesores E. L. Bennett,

jr., de la Universidad de Madison, y Th. G. Palaima, de la Universidad de Austin, y basándose en la distribución en dos grupos del resto, se pudo reconstruir las dos capas en que el juego se encontraba depositado, probablemente en una bandeja o estante de cestería, en el momento en que se produjo la destrucción del archivo de Pilo. Con ello hemos creado un nuevo concepto, el de la *contiguidad*, para definir el orden físico en que los documentos micénicos se encontraban archivados en las distintas dependencias palaciegas.

Podemos asegurar que no todos los archivadores permitían un acceso directo a la documentación custodiada en ellos. Algunos, si no todos, debían de ser de estructura cerrada y opaca, hasta el punto de hacer imprescindible la adición de un elemento externo con la información del contenido del receptáculo. Este útil informativo es la *etiqueta,* que no es otra cosa que una pella de arcilla aplastada contra el costado accesible de cestería y con una sucinta información inscrita sobre la misma. Este tipo de documento es perfectamente discernible por las profundas improntas de cestería que presenta en su *verso* y por las huellas dactilares de su *recto*, y constituye una categoría distinta de la tablilla.

Provistos de sus correspondientes etiquetas, los archivadores eran depositados en las dependencias del archivo, sobre poyos o estantes. Las dimensiones del anexo del archivo de Pilo, donde existe un bancal corrido en tres de sus lados, y la cantidad de documentacion hallada en el mismo imponen admitir la existencia de estantes apoyados en el muro y en el mencionado bancal.

Queda por describir una tercera categoría de documento de barro susceptible de contener información escrita: el *precinto.* Como su nombre indica, se creía que estos menudos documentos garantizaban la integridad de determinados receptáculos, atados de géneros, puertas, etc., y es posible que en ocasiones así fuera, como en el caso de unos precintos procedentes del arsenal de Cnoso, hallados junto a restos de un cofre y un elevado número de puntas de flecha, y que llevan una representación inscrita de una flecha y un término próximo al que designa a la «jabalina» en griego antiguo. Lo que parece ya claro es que con estos precintos no se aseguraban los archivadores de documentos, como se creyó en tiempos.

La colaboración en la edición de los 56 precintos tebanos

mencionados antes ha permitido recientemente estudiar de cerca este tipo de resto epigráfico, comprender su fabricación y atisbar la finalidad de su empleo. La información obtenida ha sido contrastada con los precintos de Pilo, de Micenas y de Cnoso, y hemos podido constatar que se trata de una práctica escolástica, esto es, universal. Estos precintos probablemente no precintaban nada, por lo que resulta menos comprometido referirnos a ellos con la designación de *nódulos.* En efecto, se trata de pequeñas bolas de arcilla en las que se ha embutido el nudo probablemente de una lazada. Es un nudo especial, marinero de doble lazo, y la lazada es de un material muy fino, de sección rectangular y consistencia blanda, probablemente de origen animal (¿nervio?). Una vez bien embutido el nudo, la bola de arcilla se colocaba en la palma izquierda, entre los dedos índice y corazón, por lo general, se sellaba con el sello con la mano derecha y se inscribía un ideograma encima de la impronta del sello. Después se giraba el nódulo, ahora piramidal, hacia la palma de la mano izquierda y se procedía a escribir el texto en las dos caras resultantes. Los 60 nódulos tebanos fueron hallados en un espacio reducido, por lo que debieron de caer de un estante, donde se encontraban dentro de algún recipiente, o de un clavo en la pared, de donde podrían haber estado colgando de sus lazadas. Portan información fragmentada y concreta, que después se reuniría en una tablilla, sobre el movimiento de ganado y géneros de las explotaciones ganaderas al palacio y a otras localidades. El colapso de la dependencia de Tebas sobrevino antes de que el escriba pudiera trasladar a un documento regular toda la información de los nódulos.

En este punto tenemos ya conocidos los cuatro tipos de soportes gráficos de la lineal B: las inscripciones pintadas sobre cerámica, a las que aludimos en el capítulo III, y las tres categorías de documentos en arcilla (tablillas, etiquetas y nódulos), su fabricación y utilización. Sobre estos soportes los funcionarios micénicos, que por comodidad llamamos escribas, en paralelo con los autores de los documentos de Oriente Próximo y Medio y de Egipto, nos han dejado el reflejo de su sociedad, desde una óptica económica, sin que, a diferencia de lo que ocurre con los verdaderos escribas, firmen los documentos o hagan referencia a sus personas. Su personalización, su identificación personal es obra de la indagación paleográfica y pinacográfica

contemporánea.

El mecanismo de la escritura es, después de su adquisición, fundamentalmente inconsciente; ello hace que la escritura individual sea única, ya que obedece a las peculiaridades motoras de los individuos, peculiaridades que no pueden ser enseñadas ni aprendidas. El producto de un acto escriptorio es, pues, personal y único, independientemente del material utilizado y de las condiciones en las que ha sido llevado a cabo. Sin embargo, junto a estos factores internos que individualizan una producción escrita, existen otros factores externos que tienden a aproximar las producciones de las distintas personas hacia una norma general y que podemos denominar escolásticos.

Lo expuesto es una consideraci6n de carácter general que se aplica igualmente a los documentos micénicos: cada escriba interpreta personalmente la norma escriptoria, gracias a la unicidad de sus movimientos motores (concretados por ejemplo en su peculiar manera de manejar el estilete, su *ductus*, el orden en la inscripción de los trazos en los signos de mayor complejidad, etc.), siguiendo a veces unas pautas escolásticas de interpretación de la norma general (concretadas, por ejemplo, en el recurso a determinadas florituras no significativas de los signos e incluso en la propia disposición de los documentos), que denuncian la existencia de un maestro o de un jefe de servicio cuya personal interpretación de la escritura se intenta imitar.

Con estos criterios primarios y secundarios es posible aislar, del conjunto de documentos de cada centro, una serie de grupos de tablillas que son claramente obra de una misma persona, o, en nuestra terminología, de un mismo *escriba*, de una misma mano. Existe otra serie de criterios no paleográficos que ayudan a esta labor: el aspecto externo de los documentos mismos (la textura de la arcilla, su color y estado de conservación, su manufactura y formato, sus dimensiones, etc.) y, recientemente, el estudio de las huellas dactilares y palmarias impresionadas sobre las tablillas.

Desgraciadamente el estudio de la presencia de líneas papilares en el barro de los documentos aún se encuentra sin completar para los grandes centros micénicos. El profesor sueco Paul Astrom y el director del Departamento de Identificación Dactilar del Cuerpo de Policía de

Estocolmo, K.-E. Sjoquist (quien continuaba así la labor de su predecesor S. A. Eriksson) han procedido ya a obtener un corpus fotográfico de todas las huellas utilizables en la documentaci6n de Pilo y de Cnoso. Los resultados de su ulterior estudio han sido ya publicados para el archivo de Pilo, y en breve se esperan los relativos a Cnoso. Se ha podido observar, no obstante, que existe una colaboración entre los escribas propiamente dichos y otros individuos que han sido bautizados con el nombre inglés de *flatteners*, los que aplastaban el barro para fabricar las tablillas, colaboración que supone la existencia de diferentes individuos en el proceso de crear un solo documento.

La paleografía de las tablillas micénicas nace en 1959 gracias a los estudios preliminares de las manos de los documentos de Pilo llevados a cabo por su editor, el profesor Emmett L. Bennett, jr. Un discípulo suyo, Th. G. Palaima, realizaría posteriormente su tesis doctoral sobre los escribas de Pilo, cuya publicación en 1988 supone ahora el estudio básico de las manos de dicho palacio. Se han podido identificar 45 manos individuales (numeradas de H1 a H45) y cuatro clases (designadas de i a iv). Este trabajo sigue el modelo de otra tesis doctoral de 1965 dedicada al estudio de los escribas de Cnoso y realizada por J.-P. Olivier. El libro de Olivier supuso un significativo avance en la comprensión de la organización administrativa de un palacio micénico y tendremos ocasión de volver sobre él enseguida. Distingue entre las distintas manos unas principales (41, numeradas de 101 a 141) de otras secundarias (25, numeradas de 201 a 225), cuya producción puede en rigor ser asignada a cualquiera de las manos principales. Entre éstas hemos contado como una sola mano lo que en realidad es un grupo de manos muy afines, designadas con el número «124», a las que J. Driessen dedicó recientemente una tercera tesis doctoral, ya mencionada en el capítulo III, que nos proporciona la identificación de 13 escribas más (personalizados con las designaciones arbitrarias de Alex, Ber trand, Cedric, David, etc., frente a lo que era 124a, 124b, 124c, 124d, etc.) y 10 estilos adicionales diferentes (designados del 1 al 10).

En las tablillas procedentes de Micenas, E. L. Bennett, jr. ha podido distinguir 14 manos diferentes (designadas del 51 al 64). Lo exiguo de la documentaci6n de Tirinte no permite un estudio

paleográfico y para Tebas sólo podemos decir que contamos al menos con dos escribas responsables cada uno de un juego de tablillas (Ug y Of) y varias manos diferentes en el conjunto de los nódulos hallados en 1982.

Si se combina la información obtenida de la identificación del autor de los documentos con su lugar de hallazgo, cuyo desigual conocimiento ya comentamos en su momento, y observamos después de cerca el contenido de los documentos mismos, puede es tablecerse por la topografía de cada palacio la ubicación de archivos, depósitos de tablillas y departamentos administrativos, esto es, la organizaci6n burocrática de los centros en cuestión.

La *organización burocrática* descansa en la identificaci6n del «negociado» (*bureau*), entendiendo por negociado la sede de una actividad administrativa, expresada ésta en la coherencia interna de los asuntos tratados.

De este modo, J.-P. Olivier pudo discernir en Cnoso una serie de «negociados» situados en cuatro áreas del palacio.

En el área *occidental* tenemos dos conjuntos de tablillas problemáticos, el correspondiente al grupo de manos 124 y el referido a la mano 141 y su subsidiaria 222, con sus asientos de cantidades de aceite. Ya hemos señalado que la equiparación cronológica de ambos grupos con el resto de la documentación ha sido puesta en tela de juicio por J. Driessen. Además, encontramos en esta localización un vasto estrato de tablillas por toda la zona de los almacenes occidentales y el largo pasillo que los separa del complejo de habitaciones lindantes con el patio central. Los documentos proceden con toda probabilidad del piso que estaba encima de los almacenes y es allí donde ha de situarse un «negociado de asuntos ovinos», donde trabajan al menos tres escribas (las manos 120, 121 y 217), un conjunto de negociados o mejor aún un departamento que entiende de productos aromáticos, ánforas de miel y ofrendas religiosas, integrado por al me nos 6 escribas (las manos 103, 135, 136, 140, 220 y 223), y otro departamento de productos textiles, integrado por al menos 10 funcionarios distintos (las manos 103, 108, 113, 115, 116, 207, 208,209,210y211).

En el *área norte* del palacio, junto a la entrada monumental del mismo, se localiza un conjunto de negociados cuya producción escrita

abarca los aspectos más diversos de la burocracia micénica y que por este carácter no especializado suponemos que forman en realidad una sala de archivos, a la que nos referiremos ocasionalmente como «archivo norte».

En el *área oriental* la situación es algo confusa, pero vecinos a la gran escalera del palacio debieron de existir al menos dos negociados: el principal negociado de asuntos ovinos, con los censos de los rebaños de los escribas 117, 119 y 216, y un negociado de personal, donde se atestigua la labor de al menos dos escribas (las manos 101 y 105).

Fuera del recinto propiamente del palacio, junto a la vía procesional que lleva desde la entrada norte al pequeño palacio, se exhumó en 1904 el arsenal, llamado así por el contenido de las tablillas allí encontradas. Debió de existir en dicho lugar un negociado de suministros militares, desde donde se controlaba la producción y almacenamiento de carros de guerra y que muestra al menos la labor de seis escribas (las manos 128, 129, 130, 131, 132 y 133).

Frente a esta dispersa organización burocrática de Cnoso, el análisis de la actividad de los escribas en Pilo nos ofrece un sistema organizativo muy distinto; no existen los negociados y departamentos tan especializados de Cnoso, con escribas igualmente especializados (de los 41 escribas principales de Cnoso, sólo cuatro parecen haber trabajado en despachos independientes). En Pilo, por el contrario, trece de las veinticinco manos se presentan en tablillas exhumadas en más de una parte del palacio y al menos diez escribas pilios han escrito documentos conectados con más de una sección de la organización económica del centro. Th. G. Palaima ha señalado que la tendencia de Pilo a una organización más centralizada de la actividad burocrática, localizada en lo fundamental en el archivo y su anexo (las habitaciones 7-8 junto a la entrada principal del palacio), se debió quizá al tamaño más reducido de este centro en comparación con el palacio de Cnoso, que permitiría un cuidado tratamiento del flujo de documentos desde almacenes y talleres hacia el archivo y anexo, tratamiento que es denunciado por la concentración de la mayor parte de la actividad escriptoria en las manos de unos pocos escribas experimentados (las manos 1, 2, 21 y 41).

El estado actual de la documentación apenas nos permite

vislumbrar la organización de la actividad de los escribas en Micenas (donde sólo tenemos fundamentalmente un par de depósitos de tablillas y cuyo archivo central no ha sido localizado) y en Tebas (igualmente sólo se han recuperado dos depósitos y el interesante conjunto de los nódulos). La documentación muy fragmentaria de Tirinte procede de vertidos de acarreo, lo que no permite utilizarla para este fin.

La clasificación de las tablillas

Acabamos de ver que los documentos micénicos, organizados en juegos de tablillas, se archivaban en las dependencias palaciegas en archivadores de distinto tipo, dentro de las cuales se ordenaba el material inscrito con diferentes criterios y en una sucesión que se nos escapa las más de las veces. Cuando los primeros editores de textos micénicos se enfrentaron con la tarea de editar el material y, por lo tanto, de introducir en el mismo determinado orden, no sólo no contaban con estudios paleográficos que facilitaran el trabajo, sino que ni siquiera los propios textos eran inteligibles, ya que las ediciones pioneras de las tablillas de Pilo (1951) y de Cnoso (1952) precedieron al desciframiento de la lineal B por M. Ventris, como veremos en detalle en el capítulo V. Tan sólo se disponía de dos elementos de juicio: los lugares de hallazgo de la documentaci6n y los elementos pictóricos que preceden a las cifras en las tablillas y que denominamos ideogramas o logogramas.

En la edición de las tablillas de Cnoso (*Scripta Minoa* II), Sir John L. Myres, siguiendo el manuscrito y notas de Evans, no clasificó estrictamente el material, sino que siguió la secuencia numérica de los números de inventario de los documentos, que reproduce a grandes rasgos el orden de su exhumación y, por lo tanto, pueden establecerse grupos por lugares de hallazgo. Sin embargo, incluyó en la edición una clasificación de las tablillas realizada por la Dra. Alice Kober, estudiosa norteamericana cuyo papel en la historia del desciframiento tendremos ocasión de valorar más adelante. Se trata de una clasificación por los ideogramas, que reflejan contenidos, expresada por medio de una letra mayúscula seguida por otra minúscula que preceden ambas al número dado por Evans al documento en cuestión.

Así, la A recogía los documentos considerados como listas de personas de sexo masculino y presentaba subdivisiones Aa, Ab, Ac, Ad, Ag, Ah, Ai, Aj y Ax, para los distintos formatos y disposiciones del texto.

Un año antes E. L. Bennett había publicado los textos de Pilo conocidos a la sazón, clasificándolos con un sistema basado primariamente, al igual que el de Miss Kober, sobre la presencia de los ideogramas, pero más sencillo que el de ésta. Del mismo modo Bennett empleó un prefijo bilítero, una mayúscula se guida de una minúscula, con el número de inventario de cada tablilla: con la mayúscula se establecía una clase general y con la minúscula una subclase, fundada principalmente en consideraciones de formato y disposición del texto. El sistema de Bennett se reveló enormemente útil, pronto fue adaptado al material de Cnoso, y posteriormente al de Micenas, constituyendo hoy la convención admitida de un modo general.

Toda tablilla micénica tiene una referencia que la identifica inequívocamente. Esta referencia consta de dos prefijos bilíteros, el primero de los cuales está constituido por dos letras mayúsculas que indican la procedencia del documento, el centro en el que ha sido hallado. Así:

KH = La Canea	KN = Cnoso	MI = Midea
MY = Micenas	PY = Pilo	TH = Tebas
TI = Tirinte		

El segundo de los prefijos es una letra mayúscula seguida de una minúscula y sirve para distinguir clases o series de tablillas. En ocasiones este prefijo consta de una única letra, empleándo se sólo la mayúscula para indicar una clase general, un cajón de sastre donde se ubican documentos dispersos o que no forman un juego coherente. Las clases y series utilizadas hoy en día en las ediciones de textos micénicos aparecen en la tabla de más abajo.

De este modo, por ejemplo, la tablilla KN Fh 350 es un documento de Cnoso de la serie Fh (registros de aceite), que recibió el número de inventario 350. A veces la identificaci6n numérica es un poco más compleja y aparece como una serie de números unidos por el signo +:

se trata entonces de una tablilla que ha sido reconstruida a partir de una serie de fragmentos de numeraci6n independiente, por ejemplo, KN Fh 367 + 5460 + 9083 + 9160. En el caso de que un fragmento unido no posea numeración, su existencia aparecerá expresada con la adición de + *fr.* (+ *frr.* en el caso de que sean dos o más de dos) a la lista de sumandos.

Cuando una serie de tablillas contiene en su interior más de un juego de documentos, éstos pueden aparecer distinguidos en la propia identificación de la tablilla por medio de un número entre paréntesis tras el prefijo de la serie: KN Ga(1) 517 es un documento de un juego escrito por el escriba 135, mientras que KN Ga(2) 673 pertenece a un juego distinto, obra de la mano 136.

PREFIJOS CLASIFICATORIOS POR CENTROS

Listas de personal

KN: Ag Ai Ak Am Ap As Bg B — MY: Au

PY: Aa Ab Ac Ad Ae An Aq — TH: Av — TI: Al

Registros de ganado

KN: Ca Ce Ch Co C — PY: Cc Cn Cr

TI: Cb

Registros de ovejas

KN: Da Db Dc Dd De Df Dg Dh Dk Dl Dm Dn Do Dp Dq Dv D

Registros de cereales

KN: E — MY: Eu

PY: Ea Eb Ed En Eo Ep Eq Er Es — TI: Ef

Registros de aceite, productos agrícolas y ofrendas de los mismos

KN: Fh Ep Es E Ga Gg Gm Gv G — MY: Fo Fu Ge Go

PY: Fa Fg Fn Er Gn — TH: Fq Gp

Registros de metales

PY: Ja Jn Jo

Vasijas

KN: K

Registros de tejidos

KN: Lc Ld Le Ln L	MY:L	
PY: La	TH: Lb	

Contribuciones diversas

KN: Mc M	PY: Ma Mb Mn	

Materias textiles y otras

KN: Nc Np Oa Od Og Pp	MY: Oe Oi	
PY: Na Ng Ob On Qa	TH: Of	

Registros de armas

KN: Ra R

Carros de guerra y corazas

KN: Sc Sd Se Sf Sg Sk So Sp	KH: Sq	
PY: Sa Sh	TI: Si Sm	

Ajuar

PY: Pa Pn Ta Tn

Registros misceláneos

KN: Uc Uf U	MY: Ue Ui	
PY:Ua Ub Un	TH: Ug	TI: Uh

Registros sin logogramas

KN: Vc Vd V (personal)	MY: V (personal)	
PY: Va Vn		

Etiquetas

KN: Wb	PY: Wa	

Nódulos

KN: Wm Wn Ws	MI: Wv	
MY: Wt	PY: Wr	
TH: Wu		

Fragmentos

KN: Xd Xe Xf X	MY: X	
PY: Xa Xn	TI: X	TH: X

Inscripciones pintadas sobre cerámicas

Cualquier procedencia: Z



Estilete de escriba procedente de Tebas.

Bibliografía comentada

El artículo de L. GODART es «Autour des textes en Linéaire B de Tirynthe», *Archäologischer Anzeiger* 1988, pp. 245-251, y el material tebano puede hallarse en el artículo citado en la bibliografía del capítulo anterior. El díptico PY Aq 64 + 218 fue identificado por M. S. RUIPÉREZ, «Une charte royale de partage des terres à Pylos», *Minos* 4:2, 1956, pp. 146-164, y el correspondiente a Sh 736 + 740 por J. L. MELENA, «Further Thoughts on Mycenaean *O-PA*», *Res Mycenaeae. Akten des Vll Internationalen Mykenologischen Colloquiums,* Gottingen 1983, pp. 258-286. Para los estudios de huellas dactilares véase K. E. SJOQUIST, P. ÅSTRÖM, PYLOS: *Palmprints and Palmleaves*, Goteborg 1985. Los estudios de manos son fundamentalmente los de J.-P. OLIVIER, *Les scribes de Cnossos. Essai de classement des archives d'un palais mycénien*, Roma, Edizioni dell' Ateneo, 1967, y TH. G. PALAIMA, *The Scribes of Pylos*, Roma, Edizioni dell' Ateneo, 1988, a los que hay que añadir la tesis de J. DRIESSEN sobre las manos de «The Room of the Chariot Tablets at Knossos», que será publicada en breve dentro de la serie de Suplementos a *Minos.*

Editiones maiores:

CNOSO:

PILO:

TEBAS: L. GODART, A. SACCONI, *Les tablettes en Linéaire B de Thebes,* Roma, Edizioni dell'Ateneo & Bizarri, 1978; V. ARAVANTINOS, L. GODART, A. SACCONI, *Les tablettes en Linéaire B de Thebes,* Atenas, École Française d'Archéologie, 1998.

a las que hay que añadir el material tebano de 1982.

TIRlNTE: artículos diversos que pueden hallarse en la publicaci6n reseñada en la bibliografía del capítulo III.

Las ediciones de textos en transliteración son las siguientes:

CNOSO: *The Knossos Tablets. Fifth Edition.* A Transliteration by J. T. KILLEN and J.-P. OLIVIER, Suplementos a *Minos* n.° 11, Salamanca-Vitoria, 1989 (incluye ya los nuevos fragmentos hallados en 1984).

PILO: E. L. BENNETT, jr., J.-P. OLIVIER, *The Pylos Tablets Transcribed,* Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1974-1976.

MICENAS: J.-P. OLIVIER, *The Mycenae Tablets IV,* Leiden, Brill, 1969, sigue siendo válida.

Para las inscripciones de Micenas, Tebas y Tirinte, J. L. MELENA - J.-P. OLIVIER, *TITHEMY*

Para las inscripciones sobre cerámica, véase A. SACCONI, *Corpus delle inscrizioni vascolari in Lineare B*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1974.

Los indices de palabras e ideogramas son los de J.-P. OLIVIER, L. GODART, C. SEYDEL, C. SOURVINOU, *Index généraux du linéaire B*, Roma, Edizioni dell' Ateneo, 1973, pero han de tenerse en cuenta las variaciones del material en estos veinticinco últimos años. F. AURA-JORRO está preparando una edición al día de los Índices Generales.

Capítulo V
EL DESCIFRAMIENTO

LA historia del desciframiento de la lineal B, los primeros tanteos y fracasos y la peripecia personal de Michael Ventris han sido narrados con precisión por el colaborador de éste, el profesor de Cambridge John Chadwick. El lector interesado en conocer los detalles de esta extraordinaria aventura humana, calificada en su momento como la ascensión al Everest de la arqueología griega, dispone de una versión en español del libro (*El enigma micénico,* Madrid, Taurus, 1962[1]). Por nuestra parte nos limitaremos a reseñar sus etapas más importantes.

La actividad para lograr el desciframiento de las escituras lineales cretenses (hasta bien tarde no se cayó en la cuenta de que los sistemas A y B reflejaban realidades distintas) se desarrollaba científicamente en dos puntos: en los Estados Unidos, en la estela de los descubrimientos de Blegen, con los trabajos de la doctora Alice Kober, del Brooklyn College de Nueva York, y del profesor Emmett L. Bennett jr., a la sazón en la Universidad de Yale, y en Londres, con los trabajos de un joven arquitecto inglés, Michael Ventris, quien desde 1940 y con el escaso material disponible por entonces se entregaba a su afición por esclarecer el misterio de la lengua minoica. Hemos de insistir en la escasez de material. Cuando Ventris da comienzo a su estudio apenas dispone de 142 tablillas del total de las encontradas por Evans. Esto explica por qué se progresaba con tanta lentitud y cómo se sucedieron rápidamente los acontecimientos cuando se pudo disponer de un mayor número de tablillas. Otros investigadores, como el finlandés J. Sundwall o el búlgaro Vl. Georgiev, también intentaban su propio acercamiento. En este sentido, justo es reseñar igualmente que en España, en la difícil década de los cuarenta, un joven catedrático de instituto, Benito Gaya Nuño,

concluía una tesis doctoral sobre la escritura y la lengua cretenses, con un excelente tratamiento científico, aunque sin llegar a la solución del desciframiento.

Miss Kober fue la primera estudiosa que abordó el problema de la lengua de las inscripciones cretenses mediante la observación metódica de las propias inscripciones. Su trabajo fue interrumpido por su temprana muerte en 1950, dos años antes de producirse el desciframiento al que tanto contribuyó. Su primera aportación fue señalar que la lengua de las tablillas era flexiva, esto es, las palabras mostraban en sus finales unas variaciones mediante las cuales se expresaban diferencias gramaticales. En español esto puede ejemplificarse con las variaciones del plural (*casa/casa-s, niño/niño-s*) y a quien le sea familiar el latín (o el griego) el empleo de desinencias casuales en dichas lenguas le es perfectamente conocido. Pudo determinar igualmente que existía una diferenciación de géneros, ya que las palabras que acompañaban a las representaciones pictóricas de hombres, aun siendo las mismas, diferían en su final cuando acompañaban a representaciones pictóricas de mujeres. Con ambos hallazgos pudo determinar unos conjuntos de tres formas cada uno, conocidos con el nombre de «ternas de Kober», en los que existía una forma básica más breve, seguida de otras dos formas flexionadas, una en masculino y otra en femenino (representaremos las sílabas originales por letras mayúsculas):

tipo A		tipo B			C	D	E
ABCD	EFCD	HIJD	KLMD	NOPQD	RTD	UOD	XYD
ABCZ	EFCZ	HIJZ	KLMZ	NOPQZ	RTZ	UOZ	XYZ
ABG	EFG	HIR	KLR	NOPR	RU	US	XY

Con las letras D y Z se representan respectivamente las variaciones correspondientes al femenino y al masculino construidas sobre las formas básicas, más breves, situadas en la tercera fila de la tabla. Estas ternas iban a jugar un papel decisivo en el desciframiento posterior. Emmett L. Bennett jr. había sido encargado por su maestro C. W. Blegen de la edición de las tablillas exhumadas en Pilo en 1939. Su publicación en 1951, junto con el establecimiento fiel del repertorio de signos, el reconocimiento de las variantes y la distinción de las distintas categorías de signos, sentaron las bases para la empresa de

Ventris. Un año antes Bennett había publicado un artículo fundamental en el que establecía la diferencia en el tratamiento de las fracciones y las medidas entre los sistemas A y B, a las que ya hemos hecho referencia anteriormente. Con su aportación, el profesor norteamericano delimitó el número de signos que constituían realmente el sistema convencional para la notación fonética de la lengua de las tablillas, distinguiéndolos de los ideogramas o referencias pictóricas o convencionales a seres y objetos, y de los signos empleados para la notación de pesos, medidas y cifras.

La personalidad y la biografía de Michael Ventris, tan atractivas como apasionante fue su obra, aparecen por vez primera vinculadas públicamente a las escrituras cretenses en 1940. En ese año el *American Journal of Archaeology* publicaba un artículo suyo titulado «Presentación de la lengua minoica». Tenía dieciocho años y cinco antes había asistido a una conferencia de Sir Arthur Evans, al que oyó decir que las tablillas exhumadas a comienzos de siglo seguían aún, al cabo de treinta y cinco años, sin descifrar. En su trabajo, Ventris trataba de localizar una lengua emparentada con el minoico que le permitiera el acceso a los textos. Su propuesta, el etrusco, siguió siendo su idea fija hasta que la realidad griega terminó por imponerse. Y no carecía de fundamento, ya que por entonces se creía que los etruscos se habían asentado en sus solares itálicos históricos tras una larga migración desde las islas y costas del Egeo septentrional.

Conocemos la última fase del desciframiento de Ventris y el proceso de reflexión que le llevó al éxito. En efecto, en 1950 redactó un cuestionario sobre aspectos diversos de las escrituras cretenses y lo envió a una docena de estudiosos de la materia. Con las respuestas recibidas y sus propias posiciones, Ventris construyó un informe titulado *Las lenguas de las civilizaciones minoicas y micénica*, que remitió a los interesados a título de contribución final al común esfuerzo por desvelar las escrituras:

«Confío en que un número suficiente de personas podrá hallar una solución satisfactoria en esta línea. Para ellas mis mejores deseos, pues por mi parte, ante la urgencia de otras ocupaciones, debo dejar a un lado este problema con esta pequeña aportación».

Conocemos, decíamos, el proceso de reflexión, ya que Ventris, lejos de abandonar el enigma, se dedicó a él con renovado interés en

los dos años siguientes, informando periódicamente a los interesados de la marcha y orientación de su indagación me diante unas notas de trabajo (*Work Notes*) que, en un total de 20, permiten hoy recomponer el proceso.

Este ha sido descrito por J. Chadwick en dos ocasiones, la última de ellas en 1973, en un volumen misceláneo dedicado a la *Linguística diacrónica, de áreas y tipológica,* publicado en La Haya, y hoy puede ser seguido de primera mano, gracias a su reciente publicación, junto con el informe de 1950, en la serie de *Incunabula Graeca* del Istituto per gli Studi Micenei ed Egeo Anatolici de Roma, a los cuidados de A. Sacconi.

En su informe del 10 de enero de 1950, al que hemos aludido, Ventris había analizado ya magistralmente la escritura, hasta el punto de que su resultado no necesita hoy modificaciones a la luz del desciframiento. Había distinguido ya nueve variedades de signos: 1) los signos fonéticos, que, en vista de su número, debían pertenecer a un silabario; 2) unos signos fonéticos, de baja frecuencia; 3) unas iniciales, esto es, unos signos fonéticos empleados como abreviaturas o como ideogramas; 4) los ideogramas esquematizados; 5) los ideogramas pictóricos; 6) los signos fonéticos compuestos, esto es, nexos de dos o más signos fonéticos; 7) los signos ideográficos compuestos, en los que parte del signo es un ideograma y parte un signo fonético; 8) los signos métricos; y 9) los signos numéricos.

Había llegado también a la convicción de que se empleaban vocales «muertas» para escribir los grupos consonánticos, como se sabía que ocurría con el silabario chipriota clásico. Dada la común ascendencia de las escrituras cretenses y chipriotas, no era de extrañar el recurso al silabario chipriota. En este sentido, Ventris señaló las similitudes de las formas de los signos entre ambas escrituras y equiparó nueve de ellas, acertando, como sabemos ahora, en seis.

La *Work Note* n.° 1 tiene fecha de 28 de enero de 1951, poco más de un año después del informe. La edición de las tablillas de Pilo aún no estaba disponible, pero con los pocos textos de que dispone, Ventris reúne los datos relativos a la flexión y a la derivación, esto es, a la variación y expansión de los finales en palabras determinadas. Estos datos aparecen resumidos al final en una rejilla (*grid*) fonética, donde se establece el mapa de las interrelaciones de los distintos

signos observadas en las alternancias de los mismos al actuar en la flexión y en la derivación. Dado que cada signo silábico era la combinación de una consonante (C) y una vocal (V), la expresión de las variables podía entrar fácilmente en un sistema de coordenadas:

	V_1	V_2	V_3
C_1	*a*	*b*	*c*
C_2	*d*	*e*	*f*
C_3	*g*	*h*	*i*
C_4	*j*	*k*	*l*

De este modo, *a*, *b* y *c* representan tres signos silábicos que presumiblemente tienen la misma consonante y el elemento variable es su componente vocálico; a su vez, *a*, *d*, *g* y *j* representan cuatro silabogramas con el mismo valor vocálico y el componente que varía es el consonántico.

Con la nota de trabajo nº 8 Ventris se adentra en la investigación estadística de la conducta de los signos de la lineal B, ya sobre los nuevos textos de Pilo, lo que le permite discernir entre signos de frecuencia alta, media y baja, en las distintas posiciones en la palabra (en inicial, en final y en posición intermedia). Deduce acertadamente que en un silabario los signos de mayor frecuencia en inicial deben representar vocales solas. Las notas de trabajo nº 9 a 19 muestran cómo va perfilando y ajustando poco a poco la rejilla fonética, cuyas casillas vacías van siendo ocupadas por signos de la lineal B, con los valores relativos expresados por sus interrelaciones, pero sin valores fonéticos, salvo las semejanzas posibles con el silabario chipriota clásico, aunque Ventris se sigue manteniendo en la idea del etrusco. La nota nº 19 tiene fecha del 20 de marzo de 1952; días más tarde aparecería finalmente el volumen *Scripta Minoa* II con los textos de las tablillas de Cnoso, editado por Sir John L. Myres con las notas y el material de Evans.

La nota de trabajo nº 20 es de 30 de junio de 1952 y tiene el siguiente título: *¿Están escritas en griego las tablillas de Cnoso y Pilo?* Para no llamar a engaño, Ventris establece desde el comienzo la naturaleza de la reflexión: «La nota que sigue tiene el carácter de una digresión frívola y no pretende prejuzgar dicho análisis» [se refiere al

análisis detallado de todo el material en lineal B con los textos de Cnoso y un próximo índice revisado de Bennett].

Ventris parte de las ternas de Kober con la hipótesis de que las palabras de esta categoría se corresponden con la categoría de «ciudades y corporaciones» documentada en las tablillas contemporáneas de la localidad siria de Ras Shamra, donde se sitúa el yacimiento de la antigua ciudad de Ugarit. Las formas breves de las ternas, las de la tercera fila, representarían los topónimos de las ciudades y las formas ampliadas, las dos primeras filas, los adjetivos étnicos construidos sobre aquéllos.

Así, los grupos del tipo B, que aparecían fundamentalmente en las tablillas de Cnoso, debían de encubrir topónimos cretenses. Comenzó por el que hemos representado como NOPR. Por su altísima frecuencia N debía ser a-; P estaba en la fila del valor consonántico n- obtenido por la comparación con el chipriota, comparación que permitía también conjeturar el valor vocálico -i tanto para P como para O. En este estadio, NOPR podía ser representado como *a-*i-ni-*** y ser puesto en relación con el nombre del puerto de Cnoso, Amniso, con lo que O valdría mi (abriendo así todo el valor consonántico m- a la fila correspondiente) y R podría ser *so,* dando valor -o a la columna y el valor s- a la fila en cuya intersección se encuentra.

El otro topónimo KLR podía ya verterse como **o-no-so* y Ventris supuso que se trataba del propio topónimo del palacio, Cnoso, con lo que K abría la fila de los valores consonánticos k-. El tercer topónimo del tipo B HIK podía leerse como *tu-ri-so* y ser relacionado con una localidad cercana a Cnoso, Tiliso (*Tulissos*).

La nota prosigue con una serie de consideraciones sobre un término para designar el cilantro, el estudio de la adjetivación, la identificación de los términos para «muchacho» y «muchacha», la fórmula de los totales e incluso la morfología de los participios. Sin embargo, Ventris sigue pensando que habrá que recurrir a la hipótesis de una lengua indígena no indoeuropea y que lo expuesto es simple fantasía. Pero la realidad se impuso, la rejilla se fue llenando de valores fonéticos y quedaron patentes las reglas para la notación del griego con el silabario.

En julio de 1953, en una entrevista radiada por la BBC a propósito de la publicación de *Scripta Minoa* II Michael Ventris declaraba:

«Durante estas últimas semanas he llegado a la conclusión de que las tablillas de Cnoso y Pilo deben estar escritas en griego definitivamente, un griego difícil y arcaico, quinientos años anterior a Homero y escrito en una forma bastante abreviada, pero griego a fin de cuentas.»

Esta declaración radiada motivó el contacto de Ventris con John Chadwick, su estrecha colaboración y la publicación conjunta en el número de 1953 del *Journal of Hellenic Studies*, del artículo científico donde se daba noticia a la comunidad internacional del desciframiento de la lineal B, confirmado inmediatamente por la lectura de la famosa «tablilla de las trébedes», exhumada por Blegen en 1952 de las entrañas de Pilo pero no leída hasta después del desciframiento.

El sistema de la lineal B

La escritura lineal B utiliza dos repertorios de signos básicos, uno fonético y otro logográfico. Dentro de cada uno de estos repertorios básicos pueden distinguirse dos o más subgrupos. Los signos del repertorio fonético reciben el nombre de silabogramas. Mérito de E. L. Bennett es haber establecido, antes de que el desciframiento permitiera conocer el valor de cada uno, una ordenación según las formas, de tal manera que con ese orden —llamado metafóricamente «orden alfabético»— fue posible hacer índices de grupos de signos o «palabras», que facilitaron grandemente la labor de análisis de los textos antes de que éstos pudieran ser leídos.

Citar un signo o un grupo de signos en medio de un estudio requería dibujarlos, lo que implicaba serias dificultades tipográficas. Una propuesta del epigrafista americano Sterling Dow introdujo una práctica cómoda que obvió esa dificultad: asignar a cada silabograma un número de dos dígitos según el orden «alfabético» de Bennett, en tipo cursivo (para distinguirlo de las indicaciones numéricas), que algunos micenólogos hacen preceder de un asterisco. Así, se habla de signo **01,* de **05*, etc., uso que se mantiene todavía cuando se desconoce el valor fonético. El repertorio fonético se representa por lo general en *transliteración*, esto es, el signo en cuestión se traduce a letras, con una combinación de una consonante más una vocal en la mayor parte de los casos.

Para representar los logogramas se empleó una transcripción convencional basada fundamentalmente en una abreviatura del nombre latino del objeto o ser representado (e. g. VIR; un nombre griego podría inducir a creer indebidamente que ése era el nombre micénico del logograma) escrita en mayúsculas pequeñas (versalitas), o en un número de tres dígitos en cursiva, precedido de *, cuando la referencia del logograma sigue sin identificar. Para referirnos a los signos integrantes de este repertorio logográfico, solemos emplear el término de *ideogramas*.

El silabario

El repertorio de signos fonéticos comprende 87 silabogramas distintos (los números *34 y *35 son simples variantes), de los cuales un número muy reducido, de 3 a 14, según el optimismo de cada cual, sigue aún sin transliterar, esto es, sin que se conozca inequívocamente su valor fonético. En nuestra tabla he mos situado en esta categoría nueve silabogramas:

CONSONANTE	VOCAL a	VOCAL e	VOCAL i	VOCAL O	VOCAL U
CERO	a	e	i	o	u
d-	da	de	di	do	du
j-	ja	je	Ø	jo	ju
k-	ka	ke	ki	ko	ku
m-	ma	me	mi	mo	mu
n-	na	ne	ni	no	nu
p-	pa	pe	pi	po	pu
q-	qa	qe	qi	qo	—
r-	ra	re	ri	ro	ru
s-	sa	se	si	so	su
t-	ta	te	ti	to	tu
w-	wa	we	wi	wo	Ø
z-	za	ze	X	zo	zu
DIPTONGOS					
			a_3/ai		a_4/au
			?ai		
			ra_3/rai		
ASPIRACIÓN					
	a_2/ha				
YODIZADAS					
	ta_2			X	
		(pje >) pte			
	ra_2			ro_2	
LABIALIZADAS					
	dwa	dwe	X	dwo	
	nwa	nwe	X	X	
	twa	twe	twi	two	
PRENASALIZADAS					
	pa_2		pi_2		pu_2
SIN TRANLITERAR					
	*18, *19, *47, *49, *63, *79				

Existen dos juegos de silabogramas: el juego canónico, integrado por los 62 signos que permiten la notación básica, mediante una serie de reglas, de un texto griego, y un juego supernumerario, utilizado con frecuencia menor y por preferencias o hábitos personales, para anotar

determinadas secuencias que pueden ser transcritas perfectamente empleando el juego canónico. Este repertorio «purista» consta en la actualidad de dieciséis silabogramas y es posible que en un futuro se vea incrementado con la adición de algún silabograma hoy por transliterar. Fundamentalmente representan secuencias de consonantes más semivocal más vocal y aparecen en nuestra tabla con los apelativos genéticos de «yodizadas» y «labializadas», sin que entremos en el problema de su naturaleza exacta. En la sección inmediatamente superior, los silabogramas para los diptongos *ai* y *au* deben considerarse parte del juego fundamental, pero no así los restantes. Con el signo Ø señalamos las probables vacantes estructurales y con el signo X las vacantes para las que puede existir un silabograma, esto es, casillas a las que puede ir a parar un signo todavía sin transliterar.

Vemos que existen signos para los cinco timbres vocálicos, pero sin notar la distinción entre vocales largas y breves, que es fundamental en griego. Ello genera problemas de identificación, sólo solucionables por los contextos, limitados al ámbito administrativo de la escritura.

En las series consonánticas, el silabario posee silabogramas cuyo elemento consonántico o bien no existía ya como tal en el griego del I milenio (caso de la serie con *yod*: *ja*, *je*, etc., y la serie con labiovelar: *qa, qe,* etc.) o bien sólo se conservaba en algunos dialectos (caso de la serie con *wau*: *wa*, *we*, etc.). Otra serie nota el resultado de ciertas evoluciones fonéticas de la lengua (*za...*). Sólo existe una serie para notar las consonantes líquidas l y r, que convencionalmente se transcribe con *r* (*ra...*) aunque el uso de l- hubiese sido igualmente legítimo. En las oclusivas no se distingue entre sordas, sonoras y aspiradas —distinción fundamental en griego: el silabario sólo tiene notación aparte para la dental sonora— y se emplea una serie única para cada orden (*pa..., ka..., ta/da...*).

Con estas limitaciones en la notación de oposiciones fonológicas y con la dificultad añadida de ser el griego, muy especialmente en época micénica, una lengua con una elevada frecuencia de sílabas cerradas ([consonante + vocal + consonante]) y grupos consonánticos en posición inicial y final absolutas; no es de extrañar que, al emplear un silabario de sílabas abiertas ([consonante +]vocal), tuviera que recurrir

01	da	16	qa	31	sa	46	je	61	o	76	ra_2
02	ro	17	za	32	qo	47		62	pte	77	ka
03	pa	18		33	ra_3	48	nwa	63		78	qe
04	te	19		34		49		64		79	
05	to	20	zo	35		50	pu	65	ju	80	ma
06	na	21	qi	36	jo	51	du	66	ta_2	81	ku
07	di	22		37	ti	52	no	67	ki	82	twa
08	a	23	mu	38	e	53	ri	68	ro_2	83	
09	se	24	ne	39	pi	54	wa	69	tu	*84	
10	u	25	a_2	40	wi	55	nu	70	ko	85	au
11	po	26	ru	41	si	56	pa_2	71	dwe	86	
12	so	27	re	42	wo	57	ja	72	pe	87	twe
13	me	28	i	43	ai	58	su	73	mi	*88	
14	do	29	pu_2	44	ke	59	ta	74	ze	89	
15	mo	30	ni	45	de	60	ra	75	we	90	dwo
								* Numeri deleti		91	two

Repertorio de silabogramas de lá lineal B.

el escriba micénico a emplear unas reglas de escritura similares a las que se utilizan para escribir el griego con el silabario chipriota clásico. Así, por ejemplo y sin entrar en detalles, en final de sílaba se omiten la s y las líquidas y nasales (l, r, m, n): *ka-ko* transcribe el término *khalkós* «bronce». El problema mayor, sin embargo, lo constituyen los grupos consonánticos; para escribirlos hay que recurrir a utilizar vocales de relleno, es decir, los silabogramas necesarios para la notación de las consonantes con el valor vocálico de la vocal de la sílaba correspondiente, como norma general (| indica el corte silábico):

ko-no-so	K°nosos	Knosos
re-u-ko-to-ro	Leu|k°t°ron	Leuktron
a-re-ku-tu-ru-wo	Ale|k^{u}t^{u}ru^{w}on	Alektru^{w}on

La casuística es abundante pero no es éste el lugar para detenernos. Las limitaciones del sistema no nos permiten el conocimiento cabal de la forma exacta de muchas palabras. La falta de adecuación entre la lengua hablada y su soporte gráfico obedece a que éste no había sido diseñado en origen para el griego, sino que se trata de la mera adaptación de la lineal A preexistente, como examinábamos páginas atrás.

El repertorio de logogramas

La notación de series, objetos y géneros en las tablillas se hace pocas veces mediante la escritura del término que los designa, sino generalmente con un signo que representa el referente, o mejor dicho la designación de dicho referente en la lengua, el logograma e ideograma. Esta función está desempeñada en la lineal B por signos de varias categorías.

SUSTANTIVOS	ADJETIVOS
pictóricos	integrados
abstractos	independientes
lingüísticos	
acrofónicos	

Dentro de los sustantivos, son ideogramas pictóricos aquellos que representan un sustantivo mediante el dibujo claro del referente. En los ideogramas abstractos o convencionales, el referente debe ser deducido del contexto o de la comparación con el jeroglífico o la lineal A, donde pueden conservar aún un carácter pictográfico. En ocasiones, la expresión del nombre se hace por medios lingüísticos, empleando «siglas», es decir, nexos de silabogramas que recogen el nombre en cuestión (por ejemplo, el queso en Pilo se asienta con el nombre entero seguido de un ideograma que es el nexo del propio nombre del queso: tu-ro$_2$ *TURO*$_2$ */turron/*), o mediante el empleo de la inicial del nombre en cuestión como abreviaturas (acrofónicos).

Son ideogramas adjetivos aquellos que necesitan la presencia de un ideograma sustantivo al que se refieren, determinándolo de varias maneras. Estos ideogramas adjetivos pueden ser independientes en otra función (como silabogramas o como ideogramas sustantivos) o pueden no darse, como es el caso de las marcas que, añadidas a los ideogramas de los seres animados, sirven para determinar su sexo. Pueden, por otro lado, estar integrados en el trazado del ideograma sustantivo (en la transcripción señalamos este hecho con el empleo del signo +) o pueden precederlo (adjuntos).

En las páginas 84 y 85 se recogen los cuadros de ideogramas. El sistema métrico y el sistema numeral tienen también carácter de ideogramas.

Los numerales

Ya apuntábamos que el sistema numeral de la lineal B es idéntico al de la lineal A y, por lo tanto, decimal:

unidad	un trazo o palote vertical
decena	un trazo o rayita horizontal
centena	un círculo
millar	un círculo con los extremos de una cruz fuera del círculo
decena de millar .	el signo del millar con el de la decena en el interior del círculo

100 VIR	108^m SUS^m	118 L	125+*PA* CYP+*PA*	142	159+*KU* TELA+*KU*
102 MULier	108+*KA* SUS+*KA*	120 GRAnum	127 *KAPO*	144 CROCus	159+*PA* TELA+*PA*
104 CERVus	108+*SI* SUS+*SI*	120+*PE* GRA+*PE*	128 *KANAKO*	145 LANA	159+*PU* TELA+*PU*
105 EQUus	23-109 *MU*-BOS	121 HORDeum	129 FAR	146	159+*TE* TELA+*TE*
105^f EQU^f	109^f BOS^f	122 OLIVa	130 OLEum	146+*PE*	159+*ZO* TELA+*ZO*
105^m EQU^m	109^m BOS^m	122+*A* OLIV+*A*	130+*A* OLE+*A*	150	160
21-106 *QI*-OVIS	109+*SI* BOS+*SI*	122+*TI* OLIV+*TI*	130+*PA* OLE+*PA*	151 CORNu	161
106^f OVIS^f	110 Z	123 AROMa	130+*WE* OLE+*WE*	152	162 TUNica
106^m OVIS^m	111 V	123+*KO* AROM+*KO*	131 VINum	153	162+*KI* TUN+*KI*
106+*TA* OVIS+*TA*	112 T	124 PYC	132	154	162+*QE* TUN+*QE*
22-107 CAPer	113 S	124+*QA* PYC+*QA*	133 *AREPA*	155 155^{VAS}	162+*RI* TUN+*RI*
107^f CAP^f	114 Q	124+*O* PYC+*O*	134	156 *TURO*$_2$	163 ARMa
107^m CAP^m	115 P	125 CYPeros	135 *MERI*	157	164
85+108 SUS	116 N	125+*KU* CYP+*KU*	140 AES	158	165
108^f SUS^f	117 M	125+*O* CYP+*O*	141 AURum	159 TELA	166

166+*WE*	179	205 205^{VAS}	218 218^{VAS}	242 CAPSus	Numeri vacantes (vel *deleti) *101, *103, *119, *124+123, *126, *130+*PO*, 136-139,*143, 147-149,*175, *186, *187, *188, *192-193, 194-199, *141+213, 221-224,*235, 236-239,*244, *251-252, 259-298,*299.
167	180	206 206^{VAS}	219 219^{VAS}	243 ROTA	
167+*PE*	181	207 207^{VAS}	220	243+*TE* ROTA+*TE*	
168	182	208 208^{VAS}	225 ALVeus	245	
168+*SE*	183	209 209^{VAS}	226 226^{VAS}	246	
169	184	209+*A* 209^{VAS}+*A*	227 227^{VAS}	247 *DIPTE*	
170	185	210 210^{VAS}	228 228^{VAS}	248	
171	189	211 211^{VAS}	229 229^{VAS}	249	
172	190	212 212^{VAS}	230 HASta	250 250^{VAS}	
172+*KEṚỌ*	191 GALea	212+*U* 212^{VAS}+*U*	231 SAGitta	253	
173 LUNA	200 200^{VAS}	213 213^{VAS}	232	254 JACulum	
174	201 201^{VAS}	214 214^{VAS}	233 PUGio	255	
176 ARBor	202 202^{VAS}	215 215^{VAS}	234	256	
177	203 203^{VAS}	216 216^{VAS}	240 BIGae	257	
178	204 204^{VAS}	217 217^{VAS}	241 CURrus	258	

En el caso de que los objetos o seres animados contables constituyeran pares naturales o artificiales, como tiros de carros, yuntas de bueyes o pares de ruedas, se emplean dos ideogramas acrofónicos, uno para el par (*ZE* inicial de **ze-u-ko /zeugos/* «par») y otro para la unidad (*MO* inicial de **mo-nwo /mon(w)os/* «uno solo»). Se trata de una creación griega y puede haberse sentido la necesidad de esta innovación por la existencia del número dual en griego.

El sistema de pesas y medidas

Antes de la introducción y generalización del sistema métrico, el sistema de pesas y medidas de España, con variaciones de marco local, estaba conformado por una serie de unidades implicadas (por múltiplos y submúltiplos). Así se utilizaba para las pesadas las unidades decrecientes de quintal, arroba, libra y onza, y para la medición de líquidos y áridos una pléyade de unidades, con coincidencia nominal muchas veces (áridos: cahiz, fanega, ferrado, celemín, cuartán/cuartillo, etc.; líquidos: cahiz, arroba, azumbre, cántaro/cántara, cuartán/cuarto/cuartillo etc.). Las medidas de superficie se basaban en las medidas de áridos (cahiz, fanega, celemín, cuartillo, estadal), ya que en origen su cómputo depende o bien de las razones de siembra, o bien de la producción. Este sistema antiguo de pesas y medidas es de origen remoto y lo encontramos atestiguado por vez primera en el occidente europeo en el sistema de pesas y medidas de la lineal B, que fue elucidado por E. L. Bennett, como quedó dicho.

Para las pesadas los micénicos utilizaron sistemas diferentes, según la materia de que se tratara: existe un peso especial cuando se trata de lana y otro quizá cuando se trata de azafrán (que requiere por su propia naturaleza unidades muy pequeñas), y un sistema general de pesos. Este se compone de cinco unidades, que en transcripción se designan por medio de letras mayúsculas, expresadas a continuación con sus valores relativos:

UNIDAD					
FRACCIÓN DEL ANTERIOR		1/30	1/4	1/12	1/6
FRACCIÓN DEL TOTAL	1	1/30	1/120	1/1440	1/8640
TRANSCRIPCIÓN	L	M	N	P	Q

El signo L es pictórico y representa con claridad una balanza, que en griego se designa con el nombre de *tálanton*; parece claro, pues, que esta unidad, la mayor del sistema, designa el talento, la unidad mayor del sistema de pesos griego.

Sin embargo, el problema se plantea a la hora de determinar los valores absolutos, ya que existen varios tipos de talentos en las civilizaciones coetáneas de la micénica (un talento «ligero» frente a otro «pesado») y en la Grecia del primer milenio a. C. el talento equivalía, en el sistema eginético, a 38 kg. (uno menos en el Atica), mientras que equivalía sólo a 26 kg. en el sistema de Eubea.

Para determinar el peso del talento se ha recurrido a datos externos (una pesa de yeso de 29 kg. con un pulpo en bajorrelieve hallada en el almacén XV de Cnoso y unos lingotes de bronce de Ayía Triada con un peso medio de 29,132 kg.), que se han aplicado a una probable ecuación atestiguada en la tablilla de Cnoso Oa 730, cuyo texto es el siguiente: *167 60 L 52 M 2. El ideograma **167* representa pictóricamente un lingote de metal y hemos de suponer que el peso reseñado (L 52 M 2) equivale al total de los 60 lingotes.

Luego el peso de la unidad L podrá hallarse con la fórmula matemática 60x = 52 1/15. Si aplicamos el peso medio de los lingotes de Ayía Triada y de la pesa de Cnoso, 29 kg., al valor de X, tendremos un peso de poco más de 33 kg. para la primera unidad L.

Sin embargo, no hay por qué recurrir a datos externos. En Pilo tenemos un extenso juego de tablillas (serie Jn) donde se recogen las distribuciones de bronce a los forjadores dependientes del palacio, repartidos por distintas localidades del reino. Hemos podido determinar que las cuotas de metal se enviaban en partida única a cada localidad y allí se fraccionaban y se repartían entre los broncistas. Estas partidas representan pesos de lingotes y fracciones regulares de los mismos (mitades, tercios y cuartos), lo que encaja con el reciente hallazgo de un cuarto de lingote en la excavación submarina en curso en el barco naufragado de Ulu Burun, Kaş, a la que volveremos en su momento. Los lingotes varían de peso de M 24 a M 28, siendo la media de M 26,842. Podemos aplicar este valor a la ecuación de Oa 730, reduciendo L a M (esto es, multiplicando 52 por 30), con lo que el peso de los 60 lingotes es de M 1.562, y, si el lingote medio es de M 26,842,

M = 60 x 26,842 / 1.562
M = 1,031 (x 30 = 30,93)

En los cálculos posteriores operaremos, para mayor agilidad, con un talento de 30 kg., con lo que los valores absolutos para las unidades son los siguientes:

L	M	N	P	Q
30 kg.	1 kg.	250 gr.	20 gr.	10 gr.

Cuando se trata de pesar la lana, los micénicos empleaban una unidad especial que designa al mismo tiempo el género y la unidad de peso superior y que transcribimos como LANA. En esto como en general en todo lo referente a la ganadería ovina, la realidad observable en las tablillas micénicas encuentra su paralelo más cercano en los documentos asirios de Nuzi, donde se atestigua el empleo de unidades especiales para el pesado de la lana, el *kuduktu* y el *nariu*, ésta última de idéntico peso al de la unidad LANA, aproximadamente 3 kg. En cualquier caso, la necesidad de la existencia de unidades exclusivas para el peso de la lana parece darse de un modo generalizado y no hay duda de que su motivación se encuentra en el volumen y naturaleza del vellón.

Para pesar azafrán se emplean otras dos unidades represen tadas por ideogramas acrofónicos, *RO* y *QI*, cuya relación no conocemos exactamente. La extraordinaria ligereza de los estigmas del azafrán, su carestía y su poder colorante (o su valor religioso, como lo demuestra la pequeña sacerdotisa que quema estigmas de azafrán en un pebetero, en los frescos de Akrotiri, Tera) justifican sobradamente el uso de un sistema peculiar. Aún hoy en los azafranales de España se conserva el antiguo sistema de pesos de onzas y libras. Una nueva unión de fragmentos permite situar ahora *RO* y *QI* en una zona superior a Q sin que se pueda precisar con seguridad nada más (*RO* podría ser 3 ó 6 P, esto es, equivalente a seis o doce siclos; *QI* podría equivaler a Q en el peso del azafrán).

Aridos y líquidos

Al igual que en el antiguo sistema de volúmenes coinciden las

denominaciones para áridos y líquidos, en el cómputo micénico de la capacidad se emplean las mismas denominaciones, esto es, los mismos metrogramas, aunque la relación entre los mismos varíe según se midan líquidos o áridos. La relación tradicional es la siguiente:

ARIDOS							LIQUIDOS
	1/10	1/6	1/4		1/3	1/6	1/4
1	1/10	1/60	1/240	1	1/3	1/16	1/72
LOGOGRAMA	T	V	Z	LOGOGRAMA	S	V	Z

En la transcripción, como puede verse, se emplea una letra distinta para el primer metrograma (S o T), aunque su valor relativo es el mismo, cambia el dibujo para señalar la diferencia de su relación (1/12 frente a 1/3, esto es la cuarta parte para los líquidos) con respecto a la unidad superior, representada en los asientos por medio del ideograma del árido o del líquido de que se trate. Esta diferencia indica también que la unidad básica estaba en el extremo inferior (Z), que sirve para dar los valores absolutos, la cótila, como ocurre igualmente en el sistema ateniense posterior.

Si aplicamos a la cótila micénica el valor de la unidad ática (con un medimno de 52,53 l.), tendremos unos valores absolutos organizados a partir de una unidad básica (Z) de 0,27 litros. Nada nos garantiza, sin embargo, que el sistema de capacidad se haya mantenido desde la época micénica hasta la época clásica. De ahí que se haya intentado precisar los valores absolutos a partir de los datos internos de la documentación micénica y de la arqueología, del volumen de las vasijas encontradas, viendo si se dan concentraciones que denuncien la situación de las medidas en la escala absoluta, y de la consideración sobre la entidad de las raciones alimentarias. Dos son las propuestas, la de Mabel Lang con 0,8 l., y la de John Chadwick con 1,6 l. para V. Vemos que el valor ático queda en una zona intermedia, lo que indica, junto con la disparidad en la disposición de sus submúltiplos, que no existía una continuidad entre los dos sistemas. En un reciente estudio

sobre las raciones de subsistencia micénicas en comparación con el mismo género de raciones en los documentos mesopotámicos coetáneos, con especial atención a sus valores nutrientes y calóricos, Ruth Palmer ha llegado a la conclusión de que la identificación de Chadwick encaja mejor con los datos que la de Miss Lang.

Por nuestra parte nos limitaremos a hacer una consideración nueva de tipo estructural. Como regla general los patrones de peso (y los de capacidad asociados) se basan en la susceptibilidad de ser cargados y transportados. En las caravanas asirias está muy claro que la unidad de carga y transporte es el «asno», ya que es éste animal precisamente la acémila. El «asno» tiene un peso convencional de unos 65 kilos, lo que en términos de áridos como el grano, dada su densidad, representa un volumen de unos 100 litros. Un árido es más manejable que un líquido, que por lo general lleva un recipiente de cerámica, aunque se conozca y se emplee el odre o pellejo. Si atendemos al líquido más medido y asentado por los micénicos, el aceite, podemos observar el peso de la medida superior según los dos valores. La densidad del aceite es de 0,916, por lo que la equiparación litro = kilo puede mantenerse con una leve reducción en el peso. Aún hoy los griegos manejan el vino o el aceite por kilos. Una figurilla de arcilla minoica representa un asno con sendas jarras en sus costados, para las que podemos suponer un peso de 20 Kg., e inclinarnos por la opción mayor. Los valores absolutos con los que operaremos serán, pues, los siguientes:

ÁRIDOS	unidad mayor	T	V	Z
	115,2 }			
		9,6	1,6	0,4 litros
	28,8 }			
LÍQUIDOS	unidad mayor	S	V	Z

En ambos sistemas de capacidad, la unidad mayor carece de metrograma y aparece representada por el ideograma que sirve para asentar el género, por ejemplo, GRA para el trigo, HORD para la cebada, OLE para el aceite y VIN para el vino (abreviaturas respectivamente de los términos latinos *granum*, *hordeum*, *oleum*, *vinum*) Esta correspondencia unitaria de un ideograma de un género determinado y único con la mayor de áridos o líquidos no se respeta en el caso de una

serie de productos que entran en el calificativo genérico de «productos aromáticos», que son asentados con el ideograma **123* AROM (abreviatura de *aroma*) adjetivado en ocasiones con ideogramas específicos del producto aromático particular de que se trate. Esto nos lleva a pensar que, en estos particulares productos, el ideograma AROM representaba la unidad superior, como lo es el talento para el de pesos, y como éste representa el artefacto utilizado en la medición, una especie de recipiente con asa.

Medidas de longitud y superficie

Sobre las primeras apenas puede decirse gran cosa, salvo que el pie debía ser la unidad básica. En un inventario de ajuar de Pilo nos encontramos con unas mesas calificadas como «de seis patas» y «de nueve patas», donde daría más sentido entender «pie» en lugar de «pata» (1,5 m. y 2,5 m. aproximadamente).

Para la medida de superficies los micénicos recurrieron al sistema de áridos, lo que constituye un hecho generalizado en las distintas civilizaciones. Pensemos en nuestra fanega, que en principio es una medida de capacidad para áridos determinada por el saco que los contiene (del árabe *fanîqa* ‘costal’) y se utiliza igualmente para designar la superficie de labrantío en que se puede sembrar una fanega de trigo. De este modo se utiliza en las tablillas el ideograma GRA «trigo» para designar tanto el cereal como la unidad de superficie; esto queda patente cuando las cantidades precedidas por el ideograma se aplican a la descripción de determinados «cotos» (PY Er 312.3) o de ciertas fincas de viñedos e higueras (PY Er 880.5-6). Resulta difícil determinar el valor de dicha medida de superficie, ya que la razón de siembra depende del tipo de terreno en cuestión. Para seguir con nuestro cercano paralelo de la fanega, ésta puede ser de secano (o de áridos), de vega (o de orillas o de riego), etc., con unos valores absolutos de entre 40 y 50 áreas en Zamora las primeras y entre 16 y 23 áreas en Granada, por citar sólo dos casos, mientras que para la reducción generalizada de fanegas a hectáreas se utiliza la fanega real de 64,41 áreas. Pero ¿cómo determinar la razón de siembra en época micénica? Existen al menos dos posibilidades; recurrir a los paralelos orientales coetáneos, como hizo Y. Duhoux, proponiendo una unidad

equivalente a 3 Ha., sin caer en la cuenta de que dichos datos se refieren a la cebada, cereal que tiene un rendimiento casi doble que el trigo, o permanecer en el marco geográfico de Mesenia y operar con los datos clásicos. O. Roebuck, en una nota sobre economía y población en Mesenia, estableció una media corregida de producción de trigo a razón de 10 Hl. por Ha. Dado que la cuota de siembra correspondiente es de 1/6, la producción de 1 GRA sería de 691,2 l. de trigo (115,2 x 6), es decir, según la razón de Roebuck, una superficie de 69,12 áreas, cifra que se acerca a la fanega de marco real española. Parece probable, pues, que GRA representa la fanega micénica (el saco de 115,2 litros para la medida de la capacidad y la superficie de unas 70 áreas sembradas con el contenido de dicho saco). En el apartado de agricultura operaremos con dicha ecuación (GRA = 70 a., T = 5,8 a., V = 1a., Z = 2,5m^2).

Origen de las medidas~

Para concluir con el sistema de pesas y medidas nos detendremos brevemente en la cuestión de su origen. Señalábamos en su momento que se trataba de una innovación de la lineal B, que había desechado el sistema de fracciones de la lineal A en beneficio de un modelo más capaz o más convertible en el comercio internacional. En este aspecto de la relación comercial creemos que debe explicarse la adopción. Se señaló arriba la similitud de la peculiar forma micénica de arrobar la lana con la practicada en la asiria Nuzi. J. Chadwick hizo notar por su parte que la mina semítica está en la base de M, una doble mina a la que denuncia gráficamente su dibujo. Por otro lado, las relaciones de las unidades dentro de los sistemas están establecidas sobre una base duodecimal o sexagesimal, probablemente de origen oriental. Es evidente que en las medidas de capacidad las unidades mayores, por carecer de ideograma, tienen un carácter secundario. Esto explica también que coexistan otros mecanismos de medición de líquidos por recipientes característicos, como es el caso de la miel y del que quedan restos para el aceite.

Otras marcas

Para finalizar este apartado, hemos de mencionar otras marcas que aparecen en las tablillas y que son de índole muy diversa. No nos referimos a aquellas marcas accidentales que puede dejar en la arcilla aún húmeda cualquier objeto duro con el que pueda haber entrado en contacto, sino a trazos voluntarios significativos. Desde el punto de vista lingüístico, el principal es el divisor, un pequeño trazo vertical que no se confunde con la unidad y que sirve para separar palabras. Su existencia nos permite conocer que los micénicos tenían conciencia de la existencia de esta unidad linguística, aún más, percibían incluso la palabra acentual, ya que no separaban las enclíticas o las proclíticas de la palabra en cuyo acento se apoyaban.

Desde el punto de vista contable, sin embargo, la principal marca es el aspa para puntear asientos. Y, desde el punto de vista artístico y humano, en fin, algún que otro dibujo y bosquejo que, aparte de enseñarnos en qué entretenía sus ocios algún escriba, nos demuestran la soltura con la que se podía manejar el estilete sobre la arcilla.

Métodos de interpretación

No podemos dejar de hacer unas breves consideraciones metodológicas sobre la interpretación de los documentos en lineal B. En el capítulo siguiente caracterizaremos la lengua de los micénicos y las dificultades gráficas para la notación del griego con dicho silabario.

En estas condiciones la fiabilidad de una interpretación depende del contexto. Podría hacerse una historia de las interpretaciones de un término clave y verse con facilidad cómo la micenología ha ido depurando sus instrumentos interpretativos. A las identificaciones aisladas y al vuelo, basadas fundamentalmente en lo que se conoce por método etimológico, esto es, la simple adecuación del esqueleto lineal a la realidad fónica sin más apoyo que el respeto a las convenciones gráficas y a la protoforma etimológica del término en cuestión, ha seguido el proceso inverso, la explicación del documento en su contexto administrativo (juego y escriba) y en su referente real (referencia en que la explicación de las cifras juega un papel esencial,

que ha de ser complementado con el conocimiento más completo posible de la realidad misma mediante el estudio sobre el propio terreno, los datos arqueológicos y la comparación con los documentos de otras culturas contemporáneas), para proceder posteriormente a la identificación de los términos de acuerdo con los datos obtenidos de antemano. Sigue existiendo, sin embargo, un cierto número de formas para las que el método contextual resulta inútil: son los nombres propios, que, por su naturaleza, no son susceptibles de apoyo contextual. Antropónimos y topónimos reciben interpretaciones etimológicas cuya bondad depende de sus com ponentes fónicos (es más fácil la interpretación de un bisílabo que comience por a_3 —esto es, *ai*— que otro que comience por una simple *a*) y del número de silabogramas que contenga la forma en cuestión (mientras un bisílabo, en virtud de las convenciones gráficas, puede ser objeto de varias interpretaciones, un polisílabo como *a-re-ku-tu-ru-wo* no puede ser sino *Alektruwōn*).

Bibliografía comentada

El proceso del desciframiento ha sido descrito técnicamente en J. CHADWICK, «Linear B», *Current Trends in Linguistics* 11 *(Diachronic, Areal, and Typologi cal Linguistics)*, The Hague-Paris, Mouton, 1973, pp. 537-568, y más recientemente por E. L. BENNETT, jr., «Michael Ventris and the Pelasgian Solution», y M. POPE, «Ventris Decipherment First Causes», en pp. 9-24 y 25-38 respectivamente de *Problems in Decipherrnent* ya citado. La tesis de Gaya es *Minoiká. Introducción a la epigrafía cretense*, Madrid, CSIC, 1952. Los informes de progreso en el desciframiento en M. VENTRIS, *«Work Notes on Minoan Language Re search» and other unedited papers*, ed. A. SACCONI, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1988. El artículo que dio a conocer el desciframiento fue M. VENTRIS, J. CHADWICK, «Evidence for Greek Dialect in the Mycenaean Archives», *Journal of Hellenic Studies* 73, 1953, pp. 84-103. Las obras básicas para la interpretación general de los documentos son los manuales de M. VENTRIS, J. CHADWICK, *Documents in Mycenaean Greek,* second edition, Cambridge, CUP, 1973, y L. R. PALMER, *The Interpretation of Mycenaean Greek Texts,* Oxford, Clarendon, 1963, y una reciente obrita introductoria es la de J. T. HOOKER, *Linear B. An Introduction*, Bristol, BCP, 1980. Fundamental es la colección de estudios de M. LEJEUNE, *Mémoires de philologie mycénienne* I, París, CNRS, 1958, II y III, Roma, Ateneo, 1971 y 1972. Fundamental es igualmente el *Diccionario Micénico* de F. AURA-JORRO, Madrid, CSIC, 1985 (I) y 1993 (II).

El beneficio de la comparación de los datos micénicos con los textos orientales ha sido subrayado en J. L. MELENA, *EX ORIENTE LVX. La aportación de las filologías del Oriente Próximo y Medio Antiguo a la comprensión de los primeros textos europeos,* Vitoria/Gasteiz, 1984. El artículo de C. ROEBUCK es «A Note on Messenian Economy and Population», *Classical Philology* 40, 1945, pp. 1-17. Las medidas de superficie fueron determinadas con valores más bajos por Y. DUHOUX, «Les mesures mycéniennes de surface», *Kadmos* 13: 1, 1974, pp. 27-38. Los pesos han sido estudiados por K. M. PETRUSO, *Systems of Weight in the Bronze Age Aegean,* Indiana University 1978, y, para la lana, en «Wool-Evaluation at Knossos and Nuzi», *Kadmos* 25:1, 1986, pp. 26-37, y J. L. MELENA, «On the Linear B Ideogrammatic Syllabogram *ZE*», *Minos* 20-22, 1987, pp- 389-457.

Capítulo VI
LA LENGUA DE LOS GRIEGOS MICÉNICOS

HASTA el desciframiento de la lineal B, la historia de la lengua griega comenzaba en el siglo VIII a. C. con los poemas homéricos, escritos en una lengua artificial, meramente literaria, que no puede identificarse con ningún dialecto de ninguna época y de ninguna región de Grecia. Hoy el griego se atestigua sin solución de continuidad desde finales del siglo XV a. C. hasta nuestros días y constituye la lengua de historia más larga de la Humanidad, un instrumento precioso por tanto para la observación linguística.

Estamos hablando de griego, pero la primera cuestión que hay que plantearse es la de cuándo podemos hablar realmente de lengua griega, esto es, cuándo se produce la aparición del primer rasgo específicamente griego, la primera innovación que modifica un habla indoeuropea en una protolengua griega. Desde el momento en que ésta se produzca, podemos hablar ya de una lengua griega, que sigue experimentando innovaciones hasta que tenemos su primer testimonio escrito en las tablillas micénicas. Desde el momento de la primera innovación hasta los documentos de arcilla tenemos una amplia banda que podría considerarse dominio del protogriego y que se caracteriza por una serie de innovaciones recogidas ya como procesos consumados en nuestra documentación micénica. El hito establecido por la Arqueología, el cambio cultural asociado a un nuevo poblamiento en la transición del HA al HM, puede ser considerado como el testimonio de la presencia de las estirpes indoeuropeas en lo que van a ser los solares históricos de los griegos, ya que no existe solución de continuidad desde dicho momento hasta la fecha de la documentación micénica. En torno al siglo XVI puede fecharse el proceso de minoización, cuyas consecuencias linguísticas y culturales quedarán recogidas más adelante.

Entre estos hitos arqueológicos pueden situarse algunas divisiones relativas, obtenidas exclusivamente de la consideración de datos epigráficos. En efecto, los documentos micénicos permiten suponer estados de lengua anteriores al documentado en ciertos casos favorables y se ha acuñado el término de *pretablético* para hacer referencia a lo que nosotros llamamos fase predocumental de la lengua micénica, que los propios documentos permiten reconstruir. En otros casos, consideraciones sobre el propio sistema gráfico pueden permitirnos situar reconstrucciones en el momento mismo de la adopción del sistema gráfico. Este puede ser, por ejemplo, el paso del grupo **py* >*pt.* La presencia de un anómalo signo complejo *pte* dentro del sistema gráfico hace pensar que en el momento de su adopción el valor de dicho signo entraba en el sistema, esto es, reflejaba un complejo palatal. Consideraciones similares permiten vincular la fecha de la adopción del sistema gráfico micénico con el ensordecimiento de las aspiradas indoeuropeas y esto es importante porque el hito fronterizo que permite separar el indoeuropeo reconstruido y el griego es la aspiración de la silbante indoeuropea en determinadas condiciones y es posible que este fenómeno sea a su vez el responsable del ensordecimiento de las aspiradas a que hacíamos referencia.

Desde el punto de vista lingüístico y epigráfico el panorama cronológico que proponemos es el siguiente:

FECHA	HECHOS	TERMINOLOGÍA	
ca. 2000	comienzo del proceso de indoeuropezación de Grecia.	FASE PRESILÁBICA	
ca. 1500	comienzo del proceso de minoización	ETAPA PREDOCUMENTAL	
ca. 1425	primeros textos en Cnoso.	....	FASE SILÁBICA
ca. 1200	textos de Pilo, Tebas, Micenas y Tirinte.	ETAPA DOCUMENTAL	

Debemos señalar aquí que la lengua que después vamos a conocer como griega reúne en la fase presilábica las características de una lengua expuesta a todo tipo de interferencias, por cuanto se trata de una comunidad de inmigrantes. El estudio de situaciones parejas en tiempos y comunidades de documentación más accesible ponen de manifiesto que esta susceptibilidad se fundamenta en una serie de

perfectamente documentada para el griego y a esta carencia hay que atribuir la incorporación en el léxico griego de toda una serie de términos relacionados con la nueva geografía, desde la designación de la mar hasta la nómina botánica mediterránea, pasando por un largo y variado etcétera de los que se conoce como «términos de civilización».

2) La desorientación social y cultural de los inmigrantes socava la resistencia a los préstamos a su lengua. Este fenómeno se hace tempranamente patente con la incorporación de las «palabras viajeras» vinculadas a elementos comerciales y culturales procedentes de lenguas vecinas, más o menos lejanas, como pueden ser las hablas minoicas o las semíticas coetáneas.

3) La baja proporción de mujeres entre los inmigrantes y la necesidad de matrimonios mixtos conduce a una discontinuidad de la tradición linguística. Es éste el modelo sociológico de la comunidad bilingue propuesto por A. Scherer, según el cual los varones indoeuropeos, dedicados a la guerra y a la caza, asumían tardíamente la educación de sus hijos confiados hasta ese momento a la guarda de sus madres, las mujeres del pueblo sometido, dedicadas a la agricultura y al cuidado de la familia. La integración de la segunda generación en su adolescencia, hablantes primarios de la lengua materna no indoeuropea que denominamos sustrato, en la sociedad patriarcal indoeuropea de los padres permite la incorporación de estos elementos linguísticos (no sólo de carácter léxico) a la lengua de los padres, hasta el punto de ir modificando el habla indoeuropea intrusa y convirtiéndola en lo que conocemos por griego.

No hemos de ser tan simplistas, sin embargo, que consideremos este influjo sustrático en la lengua griega como un fenómeno delimitado en el espacio y, especialmente, en el tiempo. Si aplicamos criterios fonéticos al estudio de los préstamos léxicos en griego podemos dibujar una estratificación de los mismos y constatar que estos aportes se han realizado en distintas épocas. Tomando como etapa de llegada el estado de lengua atestiguado en los documentos micénicos, los fenómenos de interferencia lingüística sobre la primitiva lengua indoeuropea sólo pudieron darse en dos momentos históricos. En la entrada y asentamiento de las gentes indoeuropeas en la Hélade, éstas entraron en contacto con las poblaciones pregriegas, las gentes del HA, a las que presumiblemente sojuzgaron. En esta fase

ha de colocarse la primera situación de bilingüismo, la superposición de una «lengua de los señores» indoeuropea y una «lengua de los siervos» preindoeuropea, según el modelo utilizado para explicar vanamente algunos fenómenos de la historia del consonantismo griego, ya que dicho modelo no sirve para explicar la difusión generalizada de los cambios, aunque sí la adopción léxica de la nueva realidad, incluidos los topónimos.

Ha de señalarse que los primitivos asentamientos griegos no formaban parte de entidades superiores. Ya hemos señalado que es en torno al siglo XVI a. C. cuando una nueva dinastía se hace con el control de un grupo de asentamientos, integrando pequeñas entidades de población en unidades más amplias, proceso para el que la organización administrativa de Pilo nos da indicios fehacientes, como veremos en el capítulo VII. La expansión de las primeras unidades políticas trajo consigo la necesidad de medios de gobierno más organizados. Para ello y por necesidades de control los dirigentes del HR formaron un aparato burocrático, que importaron, como vimos, de la Creta minoica. Es muy plausible que en un momento en torno al siglo XVI fuera llevada de Creta a la península una importante clase de letrados para atender a la necesidad de una burocracia. La adopción del sistema gráfico es parte primordial del proceso de minoización que alcanzó su más alto grado en el HR I y esta clase letrada constituye una segunda situación de bilingüismo de características totalmente diferentes a la anterior y es la responsable, según J. Chadwick, de determinadas perturbaciones en la lengua de los palacios, a las que pueden añadirse otros fenómenos además de los que propuso en principio el estudioso británico. Debe insistirse en que este segundo bilingüismo es de tales características que permite la difusión clara de sus perturbaciones, por cuanto las interferencias parten de una clase culturalmente superior (letrada), lo que las convierte en marca de una determinada condición social y cultural.

Nuestro conocimiento de las lenguas intervinientes en este bilingüismo está descompensado. Conocemos bastante bien el estado de lengua griego, a pesar de las imprecisiones derivadas de un sistema gráfico prestado y que han sido apuntadas ya en su momento, pero apenas podemos atisbar en cambio su correlato pregriego y ni siquiera puede afirmarse que éste fuera unitario. Aplicando los criterios

cronológicos y con la frontera que supone la documentación micénica, podemos constatar la existencia de al menos dos fuentes lingüísticas, una sustrática (representada por la incorporación de un grupo bien definido de topónimos y de términos de cultura mediterránea) y otra adstrática (representada por la presencia de un nutrido grupo de semitismos). En teoría podría haberse dado una fuente mixta, esto es, un adstrato geográficamente aledaño que operara realmente como sustrato, ya que pueden haber existido bolsas de población pregriega en coexistencia con los asentamientos micénicos, como ocurre en época posterior con poblamientos autóctonos no griegos designados con el apelativo de «genuinos» (los eteocretenses de Creta, los eteochipriotas en Chipre y los eteocarpatios en Cárpatos). Algunos de los nombres oscuros de los contingentes que participan en el dispositivo de defensa de Pilo pueden representar de hecho estirpes no griegas asentadas dentro de la organización territorial micénica.

Un estudio lingüístico de los representantes léxicos del sustrato pregriego produce algunas características tipológicas de la lengua perdida: su predilección por las sílabas abiertas, la alternancia de *e/i*, que denuncia quizá un sistema vocálico de tres po siciones, una correlación de tensión en el fundamento de su sistema consonántico, etc. Por otro lado, la lengua de los documentos en lineal A, por emplear una denominación puramente descriptiva, puede ser caracterizada igualmente por la observación de la propia estructura del silabario, como vimos. Se pueden solapar los resultados de ambos análisis y sostener una identificación de la lengua de la lineal A con la mayoritariamente representada en los términos de sustrato, pero una precisión mayor sólo será posible con el desciframiento de la lineal A.

A pesar de las dificultades originadas por la imperfección del sistema gráfico, contamos hoy con un testimonio precioso de un estado de lengua del griego en el II milenio a. C. Se trata de un griego ya evolucionado, en el que, además de los fenómenos ya comentados de la creación de una aspiración sorda a partir de la antigua silbante indoeuropea y del ensordecimiento de las aspiradas, se habían producido ya las innovaciones de los tratamien tos de los grupos de oclusiva y sonante más s y yod, que serán los responsables de la aparición en el cuadro fonológico del consonantismo griego de dos series de fonemas geminados, una de las cuales presentaba además

como rasgo distintivo la palatalización, y de dos tipos de silbante fuerte, tras una fase intermedia de africadas. Probablemente la *yod*, al menos en posición inicial, no era ya un fonema en la época de las tablillas y ello explica las vacilaciones en la notación del tipo *o-* frente a *jo-*, vacilaciones que denuncian claramente que la *yod* inicial se ha aspirado recientemente, tanto que todavía es posible que los escribas utilicen grafías conservadoras del tipo *jo-*. Este concepto de las grafías conservadores frente a las grafías fonéticas, que descansa en el carácter general conservador por definición de todo sistema gráfico, reforzado en los casos de severo escolasticismo, se ha demostrado de gran utilidad a la hora de obtener información lingüística y justifica la presencia en el silabario de signos supernumerarios, dobletes y complejos. Con estos instrumentos y una observación detallada puede definirse hoy el estado de lengua atestiguado en la documentación micénica.

Es un hecho evidente que nadie habla igual; incluso dentro de una misma comunidad lingüística el habla de cada uno de sus miembros está marcada por peculiaridades individuales, aunque, naturalmente, existe una similitud general y el habla de un miembro de la comunidad en cuestión está sometida de hecho a la influencia del resto de los hablantes de dicha comunidad. De la misma forma la lengua de una comunidad puede diferir, aun ligeramente, de la de la comunidad vecina. Dentro de este marco se definen los conceptos de *dialecto* y de *idiolecto*, sobre los que conviene hacer algunas precisiones. En primer lugar, pueden darse dos tipos de dialecto. El primero lo conforman los dialectos que pudiéramos llamar regionales, definidos en principio por un aislamiento político o geográfico. Este tipo dialectal es el más estudiado, a partir de la creación del método geográfico en lingüística y del nacimiento subsiguiente de la geografía dialectal. Es también el tipo de dialecto con que se opera preferentemente en el estudio de la lengua griega antigua. El segundo tipo de dialecto lo conforman los hablados por grupos de hablantes en un marco social particular, por ejemplo, los de una profesión determinada. Es lo que se conoce como *lenguas especiales* y acogen a distintos tipos de dialectos: profesionales, sociales, sexuales, etc. Por idiolecto, a su vez, se entiende hoy el modo individual que cada persona tiene de emplear su lengua, no en el plano de la realización, sino en el sistema, ya que se

trata en realidad de la competencia propia de cada hablante.

Con el desciframiento de las tablillas micénicas se inició un profuso trabajo para situar la lengua de los micénicos en el panorama de los dialectos griegos conocidos: se trataba de buscar descendencia al nuevo dialecto del Il milenio o de negársela, desde las más variadas perspectivas, que van desde ver en el micénico el antepasado directo y único de un solo grupo dialectal hasta ser el origen de todos ellos o incluso de ninguno, como llegó a proponerse. Para esta operación de reensamblaje se utilizaron los datos de las tablillas de una forma generalmente uniforme, con la sensación general de que se hacía representativa de toda una comunidad lingüística la lengua obtenida de unos documentos sumamente particulares y aún hoy se suele hablar de *micénico* sin más o se siguen utilizando los datos del micénico para establecer secuencias cronológicas. Este concepto unitario de la lengua es un tanto simplista y poco ayuda a esclarecer los hechos lingüísticos, al operar con conceptos planos, que, a la hora de analizar un hecho social como lo es la lengua, son extremadamente peligrosos.

Por ello, es previa a cualquier comparación con estadios de lengua de otros períodos la determinación real del carácter de la lengua de las tablillas y el examen de su pretendida unidad. Esto es, antes de preguntarnos por la situación de la lengua de los micénicos en relación con el conjunto de los dialectos griegos del I milenio, debemos establecer qué entendemos por dialecto griego, es decir, si las tablillas están escritas en un solo dialecto, o, en otras palabras, si los escribas de la burocracia palaciega son hablantes nativos de un mismo dialecto o si, por el contrario, la comparación entre los distintos idiolectos correspondientes a cada escriba permite operar con más de una unidad dialectal superior. Debemos establecer, pues, si hay más de un dialecto reflejado en las tablillas y cuál es, en caso positivo, la relación existente entre los mismos. Se ha señalado, por otra parte, que nos encontramos ante un caso de lengua artificial, una humilde forma de lengua culta, enseñada en las escuelas de escribas, una lengua técnica o, mejor aún, la lengua de una técnica. Este aspecto es discutible, pero debe recordarse siempre que las tablillas son documentos administrativos compilados en los palacios reales y que, por lo tanto, poco nos dicen sobre la lengua de los micénicos en general, aunque se pueden vislumbrar algunos detalles que escapan a la norma de la

lengua administrativa, como veremos enseguida. En efecto, muy pronto comenzó a pensarse en la posibilidad de que, en realidad, la lengua de las tablillas encubriera dos tipos de dialecto. Tras las observaciones en este sentido de Ruipérez y Lejeune en el Primer Coloquio de Estudios Micénicos, en 1956, fue el profesor suizo Ernst Risch quien sistematizó las divergencias apreciadas vinculándolas a las manos de los escribas y logrando un conjunto coherente. De este modo, obtuvo para Pilo cinco grupos de escribas, según el grado de coherencia en las elecciones de las variantes de cada uno de los mismos: el grupo I estaba integrado por una sola mano, el escriba 24, y, en el otro extremo, el grupo V acogía al menos la labor de siete escribas distintos. Era fácil, pues, designar al grupo V con la etiqueta de *normal* y al grupo I con la de *especial*, a la vista del número de los integrantes de cada grupo. La lengua o dialecto especial presentaba dativos en -i, resoluciones de la sonante nasal con timbre vocálico a y la elección generalizada de un timbre *e* en el caso de las alternancias *e/i.* Por el contrario, el micénico normal presentaba un dativo en *-ei,* resoluciones de timbre vocálico o de la sonante nasal y la elección de un timbre en las alternancias citadas.

La confrontación de ambas variantes dialectales con los dialectos griegos del primer milenio le permitió a Risch concluir que las particularidades del micénico normal se oponían a las características del griego histórico, mientras que era el micénico especial el que concordaba con los dialectos griegos posteriores. Para explicar esta dualidad Risch recurrió a una hipótesis sociológica: el micénico normal sería la lengua de la cancillería, mientras que el micénico especial representaría la lengua del vulgo. Con la catástrofe que puso fin a los palacios micénicos se perdió la lengua de la corte, salvo en ciertos términos técnicos, relativos fundamentalmente al vocabulario de caballos y carros, que son en rigor *micenismos* en el griego posterior, mientras que la lengua del pueblo se continuaría en los dialectos históricos. Esta postura ha sido matizada posteriormente de acuerdo con los conocimientos lingüísticos actuales sobre el comportamiento de las lenguas *stándard y substándard* (o canónicas e hipocanónicas) y, con mayor incidencia, por la mejor valoración de las correcciones de los escribas. Es mérito del profesor norteamericano G. Nagy el haber llamado la atención sobre la presión que un dialecto

stándard realiza sobre los hablantes de dialectos substándard: sólo esporádicamente dejan aflorar rasgos de su propio dialecto, toda vez que la mayor parte de las veces las vacilaciones o desviaciones de la norma (una norma aprendida a escribir laboriosamente) eran corregidas con éxito. De ahí que las desviaciones deban ser consideradas como residuos dialectales ocasionales que han escapado a la potente presión que sobre un escriba de vernácula substándard ejercería la norma stándard. Una nueva y notable aportación de Nagy es la adición de un cuarto fenómeno distintivo a los tres aducidos por Risch: las vacilaciones entre *ti* y *si* (esto es, la presencia o ausencia de una asibilación), y la conclusión de que el dialecto stándard es un dialecto en *si* y que las manos responsables de las grafías con *ti* pertenecen a hablantes nativos de un dialecto substándard.

La caracterización del dialecto stándard es obra de J. Chadwick, quien supone que esta lengua principal es el producto de la influencia de los escribas letrados minoicos sobre la lengua griega, como ya indicábamos. Por lo tanto, el superestrato minoico sería el responsable de una serie de cambios, de los que el más importante sería el fenómeno de asibilación ya indicado, frente al dialecto de los estratos de población populares, que tendría un cariz más conservador y de hecho sería una forma de protodórico.

Tradicionalmente se vinculaba con la invasión de los dorios el colapso de la civilización micénica por la presencia de testimonios arqueológicos de destrucciones, el dato lingüístico de que en época posterior se hablaban dialectos dóricos en el Peloponeso y las tradiciones sobre la migración hacia el sur de los dorios o Heraclidas. Esta teoría supone que los dorios se encuentran fuera de los dominios micénicos hasta que provocan precisamente su destrucción y se asientan en sus solares históricos y sustituyen con sus hablas dialectales las preexistentes, arrinconando a la población de habla proto-arcadia a sus montañas centrales históricas. No hay, sin embargo, respaldo arqueológico para sostener un desplazamiento de un nuevo pueblo de dimensiones tales que pudiera causar los efectos indicados, ni puede situarse geográficamente un lugar de espera en los aledaños de los reinos micénicos.

De los dialectos históricos, el profesor Risch puso de manifiesto la improbabilidad de que el jónico existiera en época micénica y por J. L.

García Ramón se han aducido razones convincentes para pensar que los dialectos eólicos son igualmente de fecha postmicénica. Por el contrario, el dialecto dórico debe de haber existido en la época de la documentación micénica. En este sentido, el dialecto dorio clásico continúa las formas del micénico especial o substándard (micénico *pe-ma /sperma/*, dativos en *-i*), mientras que el arcadio continúa en parte el micénico normal o stándard *(pe-mo /spermo/*, como el arcadio *deko* para *deka*; la forma arcadia *eti* para *etei* prueba la conservación de un dativo en *-ei* en una fecha relativamente reciente). La ausencia de asibilación, al ser un arcaismo, no es probatoria, pero es un rasgo que comparte el micénico especial con el griego occidental, al igual que el mantenimiento de determinadas consonantes africadas.

Así, frente al dialecto normal innovador por la interferencia minoica que constituye la lengua stándard de los palacios, los dialectos substándard permanecen relativamente al margen de es tas influencias. Con el colapso de la civilización micénica, desaparece la organización económica palaciega que, como veremos en un capítulo posterior, constituye el fundamento de la sociedad micénica del HR. La lengua de la administración pervivirá en gran medida en Arcadia y Chipre.

El modelo propuesto trata de explicar la relación de los dialectos de las tablillas micénicas con los dialectos griegos posteriores y la presencia de determinadas características «dialectales» en nuestra documentación, como por ejemplo, el famoso genitivo en *-oio* que aparece en Homero y que, en el I milenio, es un rasgo típico eólico, no es probatorio ya que era común a todas las hablas griegas de época prehistórica. La lengua normal de los micénicos no sobrevive a la catástrofe de los palacios, salvo en la preservación de determinadas reliquias léxicas, los micenismos, vinculados como palabras claves a la cultura palaciega. En efecto, el colapso de los palacios y de su producción planificada y controlada detuvo la evolución de un tipo de lengua oficial, pero los objetos y las técnicas que eran objeto de su control fueron acogidos en parte por los supervivientes, que acogieron al mismo tiempo el elemento y su expresión lingüística. Es el caso de los términos pertenecientes al aparejo de carros y de los materiales de su construcción, de las correspondientes a la indumentaria y, aunque más oscuramente, a determinado tratamiento de los cereales. El mundo micénico quedó en el recuerdo en forma de una gran tradición de

mitos y leyendas, en la que también resulta fácil identificar en ocasiones los micenismos.

El término que designa al hijo en micénico presenta una variedad de formas: recientemente Tebas nos ha aportado una forma *u-jo*, una tematización del **suyus* original con continuidad en el griego del I milenio, donde aparecen unas formas *huiós*, *huieis*, que continúan otra forma inalterada presente en un derivado micénico */uieus/* (en plural *we-je-we*), que designa la parra como «hijo» de la higuera, que es «madre» (en otro lugar volveremos sobre esta cuestión) y que es en realidad un derivado a partir del nombre substandard del «hijo» *(h)uius*; por otro lado, tenemos las formas *i-ju*, dativo *i-je-we*, en Pilo (y también, ya tematizado, *i-jo* en Micenas y quizás en Cnoso, donde puede existir un dativo *i-we*), que no tiene continuidad en el griego del I milenio y deben representar una innovación del dialecto de los palacios. Pues bien, cabe poca duda de que el nombre continental de la madre de Edipo *Iokaste* contiene en su primer elemento precisamente la forma del nombre del hijo en micénico normal. Yocasta porta un nombre parlante, como tantos personajes legendarios, cuyo significado es «Famosa por su hijo», de modo que podría asignarse a la época micénica la creación de dicho nombre y con él, por extensión, el del ciclo épico tebano del que Yocasta y Edipo son protagonistas.

BIBLIOGRAFIA COMENTADA

J. L. MELENA, *Sobre ciertas innovaciones tempranas del griego El tratamiento de yod inicial y la alternancia pt-/p-. Informe provisional,* Salamanca, 1976. El modelo de A. SCHERER en *Indogermanische Forschungen* 61, 1954, pp. 201-215. Sobre los sustratos y adstratos, M. S. RUIPÉREZ, «Sobre el sustrato lingüístico en Grecia», *Travaux du VIeme Congres International d'Études Classiques,* Bucarest Paris, 1976, pp. 529-536. La relación del micénico con los dialectos del primer milenio: W. COWGILL, «Ancient Greek Dialectology in the Light of Mycenaean», *Ancient Indoeuropean Dialects*, pp 77-95; J. CHADWICK, «The Prehistory of the Greek Dialects», *Cambridge Ancient History* II, capítulo 39. J. L. GARCÍA RAMÓN, *Les origines post-mycéniennes du groupe dialectal éolien,* Suplementos a *Minos* n.° 6, Salamanca, 1975. Una caracterización sistemática del micénico es la de M. S. RUIPÉREZ, «Le dialecte mycénien», *Acta Mycenaea* I, Salamanca 1972, pp. 136-169. Para los dialectos micénicos véase E. RISCH, «Les différences dialectales dans le mycénien», *Cambridge*

Colloquium, pp 150-157; G. NAGY, «On Dialectal Anomalies in Pylian Texts», *Atti Roma* II, pp. 663-679. Sobre los dorios, J. CHADWICK, «Who were the Dorians?», *La parola del passato* 31/166, 1976, pp. 103-117, y más recientemente en «Les origines de la langue grecque», *Comptes-rendus de l'Académie des Inscriptions et des Belles-Lettres*, Paris 1985, pp. 697-704. Una excelente revisión de los problemas lingüísticos planteados por la lengua de las tablillas es la de J. L. GARCÍA RAMÓN, «El micénico: 1972-1983», *Actualización científica en filología griega*, Madrid, Univ. Complutense, 1984, pp. 239-274, donde el lector hallará con facilidad las referencias bibliográficas necesarias.

Capítulo VIII
ORGANIZACIÓN POLÍTICA Y ADMINISTRATIVA. ESTRUCTURA SOCIAL

LA actividad reflejada con mayor o menor profusión, según la cantidad de documentación disponible, en los distintos reinos micénicos necesitaba una base organizativa para su propia existencia. Dado el carácter puramente económico de la documentación, nos resulta más fácil dibujar la organización de la producción que la propia administración o gobierno del Estado, entendiendo por gobierno el cuerpo de empleados u oficiales reales involucrados en los asuntos del rey en tanto competen al Estado y no a su hacienda privada. Aunque estos dos aspectos no son fáciles de separar, sin duda debían estar separados ya que existen indicios de tributación del propio monarca por la tenencia de determinadas fincas, lo cual parece indicar que los ingresos del Estado y los de la caja particular del rey no coincidían.

A la diferencia operativa entre funcionarios encargados de las relaciones de producción y funcionarios a quienes incumbía la administración central del Estado puede añadirse la distinción entre la administración central y su representación territorial, en el nivel de los distritos integrantes de las unidades estatales. Existe, además, el nivel local, donde se sitúan los asentamientos humanos o «comunidades», designados con el nombre de *damos* (*da-mo*).

En la base de todas las secciones, tenemos a la población en sus distintas categorías de personal dependiente del palacio, propietarios y esclavos. Conviene advertir aquí que nuestros datos, que proceden de los archivos palaciegos, hacen especial referencia a la organización oficial, esto es, a las actividades propias del palacio y al personal dependiente del mismo. Las actividades y personas que quedaran fuera de esta órbita oficial, en el caso de que pueda hablarse de una

actividad privada en este sentido, sólo estarán presentes en la documentación a efectos fiscales.

Para conocer la estructura administrativa de los distritos de Pilo hemos de acudir al testimonio de PY Jn 829, curioso documento, que, caso infrecuente para los de sus dimensiones, nos ha llegado completo, por lo que leemos perfectamente su enca bezamiento. Dice así:

«Así entregarán los *ko-re-te-re* y los *du-ma-te*, los vice*ko-re-te-re*, los claveros y los encargados de los higos y los encargados de los *ka-pe-a* (¿crisoles?), bronce de los templos, puntas para flechas y lanzas».

Sigue después la lista de los dieciséis distritos pilios, por el orden geográfico acostumbrado, y en cada uno de ellos dos asientos de bronce, a nombre del *ko-re-te* y vice-*ko-re-te* respectivamente. En otro documento de Pilo referido a una contribución de oro (Jo 438) aparece nuevamente una serie de funcionarios de distrito, entre los que nuevamente encontramos al *ko-re-te* y su segundo, a los *du-ma-te* y unos *mo-ro-qa*, que debe ser una designación no de un cargo, sino una categoría personal, ya que el *ko-re-te* de *i-te-re-wa* es el *mo-ro-qa* Clímeno (PY Aq 64.5). Se ha etimologizado como *morokkwas* «aparcero», pero quizá sea un título de nobleza local. Nuevamente nos encontramos a estos funcionarios en una recepción y distribución de pieles (On 300). No conocemos los nombres de los *ko-re-te-re* de los dieciséis distritos de Pilo, pero en una tablilla de personal (An 192) tenemos relacionados 16 individuos, algunos de los cuales son claramente *ko-re-te-re* y algún otro *du-ma*, y es tentador considerar significativo su número y pensar que estamos realmente ante la nómina de responsables de los distritos de Pilo. *Ko-re-te* y *du-ma* tienen segundos (*po-ro-ko-re-te* y *po-ro-du-ma* con el preverbio */pro-/*) y sus designaciones tienen difícil transcripción al griego: para el primero podemos pensar en un *koireter* (cf. homérico *koíranos*) y en un *damar/dumar* para el segundo. Son los «prefectos» o «gobernadores» de los distritos, al frente de unidades de gobierno para la distribución de materias primas y raciones y la recepción de productos manufacturados. Es de esperar, pues, que en sus dependencias existieran almacenes y una serie de funcionarios subalternos encargados de la intendencia, de los depósitos de raciones y géneros, etc. Es en este escalón administrativo donde hemos de situar a los claveros y a los encargados de los higos y de los crisoles,

cuyas aportaciones no se asientan separadamente en la tablilla Jn 829.

En Cnoso encontramos escasamente atestiguados a los *ko-re-te-re.* Sabemos que también tenían segundos y aparecen relacionados igualmente con las entradas y distribución de pieles (C 902, V 865).

Subordinado a estos prefectos de distrito estaba el personal dependiente empleado en las labores agrícolas y en los distintos equipos de trabajo, al que había que alimentar, y aquel otro personal cuya relación con el palacio debía de encuadrarse en un régimen de contraprestación de servicios, bien como conscripción militar, bien como prestación artesanal. Es bien conocido el caso de los linares, en los que nos encontramos con exenciones a los broncistas y a los carpinteros de ribera; los colectivos que después encontraremos formando parte de las unidades adelantadas para la vigilancia de las costas tienen asignados también linares, circunstancia a la que deben probablemente su inclusión en las levas.

Estaba también el grupo de los propietarios de tierras, designados con el título de *te-re-ta,* designación que implica una obligación precisa con respecto a las tierras que poseen, la cual aparece expresada con un verbo, cuya base sirve para formar el propio título. En una ocasión el verbo en cuestión aparece sustituido por otro de significado más general «trabajar», de modo que *te-re-ta, telestas*, debe significar algo próximo a «hombre que tiene sobre sí una carga» (*telos*). La tierra que tiene determinado individuo lleva aparejada la prestación de una obligación al Estado, y en este sentido el individuo en cuestión es considerado un *te-re-ta.* Este tipo de concesiones de tierras tiene paralelos coetáneos en Oriente (*ilku*): la finalidad perseguida era la de garantizar un mínimo de comodidad material a los empleados de la administración, al tiempo que se aseguran al palacio rentas en especie o algún otro tipo de prestación.

Los *te-re-ta* tienen, pues, concesiones de tierras por parte del palacio con una obligación distinta que otra categoría de propietarios de tierras, los *ka-ma-e-we* o «poseedores de un *kama*», nombre que pervive en un antiguo léxico, donde se nos dice que era un localismo cretense para ‘campo’. Hay algún indicio de que este *ka-ma* puede aparecer expresado como «yermo» (*e-re-mo*) en otro lugar. Ha de señalarse que el concepto administrativo expresado por ambos términos debe ser similar al del *waste* en la Inglaterra medieval y a

nuestro *baldío,* una tierra agotada, que se ha dejado de cultivar y a la que se le ha dado un uso alternativo como pastos. En este sentido, *ka-ma* admite ser puesto en relación con un verbo griego que significa «fatigarse». Los usufructuarios de *ka-ma* podrían utilizarlos para pastar rebaños u obtener de los terrenos algún otro tipo de beneficio.

De la administración central apenas tenemos datos, ya que los títulos que se atestiguan son escasos y las más de las veces responsables de primera importancia en el palacio aparecen registrados sólo con sus nombres, sin que podamos asignarles titulación o cargo alguno, salvo algún caso excepcional. Esta es la circunstancia que se da con un personaje de primera fila de Pilo, llamado *Alksoitas* (*a-ko-so-ta*). Sabemos de él que era un gran propietario de ovejas y cabras, con rebaños distribuidos por las dos provincias de Pilo. Su función en la administración central es supervisar las salidas de materias primas desde el palacio a los artesanos y la recepción de los productos manufacturados entregados por éstos; además, es el responsable de la inspección de las propiedades rústicas vinculadas al palacio. Su papel, pues, es el de mayordomo del palacio. Otro personaje de importancia es *Dunios* (*du-ni-jo*), del que sabemos que era un *du-ma*, aunque varias personas llevaban este mismo nombre.

Este gran propietario de ganados, *Alksoitas*, ocupa en la eco nomía pilia el lugar correspondiente a una categoría de persona jes que conocemos por el nombre de «colectores». Esta denominación tiene una justificación histórica, pues procede de los primeros momentos de la interpretación micenológica cuando se consideraba que la presencia de determinados individuos en las tablillas de ganado respondía al hecho de que se trataba de gentes que recaudaban los tributos de ganado para su entrega a palacio. La indagación posterior ha demostrado que los documentos de ganado ovino no representan en modo alguno tributos o contribuciones al palacio, sino que constituyen estados reales de los distintos rebaños. Por lo tanto los contados personajes que aparecen de formas distintas en este tipo de documentos deben tener alguna otra justificación. Sin embargo, a falta de mejor de signación, seguimos conservando la de «colectores», si bien vacía de sentido. Hoy está claro que estos individuos son personajes de importancia de los reinos micénicos, a quienes el

monarca ha destinado una parte de sus rentas ovinas para su sustento o beneficio, evidentemente como contraprestación a su función en la administración real. Son una especie de grandes del Reino y portan nombres similares en los distintos reinos micénicos, por lo que es probable que se trate de miembros de las dinastías reinantes, portadores de una onomástica reducida y recurrente, como suele ser habitual en estos casos. Quizá se trate incluso de miembros de la familia real, ya que sus nombres no aparecen entre los miembros de la clase noble por excelencia, la de los *e-qe-ta.*

Los *e-qe-ta* representan sin duda, como decimos, la nobleza de los palacios micénicos. Su nombre es perfectamente inteligible por el griego y está formado sobre una vieja raíz indoeuropea que significa «seguir». Son los miembros de la comitiva real, la compañía del monarca, su séquito; su título puede traducirse simplemente como «seguidor» o «conde» («conde» viene del latín *comes* «acompañante»). Su número debe ser, por tanto, reducido: los que toman parte en el dispositivo de defensa de Pilo son sólo once, aunque su número total puede ser más elevado. En Cnoso tenemos un documento donde se nos da el número total de «condes» de Cnoso (B 1055), con la particularidad de que hay una serie de individuos nombrados por sus nombres, cuyo número puede restituirse como 13, y una fórmula final, *tossoi pantes* VIR 213 «en total HOMBRES 213». La interpretación más tentadora del documento es que nos hallamos ante el asiento de los trece condes de Cnoso con sus equipos subordinados (por ejemplo 7 de 20 y 6 de 10 individuos), con un total de 213 hombres. Pero tenemos constancia de que al menos existen otros condes en otros lugares de la isla. Así hay dos en una localidad que posiblemente sea *qa-ra* a cargo de unos «asalariados» (?) y otro más en *e-ko-so*, de nombre *Kopreus* (Am 821).

Por lo demás, las funciones de los «condes» pueden deducirse de los testimonios del adjetivo *e-qe-si-jo* derivado de su nombre. En Pilo sirve para definir a unos esclavos, de los que desconocemos el número. En este sentido existe un documento peculiar donde se registran una serie de mujeres, trece en total, de las que se dice que van destinadas a los condes, con la particularidad de que se reseña la filiación de las mujeres en cuestión, explicitándose si las madres son esclavas y los padres, esclavos o broncistas. En Pilo igualmente el

adjetivo «condal» se aplica a la descripción de ruedas de carros, quizá para indicar un tipo especial, propio de estos dignatarios, del que no podemos decir gran cosa. En el díptico totalizador que reconstruímos, PY Sa 787 + 843, el adjetivo califica unas ruedas viejas, en total 12 pares, que aparecen recogidas en grupos de seis pares en dos documentos que pueden formar igualmente un díptico, Sa 790 + 682. Se ha sugerido que esta aparición del adjetivo en las tablillas de ruedas implicaba la existencia de carros destinados a los condes, pero no se excluyen otras explicaciones. En el contexto del díptico final reconstruido, el adjetivo «condal» aparece relacionado con un participio de perfecto que significa «acabado». Esta misma asociación entre adjetivo y participio aparece en Cnoso, sólo que aplicados a paños. La alternativa es o un acabado especial para los condes o que éstos tienen que ver con establecimientos dedicados a dar un acabado especial a ruedas y paños. En Cnoso al menos, la presencia de ese adjetivo en descripciones de paños en oposición a otro tipo de paños destina dos a la exportación parece sugerir que los condes están al frente de establecimientos textiles y que controlan la producción de paños y su personal.

Poco respaldo puede hallarse para fundir en una sola categoría colectores y condes; sin embargo, en los documentos fiscales de la clase Es de Pilo, vemos que parte de la contribución de los aparceros se destina en partes iguales a un colector *Wedaneus*, al que nos referiremos a continuación, y al conde *Diwieus.*

Un papel principal en la corte micénica es desempeñado por el personaje que recibe el título de *ra-wa-ke-ta*. Esta designación es perfectamente inteligible: se trata de un nombre compuesto, cuyo primer elemento *lawós* designa en Homero al «pueblo en armas», esto es, la hueste, y el segundo está basado en un verbo, *he–géomai*, que significa «conducir». Es, pues, el «conductor de la hueste» y se le han supuesto funciones militares, que realmente no se atestiguan en parte alguna. En efecto, no aparece en los documentos que recogen el dispositivo de defensa de Pilo, aunque puede argumentarse que precisamente el jefe militar debería permanecer en su Estado Mayor y no aparecer en las unidades que habían tomado posición. En una tablilla que recoge una conscripción de remeros (An 724), el conductor de la hueste contribuye con un solo remero, al igual que el

resto de personajes implicados, a excepción de uno solo de ellos, frente a los diez remeros de la localidad de *Rhion*, que parecen recogidos en grupos de cinco en An 615. Entre el personal que pertenece a su casa se encuentran unos *ma-ra-te-we*, que quizá sean «calafateadores», un fabricante de ruedas, un pastor y un porquero; en resumen, nada que implique una especial dedicación militar por parte de aquél. En Cnoso un adjetivo formado sobre su nombre designa un equipo laboral, para el que se ha querido descubrir un componente bélico por la simple interpretación del nombre «conductor de la hueste». No estará de más insistir aquí en dos puntos: el primero es el hecho extendido en las sociedades del segundo milenio de que la terminología de los equipos laborales y la de las unidades militares suelen coincidir, es decir, que las unidades de producción se crean sobre el modelo militar existente; el segundo punto incide en la precipitada ecuación del «conductor de la hueste» con el jefe militar, pero sin funciones de mando. Su papel de segundo en la jerarquía micénica, tras el soberano, se desprende apresuradamente del testimonio de que, al igual que el monarca, dispone de un «coto» en un distrito de Pilo. Pero no se descarta que el término «coto» sea un modismo del escriba autor del documento en cuestión.

A la cabeza del Estado micénico se encuentra el monarca, designado por el término que en Homero sirve para designar a Agamenón, pero muy especialmente al dios soberano Zeus: *wánaks* (*wa-na-ka*). Los testimonios directos del soberano micénico son muy escasos. El adjetivo formado sobre su nombre *wanákteros* «real» sólo es seguro que hace referencia al monarca cuando se aplica a personas de su casa o a sus fincas, ya que cuando se refiere a géneros puede significar con mayor probabilidad «de factura regia», «propio de un rey», al igual que ocurre en las civilizaciones coetáneas vecinas de la micénica. En las tablillas aparece como receptor del cilantro en Cnoso y de aceites perfumados en Pilo, con ocasión de ciertos festivales. En la Casa Real pilia hay un alfarero, un batanero y un oscuro nombre de oficio «fabricante de armas» (?), lo que nos da una hacienda más bien escasa de personal. El único acto administrativo que le conocemos es el nombramiento de Augias como *da-mo-ko-ro*, nombre de funcionario de distrito, con ocasión del cual se revisaron las existencias mobiliarias del palacio. Tal parquedad no deja de extrañar

y quizá la ausencia de más actos reales pueda deberse a que su acceso al trono es reciente. En un peculiar documento de Pilo tenemos una larga lista de productos agrícolas y de animales que son enviados por un «encargado de las manufacturas (o de las casas)» al territorio sacro de Pilo, *pa-ki-ja-na,* con ocasión de la «iniciación del Rey» (¿su unción como monarca?) *muiomeno–i epi wanaktei.* Para tal festejo se envía lo que debe ser la provisión de un banquete solemne, a saber:

A	cebada ....1.000 kg.	B	cípero...........19 lt.
	aceitunas ....196 kg.		mosto............20 lt.
	higos................96 kg.		miel............ ..10 lt.

C
1 buey...400 kg. en canal
26 moruecos...650 kg. en canal
6 ovejas ....120 kg. en canal
4 cabras...110 kg. en canal
1 cebón ....200 kg. en canal
6 puercas ....800 kg. en canal
2.280 kg. de carne

D 580 It. de vino puro (+ tres partes de agua)

Tenemos aquí la intendencia de un banquete para 2.000 personas (a 1 kg. de carne, 1/2 kg. pan de cebada y 1 lt. de vino aguado por cabeza). Provisiones para este tipo de festines pueden rastrearse en otro documento de Pilo (Un 138), donde se las califica con una denominación que no sabemos identificar y que erróneamente se tomaba por una mención de obligatoriedad de pago. Y, probablemente, los nódulos de Tebas representan las fichas de una concentración de productos y animales semejantes como preparativos de un banquete, ya que las cifras por categorías coinciden sorprendentemente entre el conjunto de los nódulos y la tablilla pilia a la que hacemos referencia.

Tan magras referencias al soberano de Pilo (nada extrañas por otra parte, ya que aún más escasas son las que obtenemos en Cnoso), han llevado a John Chadwick a tratar de identificar lo con un personaje importante del reino, de nombre *E-ke-ra*$_2$*-wo /Enkhellawon/* (de

Enkhes-lawon «el que disfruta con la lanza» o de *Enkhelyawon*), quien contribuye con 40 remeros en la conscripción naval. La identificación propuesta se fundamenta en el análisis de un conjunto de tres documentos de la mano 24 de Pilo referentes a unas fincas en *sa-ra-pe-da*; no forman en realidad un juego, pero la información que contienen refleja una misma realidad desde distintas ópticas. Una de ellas describe la finca plantada de árboles de *Enkhellawon*, sobre la que nos extenderemos en el capítulo siguiente. Otro documento recoge la contribución a Posidón por dicha finca, con la particularidad de que tributa no sólo *Enkhellawon*, sino que también hay sendos parágrafos para el conductor de la hueste, la comunidad (*da-mo*) y el «baldío» de los Orgueones. Dado que no tenemos las descripciones de las fincas de estos tres contribuyentes, hemos de suponer que nos faltan esos documentos. El tercer documento es una descripción de cuatro fincas, pero no es una continuación de la descripción de *Enkhellawon,* como ponen de manifiesto inmediatamente las diferencias de formatos de ambos documentos. Su texto merece ser citado por completo en una versión aproximada (Er 312):

Coto real así tanto grano FANEGAS 30
Coto del conductor de la hueste FANEGAS 30
[¿Coto?] de los *telestai* tanto grano FANEGAS 30
y tantos *telestai* HOMBRES 3
«Baldío» de los Orgueones así tanto FANEGAS 6[

Se ha tratado de disociar esta tablilla del documento fiscal, haciéndola continuación de la descripción de la finca de *Enkhellawon,* pero es difícil escapar a la tentación de ver en estas cuatro fincas los cuatro contribuyentes mencionados en el otro documento. Ello implica dos equiparaciones: la de la comunidad con los *telestai* y la de *Enkhellawon* con el monarca pilio, y cualquiera de las dos no escapa a posibles objeciones. Pero si la sugerencia de Chadwick es acertada, la identificación de *Enkhellawon* con el soberano micénico nos abre la posibilidad de identificar como conductor de la hueste al gran propietario *Wedaneus.*

Distribuidos por los distintos distritos de los reinos micénicos se encuentra el personal dependiente del palacio, la gran masa trabajadora de los campos y de las manufacturas. En una sociedad como la micénica, cuya prosperidad se asienta en la importación de

materias primas y su ulterior elaboración en productos de lujo muy estimados en el exterior y en su comercialización, no era de extrañar que los aspectos más menudos de la producción, en las áreas esenciales, se encuentren planificados y cuidados al detalle, como puede observarse en el análisis detenido de los documentos. En primer lugar, existía una planificación: los centros administrativos eran capaces de prever las cosechas y el monto de las mismas, de valorar la importancia de los rebaños y su producción en lana y corderos, y de definir la cantidad y tipo de manufacturas correspondientes a las materias primas entregadas y anotar las sisas en cada caso, cuya forma de satisfacción desconocemos.

En la organización de la producción la división del trabajo y la especialización de los cometidos constituía la pauta principal en aquellas industrias cuyo desarrollo podemos seguir. En la industria textil de Cnoso, en las tablillas referentes a su personal, podemos seguir el proceso de una formación profesional en varios grados.

Aprendizaje

Se trata de los juegos Ak, obra de al menos tres manos diferentes, donde se nos describe a las obreras y su localización. La descripción por lo general se refiere a un oficio o especialidad determinados. En Pilo, sin embargo, tenemos adjetivos de origen del lugar de las descripciones, aunque la finalidad debe ser la misma. En efecto, dado que la especialización se transmite de generación en generación, dentro de los mismos grupos hu manos, es comprensible que se busquen los expertos en aquellos lugares donde dicha especialización constituye una actividad tradicional, en lugar de tratar de iniciar a gente ajena en la destreza en cuestión. Un ejemplo ilustrativo puede ser el caso de nuestras «lagarteranas», que fácilmente son asociadas al encaje de bolillos que constituye la artesanía mayoritaria de Lagartera. Existen ecos de esta práctica en Homero, cuando se nos describe la especialización de las mujeres carias o meonias en la tinción con púrpura. Por lo tanto, la mención de determinados grupos laborales micénicos mediante la mera utilización de un adjetivo étnico de origen encubre en realidad una especialización profesional. Las tablillas de personal recogen grupos familiares y, en el caso de la industria textil

que nos ocupa, a los grupos de mujeres con sus hijos, dentro de los que se garantiza el aprendizaje y la continuidad de la especialización. Pero las etapas de adquisición de las distintas destrezas se anotan cuidadosamente en los documentos. Así nos encontramos con dos grandes grupos: aquéllos que se encuentran aún en instrucción y quienes ya están instruidos; éstos no reciben más calificativos, pero las anteriores se subdividen aún entre «novatos» o del año en curso y «veteranos» o de años anteriores. Ante tal escrúpulo administrativo hemos de deducir el interés del palacio por conocer el estado real de su mano de obra en un sector tan delicado de su economía como el textil.

Existen en la organización laboral micénica una serie de equipos de trabajo designados con términos de interpretación insegura, como *ke-do-si-ja* («gremio» o «equipo de telar»), *ke-ro-si-ja* («veteranos»), *a-to-mo* («equipo»), salvo dos que son claros: uno de ellos formado sobre el nombre del conductor de la hueste y otro, construido sobre el nombre empleado en griego posterior para la designación del «rey» *basileus* (*qa-si-re-wi-ja*, de *qa-si-re-u*). Independientemente de que esta terminología tenga un origen militar, como ya hemos apuntado, la realidad es que el g^{w}*asileus* designa en concreto al capataz de los broncistas, hasta el punto de que puede suponerse que los objetos reseñados en las tablillas Ug de Tebas son de bronce por la mera aparición de una *qa-si-re-wi-ja* en uno de ellos. En otras ocasiones los equipos de trabajo sujetos a determinado responsable no reciben una denominación particular, sino que se asientan simplemente bajo la autoridad de su capataz, expresado éste nominalmente, mediante el empleo de una locución consistente en la preposición *o-pi* más el nombre del responsable en dativo. Así por ejemplo, determinados individuos aparecen asignados al sillero Esareo (*o-pi-e-sa re-we to-ro-no-wo-ko*). En las tablillas de personal femenino, tanto en Cnoso como en Pilo y en Tebas, los responsables de los equipos aparecen bajo la forma de las abreviaturas *TA* y *DA,* acrofonías por el término *tamía* que en Homero sirve para designar a la «despensera o ama de llaves» y por *da-ma*, aunque estas explicaciones permanecen en el aire, ya que no se atestiguan los términos aludidos escritos por entero, salvo en el caso de *DA* pero esta vez en un contexto agrícola. Dado que *TA* y *DA* juegan un papel importante en la definición de las raciones alimenticias, volveremos a encontrárnoslos en este marco.

Es difícil establecer la situación social de los colectivos de trabajadores. Sin embargo, debe insistirse en que en su mayor parte las gentes que aparecen asentadas en nuestra documentación son «personal dependiente» y resulta complicado definir su estado social, ya que de la libertad a la esclavitud existieron en las sociedades vecinas del segundo milenio a. C. varias categorías. En lo fundamental, el trabajo dependiente puede ser dividido en dos grandes apartados: el servicio prestado por esclavos no libres, en su mayor parte de origen extranjero, y la producción en el terreno agrícola, industrial y minero, tanto en la esfera oficial como en la privada, desempeñada por los siervos semilibres o por esclavos no libres.

La definición de la pertenencia de un sujeto determinado a una u otra clase no siempre es fácil y los criterios deben estar vinculados a la observación de los derechos legales que puedan afectar a una u otra clase. La palabra que en griego clásico sirve para designar al esclavo aparece en las tablillas micénicas (*do-e ro*) en distintos contextos y no está claro que designara al «esclavo» en sentido absoluto. Dejando a un lado la locución de «esclavo del dios o de la diosa», vemos en las tablillas de los registros de tierras que «esclavos» de tal o cual individuo pueden poseer parcelas de tierras, lo cual implica una condición más bien de siervo que de esclavo. Los individuos que poseen esclavos no son numerosos en Pilo y pertenecen a las capas más altas de la sociedad, salvo en el caso de los esclavos de la esfera industrial, como en el caso de los broncistas o de los carreros de Pilo, algunos de los cuales poseen esclavos considerados como fuerza laboral adicional a la de sus amos artesanos.

La excepción al carácter pura y exclusivamente económico de la documentación micénica la constituyen unos escasos documentos de Cnoso de índole legal, en los que se certifican transacciones de «esclavos» y que aparecen caracterizados por una forma verbal que significa «compró» (*qi-ri-ja-to*).

Sin embargo, la presencia de la designación que traducimos por «esclavo» es claramente minoritaria en la documentación y hemos de suponer que otros colectivos reflejados en las tablillas compartían con los así llamados la misma condición social. Si atendemos a las fuentes del personal dependiente, éste puede proceder de las poblaciones no micénicas sometidas, de mercados de esclavos, de esclavitud

doméstica, de clases nativas empobrecidas y de prisioneros de guerra extranjeros. De todas estas fuentes tenemos indicios en la documentación micénica y se ha indicado justamente que el gran predominio de mujeres y muchachas en las tablillas de personal es la confirmación de su condición esclava.

Junto a los esclavos, una serie de gentes de oficio aparecen aquí y allá en la documentación, desplazados o contabilizados por los distintos distritos de los reinos micénicos: guarnicioneros, alfareros, esquiladores, orives, encargados de la miel, fabricantes de arcos y un largo etcétera de nombres de oficio aún incomprensibles pueblan las tablillas An de Pilo.

Los dependientes libres aparecen en los registros palaciegos no solamente por la obligación implícita de su manutención por parte del palacio, aunque los juegos de las distribuciones de las raciones son claramente incompletos. La dependencia implica a su vez una *corvée* o contraprestación personal, una contribución, pues, al Estado en especie (trabajo), que nos lleva a tratar en líneas generales de la fiscalidad micénica.

El estudio de la *fiscaiidad micénica* está aún en sus primeras fases, a pesar de que los documentos micénicos representan en lo fundamental el movimiento de bienes y trabajos desde y al palacio y, por lo tanto, era de esperar que las formas y entidad de las contribuciones al Estado estuvieran recogidas en las tablillas. Debe señalarse, no obstante, que nos hallamos ante un sistema económico premonetario y una estructura política que en lo general reviste un carácter despótico y centralizador. Pese a ello, no tenemos ningún documento donde se nos atestigue una lista detallada de las cargas fiscales que pesan sobre los súbditos micénicos. Que la carga o cargas existen en realidad, lo muestra palmariamente, no la presencia de los términos que puedan designarlas, sino particularmente la presencia de las anotaciones que eximen a determinados colectivos de los gravámenes. Esta adopta la forma del adjetivo «libre» en las tablillas de linares de Pilo (serie Na), donde aparece también en algunas de ellas la precisión de que las «exoneró el *ke-u-po-da* Esareo».

Debía de existir una capitación que implicara contribuciones en naturaleza o en especie, o la prestación de una *corvée*, como ya dijimos. Esta obligación fijada para con el Estado es la que se expresa,

en el momento de su satisfacción, con distintas formas del verbo *apudidomi* y nombres derivados como *apúdosis,* y constituye la espina dorsal del sistema fiscal micénico. El verbo y sus derivados pueden aparecer a veces sin el preverbio, pero siguen denotando entradas o ausencias de un gravamen por capitación. La no satisfacción se cuantifica por medio de una anotación de deuda para con el fisco, *o-pe-ro /ophelos/*, que debe distinguirse de las contribuciones no entregadas por exención, para las que se emplea el verbo junto con el adverbio negativo *o-u -di-do-si /ou didonsi/* «no entregan», *o-u-do-so-si /ou do–sonsi/* «no entregarán».

La prestación de una *corvée* está bien atestiguada en dos sistemas de prestación, cuya diferencia entre sí es difícil de precisar: el sistema de la cuota (*ta-ra-si-ja /talansia/*), cuyos ecos so breviven al colapso micénico y que debe recaer sobre los colectivos esclavos, y el sistema de la «prestación laboral» (*o-pa /hopa/*) o contribución en trabajo especializado de los artesanos libres.

Que existía un mecanismo administrativo para distribuir las cargas a los distritos, quedó ya mencionado a propósito de la geografía de la provincia pilia de la «Transierra». La cuantificación concreta de las aportaciones de los distintos productos ha ocupado recientemente la atención de los estudiosos, que han intentado establecer las leyes fiscales, esto es, la aritmética de la dis tribución de los gravámenes. Sin embargo, el panorama que aún se obtiene dista mucho de ser claro y es de esperar que los futuros trabajos sobre geografía económica de los reinos micénicos nos ayuden a perfilar el mecanismo fiscal existente.

La propiedad de la tierra

Conocemos bien los regímenes de propiedad de la tierra gracias a los documentos (mal llamados catastrales pues no contie nen indicaciones topográficas) de Pilo, las tablillas de la clase E-. Se trata de un conjunto de tablillas que contienen registros de tierras de distintos tipos. Los hay globales, por distrito, sin referencia a los ocupantes de las tierras y a los tipos de ocupación. Tenemos de ello un solo ejemplo (Eq 213) correspondiente al distrito de *A-ke-re-wa.* Pero por lo general se trata de documentos de parcelamiento y ocupación de

tierras, con designación de arrendatarios y del tipo de ocupacion, para distritos determinados. Se conservan los documentos para cinco distritos, de los que sólo tenemos el nombre de tres de ellos. De *pa-ki-ja-na* tenemos unas versiones preparatorias y la redacción final (series Eo Eb En Ep Ed, de las manos 1 y 41); de *sa-ra-pe-da*, los dos docu mentos, de la mano 24, estudiados en otro lugar; de *ki-ri-ti-ti-jo* un solo documento, de la mano 11 de Pilo (Es 650); dos documentos (Ea y Eq), de las manos 43 y 1, nos proporcionan los da tos de dos distritos de los que no conservamos el nombre.

La finalidad de estos documentos es confeccionar, sobre la información conseguida, la determinación de las contribuciones (*do-so-mo*) correspondientes, como ya vimos en el caso de *sa-ra-pe-da.* Las superficies son anotadas en fanegas, como ya se ha señalado.

Para los tipos de tierra y ocupación podemos ofrecer el siguiente cuadro:

	A	B
I	*ki-ti-me-na ko-to-na* *te-re-ta*	*ko-to-na ke-ke-me-na* *da-mo*
II		poseedores de { *e-to-ni-jo* *ka-ma* *o-na-to* (*pa-ro da-mo*)
III	poseedores de un *o-na-to* *pa*-ro X (= *da-ma-te*)	poseedores de un *o-na-to pa-ro* X

Hay dos tipos principales de tierras. Se parte de una unidad administrativa básica que es la *ko-to-na /ktoina–/*, que indica una división territorial o «canton» de tipo, como decimos, administrativo Estas unidades básicas pueden ser de dos tipos, expresados mediante dos participios. pertenecientes uno de ellos al verbo con el que está relacionado el propio nombre de la unidad administrativa (*ki-ti-me-na /ktimena/*). y el otro, de difícil interpretacion (*ke-ke-me-na*). La implicación de estas dos divisiones no está nada clara, salvo que las parcelas *ktimenai* están vinculadas en primera instancia a los *telestai y* las *ke-ke-me-na* pertenecen a la esfera de la comunidad (*da-mo /da–mos/*).

Ambos tipos de tierras pueden ser objeto de un arriendo, que se

expresa en las tablillas mediante el término de *o-na-to /onaton/*, arriendo que puede hacerse a dos niveles: el *da–mos* arrienda las parcelas que no utiliza como colectividad o que no están sujetas a un tipo especial de tenencia de tierras expresadas con los términos de *e-to-ni-jo /etonion/* y *ka-ma /k(h)ama/*, en una primera instancia, y, en segundo lugar, pueden darse subarriendos personales realizados por arrendatarios de *ktimenai*, esto es, *telestai*, o de los arrendatarios de las *ke-ke-me-na* de la comunidad.

La tablilla En 609 conserva el encabezamiento del registro de tierras de *pa-ki-ja-na* y dice así:

pa-ki-ja-ni-ja , to-sa , da-ma-te , *DA* 40
to-so-de , te-re-ta , e-ne-e-si VIR 14

Si se cuentan los *o-na-te-re* de las descripciones que siguen obtenemos un conjunto de 26 individuos, que, sumados a los 14 *te-re-ta,* nos dan la cifra de 40 correspondiente a *da-ma-te DA*. Es, pues, evidente que *da-ma-te DA* se refiere al conjunto de tierras de tenencia individual, sea el individuo un arrendador (*o-na-te* que posee un *o-na-to*), sea un propietario de parcela (*te-re-ta*). Unos y otros conforman con sus tierras una misma categoría, que es la básica del registro. descrita por el término *da-ma-te*:

Tantas *damartes pa-ki-ja*-nenses: *DA* 40
y tantos *telestai* están incluidos: HOMBRE 14

El problema sigue siendo en la actualidad la comprensión del término *da-ma-te*, que es claramente un femenino *to-sa /tossai/*, pero que incluye varones, y se refiere a la tenencia individual de tierras. La existencia de funcionarios *da-ma-te* o *du-ma-te* viene a complicar el panorama, ya que es difícil disociar estas formas de aquélla. Una nueva complicación nos aporta el testimonio del griego posterior en el que *dámartes* designa a las esposas, amas de casa.

Dado que en las sociedades primitivas las mujeres suelen aparecer dedicadas al cultivo y la recolección de plantas, en tanto que el hombre lo está a la caza y la guerra, podría pensarse que la clave para la unificación de los testimonios micénico y griego posterior radica en la conservación del rasgo primitivo de la mujer como titular de casas de labor, pero el estudio comparado de la tenencia de tierras en las sociedades del segundo milenio a. C. no permite sustentar dicha hipótesis. El análisis interno de los documentos permite suponer para

da-ma-te DA una categoría de unidad fiscal de tierra (que puede ser unitaria o puede estar integrada por parcelas de distinto tipo de propiedad) y puede ser traducido por hacienda o heredad sobre la que ejerce determinado derecho de propiedad o usufructo el individuo reseñado. Es esta legitimidad la que quizá pueda ayudarnos algún día a reducir a un mismo modelo los testimonios en apariencia dispares.

Dos tablillas de Pilo nos han conservado un interesante litigio. Eb 297 y Ep 704.5-6 hacen referencia al predio de una sacerdotisa de nombre Erita, arrendataria de una finca de la comunidad de 24 áreas y de otra mayor de más de 2 Ha., cuyo título de propiedad se discute, ya que la sacerdotisa pretende que se trata de un *etonion* del dios (contraprestación que recibe por el servicio de oficiar a la divinidad) y, por lo tanto, no sujeto a renta alguna, mientras que se reclama su carácter de arriendo (*onaton*) por parte de la comunidad, transcrita en uno de los documentos por medio de la designación de los poseedores de parcelas (*ko-to-no-o-ko /ktoinohokhoi/*).

La persona vinculada a una tierra *ktimena* puede ser por lo tanto un *telestas* o un subarrendatario, un *onater* (*o-na-te*) pero, dado que se trata de tierras vinculadas al Estado por algún tipo de prestación personal, la persona vinculada a este tipo de tierras aparece como *ki-ti-ta /ktita–s/* «colono con obligación de prestación», que puede trasladar esta obligación a nuevos colonos, que figuran con la designación de *me-ta-ki-ti-ta*.

Bibiografía comentada

J. Chadwick, «Reconstrucción de un sistema social prehistórico», *Cursos de Verano de la Universidad Complutense de Madrid,* El Escorial, 1989. Sobre los «Condes», S. Deger-Jalkotzy, *E-QE-TA. Zur Rolle des Gefolgschaftswesens in der Sozialstruktur mykenischer Reiche*, Wien 1978. Un estudio prosopográfico de Pilo es el de M. Lindgren, *The People of Pylos Prosopographical and Methodological Studies in the Pylos Archives*, Uppsala. 1973. Sobre el soberano de Pilo. J. Chadwick, «Who was E-ke-ra$_2$-wo?». *Le monde grec Hommages a C. Préaux,* Bruxelles 1975. pp. 450-453. Para la conscripción militar véase J. Chadwick, «The Muster of the Pylian Fleet», *Tractata Mycenaea,* Skopje, 1985, pp. 75-84, y J. T. Killen «PY An 1» *Minos* 18, 1983, pp. 71-80. Para los testimonios de documentos legales sobre esclavos, véase J.-P. Olivier, «Des extraits de contrats de ventes d'esclaves dans les tablettes de Knossos», *Minos* 20-22, 1987, pp. 479-498. Para la fiscalidad puede verse el ejemplo de P. de Fidio, *I dosmoi pilii a Poseidon*

Una terra sacra di età micenea, Roma, Edizioni dell'Ateneo & Bizarri 1977. y J. L. MELENA, «Further Thoughts on Mycenaean *O-PA*», *Res Mycenaeae. Akten des VII Internationalen Mykenologischen Colloquiums,* Gottingen 1983, pp. 258-286, para la «prestación laboral». Véase también Y. DUHOUX, *Aspects du vocabulare économique mycénien (cadastre—artisanat—fiscalité),* Amsterdam A. M. Hakkert, 1976. El estudio fundamental sobre la propiedad de la tierra en *pa-ki-ja-na* sigue siendo el trabajo pionero de E. L. BENNETT jr., «The Landholders of Pylos», *American Journal of Archaeology* 60. 1956 pp. 103-133. Pueden verse con provecho los trabajos de M. LEJEUNE, «Le dossier *sa-ra-pe-da* du scribe 24 de Pylos», *Minos* 14, 1975, pp. 60-76. y «Analyse du dossier pylien Ea», *Minos* 15, 1976, pp. 81-115.

Capítulo IX
LA ECONOMÍA

La agricultura de subsistencia: los cereales

COMER cereales era para Homero el signo propio de la humanidad. Frente a los dioses que se alimentan sólo de néctar y ambrosía, frente a las bestias y frente a los salvajes, los hombres son quienes sobre la faz de la tierra se alimentan de cereal, *siton edóntes.* El trigo y la cebada constituyen los dos principales cereales del mundo egeo de la Edad del Bronce y sus granos reciben la denominacion conjunta de *sîtos,* término de origen pregriego que en las tablillas aparece asociado a unas raciones mensuales de cebada (KN Am 819), a una advocación de la Señora y a un grupo bastante nutrido de mujeres de Pilo y sus hijos, descritos como *si-to-ko-wo /sitokhowoi/* «medidoras de (raciones de) cereal». Aunque no hay en rigor prueba alguna de que el término designe igualmente el trigo en época micénica, es muy probable que así fuera. En cualquier caso el término griego específico para el trigo no se atestigua en micénico y el de la cebada aparece sólo en derivados. Ambos cereales son anotados por medio de logogramas que transcribimos como GRA y HORD. La equiparación del primero con el trigo y del segundo con la cebada fue temprana, pero la fiabilidad procede del estudio de las raciones de cereal y del hecho de que la cantidad de HORD es doble que la de GRA, lo que encaja con el doble valor nutriente del trigo con respecto a la cebada.

El cultivo del cereal exige un desarrollo agrícola previo, roturar tierras, utilización del arado, rotación en dos o tres hojas, que difícilmente dejan un rastro arqueológico (aunque en el norte de Europa se han podido detectar surcos de arado del II milenio a. C.). En jeroglífico cretense y en lineal A tenemos un signo que representa

pictóricamente el arado y vemos que es del tipo compuesto, una reja plana en la que se encastran separadamente el timón y la mancera. Es la lengua, no obstante, la que nos testimonia su empleo con el uso del término *aroura* (*a-ro-u-ra* PY Eq 213.1) para el labrantío de cereal, las tierras de pan llevar. Un arado presupone un animal de tiro, que en los reinos micénicos es el buey de labor (*we-ka-ta /wergatās/*). Aunque un arado puede ser tirado perfectamente por un solo buey, la presencia de estos animales por yuntas en el juego Ch de Cnoso indica el empleo de una pareja. En este documento, cada yunta aparece adscrita a un yuntero y los animales son descritos por un par de términos. Se ha pensado que se trata de los nombres propios de estos bueyes, del mismo modo que los caballos de Aquiles en la *Ilíada* tienen nombre, pero puede tratarse perfectamente de simples descripciones identificativas por el manto del animal u otras particularidades físicas: «boyante» (*a_3-wo-ro*), «zaino» (*ke-ra-no*), «boquiblanco» (*to-ma-ko*), «retinto» (*wo-no-qo-so*), «patiblanco» (*po-da-ko*), «jabonero» (*ko-so-u-to*), «mocho» (*a_3-zo-ro*) y «bieldo» (*wa-no*, por la forma de los cuernos). El empleo de yuntas se confirma con las cifras que acompañan a los animales «de labor», siempre múltiplos de dos. Así, la tablilla Ce 59 nos permite conocer el parque de yuntas en seis localidades cretenses (3 en *ma-sa*, *da-wo*, *da-*22-to* y *tu-ri-so*; 5 en *ku-ta-to* y 25 en *ku-do-ni-ja*) y, posteriormente, calibrar la extensión de los labrantíos de cereal en cada lugar, sólo en términos relativos ya que desconocemos la razón yunta/superficie para Ia Grecia micénica. Si utilizamos una media mediterránea de 1 yunta por 50 fanegas, tendremos labrantíos de 150 fanegas para los cuatro primeros lugares, de 250 fanegas para *ku-ta-to* y 1.250 fanegas para *ku-do-ni-ja.*

La excelente llanura de La Canea justifica plenamente la primacía de Cidonia en el documento, aunque por azar no tenemos datos sobre su cosecha de cereal. Sí los tenemos en cambio para *da-wo*, cuyos labrantíos reconstruímos en 10.300 fanegas (que supondrían un parque de 206 yuntas). Habrá que concluir, pues, que o bien Ce 59 no recoge el total de bueyes de labor de los lugares citados, sino una parte de los mismos, o bien se empleaban otros animales de tiro.

Aunque se supone que en el cultivo del cereal se empleaba el barbecho, los intentos por identifilcar las hojas en descanso (una o dos, rastrojera y barbechera) han resultado fallidos y debe señalarse además

al respecto que esta técnica es propia de países con poca población y mucho terreno cerealista disponible, lo que no parece el caso ni de Mesenia ni de Creta en época micénica.

Al tratar de las medidas de superficie mencionábamos la cosecha de trigo de *da-wo*. Se trata de un documento excepcional pues no volvemos a encontrar cantidades del mismo orden en ningún otro documento. Hay dos circunstancias que, por el contrario, volvemos a encontrar en tablillas con cantidades de trigo: la primera son asientos contiguos de aceitunas y la segunda la presencia de un término *a-ma*, cuya interpretación probable es la de «cosecha», aunque puede significar también «medida».

Faltan textos que nos desvelen los aspectos prácticos de la agricultura y su ausencia se justifica por el carácter interno de los archivos, donde sólo interesa anotar las entradas y salidas de los productos y las existencias en los almacenes. No tenemos mención alguna de equipos agrícolas que trabajen las tierras de cereal, o no hemos sido capaces de identificarlos hasta ahora.

Raciones

El cereal constituye la base del sistema de raciones de sub sistencia que se obtiene del examen de las tablillas Ab de Pilo, complementadas con dos textos más, uno de Pilo (An 128) y otro de Cnoso (Am 819). Un trabajo reciente de R. Palmer examina estas raciones a la luz de su capacidad para permitir a un trabajador trabajar en condiciones adversas, empleando para ello la comparación con los sistemas de raciones de las civilizaciones coetáneas vecinas. Al igual que en estas culturas, la ración de cereal micénica era distribuida por volumen, pero esta medida se emplea tanto para el grano como para la harina, que, a igualdad de peso, tiene más volumen que el grano. Sin embargo, dado que parece ser que cuando se trata de harina los escribas emplean el término (*me-re-u-ro*) o un logograma diferente (FAR), los cálculos calóricos se hacen sobre raciones de grano.

Se ha supuesto que las tablillas Ab de Pilo recogen raciones «semanales» de semana de cinco días. Podemos escoger el primer documento para ejemplificar la serie entera (PY Ab 186):

.A GRA 2 T 4 *TA DA*
.B *pu-ro , ra-mi-ni-ja* MUL 7 *ko-wa* 1 *ko-wo* 2 *NI 2* T 4
«En Pilo: lemnias MUJeres 7 moza 1 mozos 2 *HI*gos 268,8 lts. TRIgo 268,8 lts. *TA DA*»

Del estudio de las cantidades en relación con el número de mujeres y de mozos o mozas y la presencia de las acrofonías *DA* y *TA*, se deduce que la ración unitaria de cada mujer adulta es de GRA T 2, *NI* T 2, mientras que los menores reciben la mitad. Un *DA* recibe, en cambio GRA T 5 *NI* T 5, mientras que un *TA* recibe la misma ración que una mujer adulta. Para hacernos una idea de lo que suponen estas cuotas de cereal, señalemos que la ración de una mujer adulta equivale a unos 19 kg. de trigo, unos 13 kg. de harina. Por lo tanto,

CATEGORÍA	HARINA DE TRIGO	HIGOS
DA	32,5 kg.	48 lts.
TA	13 kg.	19,2 lts.
MUL	13 kg.	19,2 lts.
ko-wo/ko-wa	6,5 kg.	9,6 lts.

Las cantidades absolutas apuntan en realidad a que se trata de raciones mensuales, lo que nos da una ración diaria de 433 gramos de harina y 26 higos por mujer adulta.

Las asignaciones para *DA* y *TA* fueron establecidas independientemente por el japonés H. Ota y el profesor Palmer, quien explicó además estas abreviaturas como personal de supervisión. En su hipótesis, *TA*, que recibía la misma asignación que una obrera adulta, debía ser también una mujer, mientras que *DA* podía ser un hombre, al que se asignaba dos veces y media la ración de una obrera. Las tablillas Of de Tebas parecen apoyar esta identificación de *DA* con un varón, ya que en dos ocasiones aparece allí precedido por nombres de hombre. La comparación con la organización de los talleres en las sociedades mesopotámicas muestra que, efectivamente, existían unos supervisores masculinos en los equipos, supenisores que delegaban parte de sus funciones rectoras en esa especie de «delegada» o «primera». Este modelo puede ser a grandes rasgos el mismo que está representado en la distribución de las raciones. Se ha supuesto que *TA*

está por el término *tamíā*, que en Homero designa al «ama de llaves» o «intendente» y que debe ser un adjetivo que califica a quien distribuye o divide (el trabajo).

La abreviatura *DA* puede ser explicada por un par de términos que presentan una extraña alternancia vocálica: *da-ma/du-ma*, y cuyo plural *da-ma-te* obliga a la comparación con el término homérico *dámar* que sirve para designar a la mujer casada. La vinculación del nombre con la mujer apoyaría la hipótesis de J. Chadwick, quien ve a TA y *DA* incluidas en el número de mujeres de cada documento, siendo sus asignaciones super numerarias el salario de sus funciones directivas. Sin embargo, no hay ningún testimonio en las tablillas de que *da-ma* o *du-ma* o incluso *DA* se den con antropónimos femeninos.

Higueras, vides y olivos

Frente al cultivo del cereal, la explotación de árboles y arbustos está presidida por el empleo de otra familia léxica basada en una raíz **phu-* «hacer crecer», cuyos componentes aparecen muy bien representados en las tablillas (*pu-te* y *pu*$_2$*-te-re /phutēr/*, *pu-te-ri-ja /phuteria/*). Se trata de cultivos «hortenses», del tipo del reflejado en el «huerto de muchos árboles», *kêpos poludéndreos,* de Laertes en la *Odisea,* con los árboles dispuestos en hileras */órkhaton/*, con olivos, vides e higueras, junto a perales y arriates de legumbres. Para estos dos últimos no tenemos datos en las tablillas y su ausencia puede indicar que carecían de interés económico para el palacio. Olivos, vides e higueras son escrupulosamente censados, por el contrario. Por ejemplo, en la tablilla KN Gv 863 tenemos el texto siguiente:

.1]qa-ra , / jo-e-ke-to-qo , wo-na-si , si[
.2]we-je-we **174* 420 *su* ARB 104[

«]En K^{w}alla: así tiene el lugar en los viñedos[
]vides *VID* 420 *hi*(gueras) ÁRBOL 104[»

El término que traducimos por «vides» aparece glosado en un léxico antiguo como una forma particular de vid, la llamada vid arbustiva. una parra que trepa entrelazada a un árbol que hace de

rodrigón o, en la idea micénica, de «madre» (Hiponacte nos habla de *la negra higuera hermana de la vid*). En realidad, el término *we-je-we /huiewes/* es el plural de un */huiēus/*, formado a partir de un instrumental */huiēu/* 'con un hijo', proporcionando así el modelo para la creación de los nombres en *-eus*. Entre las especies arbóreas empleadas para hacer medrar las vides en la Antigüedad se encuentra la higuera y de la enumeración del huerto de Laertes se desprende también este peculiar uso conjunto de vides e higueras que justifica la presencia contigua de vides arbustivas e higueras en el documento de Cnoso. Esta contigüidad textual se repite en Pilo. en el registro de la finca de *Enkhellawon* en *Sa-ra-pe-da*, una finca plantada de dos parcelas, 40 y 54 fanegas respectivamente, y el número de pies de vid e higuera, 1.100 en ambos casos. Si las superficies y el número de cepas e higueras se corresponden. es evidente que no se trata de vides arbustivas en el continente. De existir esta relación entre las cuatro cifras, podemos obtener las razones por Ha. para la vid (= 42 cepas) y la higuera (= 31 árboles), que quedan, como es de esperar, muy por debajo de la media actual mediterránea (por ejemplo, 98 higueras por Ha.). Para hacernos una idea de la producción de la finca, sus higueras, a una media baja de 30 kg. por árbol, darían 33.000 kg. de higos, que probablemente se consumirían secos, ya que sólo pueden disponerse frescos en mayo (brevas) o en agosto y septiembre (higos) y en las tablillas de Pilo tenemos buenos ejemplos de complementos alimenticios a base de cantidades de higos añadidas al cereal en las raciones del personal de pendiente y dichos higos son, por razones de calendario, del año anterior y por lo tanto secos. Si los higos secos pierden una tercera parte de su peso cuando frescos, la producción de la finca de *Enkhellawon,* en un cálculo por lo bajo, puede cifrarse en 22.000 kg. de higos secos. Empleando un factor de conversión de 0,91 kg. por litro, tendremos un volumen de 24.175 litros de higos (esto es, casi un millón de higos, a 40 por litro). El complemento de higos a la dieta puede establecerse en una cuota mensual de unos 19,2 litros para las mujeres y poco más de 9 litros para los niños. La manutención de higos para una madre con su hijo será entonces de unos 345 litros por año, de modo que la producción de la finca en cuestión permitiría el mantenimiento de casi 70 trabajadoras con sendos niños a su cargo. Una rápida suma de los números conservados de mujeres que reciben

raciones de higos en las tablillas Ab de Pilo nos da 370 tra bajadoras, cifra que puede darnos una idea de las plantaciones de higueras necesarias para atender a su manutención, a tenor de los datos recuperados de Er 880. Serían necesarias por lo menos 7 ó 8 fincas similares y una mínima organización de la producción, secado (¿o quizá incluso un leve horneado?) de los higos y de su almacenamiento en condiciones que garantizaran su utilización. Se trata de una producción de carácter estratégico para el palacio, ya que le permite el sostenimiento de su personal dependiente. No es de extrañar, por lo tanto, la existencia de un funcionario especializado en el control de tan delicada parcela, *o-pi-su-ko /opisukos/* «encargado de los higos», cuyo cometido se ha visto ampliado al control y almacenaje de otro material estratégico, el bronce.

Señalemos que, además, la existencia de plantaciones de higueras permite aproximar su localización sobre el terreno, ya que en Grecia la higuera crece en terreno pedregoso, por lo general cerca del agua o en tierra bien irrigada.

La vid, el segundo miembro de la «terna mediterránea» (trigo, vid y olivo) está bien representada en los registros arqueológicos desde hace un par de décadas en forma de pepitas de uva, cuyas características muestran que coexisten las variedades silvestres con las cultivadas. Su cultivo se atestigua por lo demás en la propia forma del ideograma empleado en las escrituras cretenses para nombrar al vino. Su trazado remonta al signo jeroglífico egipcio para el vino y representa a una parra que se levanta de un tiesto y es sostenida por una rudimentaria pérgola. Del bejuco de la vid penden tres racimos. Del cultivo de la vid apenas tenemos otros textos que los ya mencionados con las hi gueras. Una tablilla fragmentaria de Cnoso (Gm 840) nos da unas cantidades importantes de vino y en Uc 160 de lo que parece ser o mosto o el exudado dulce de la uva con la mínima presión de su propio peso (*de-re-u-ko /dleukos/*, *gleukos*). El vino era llevado a los palacios en odres o ánforas precintadas y era vertido en las tinajas de los almacenes para su fermentación y almacenaje. Probablemente la ausencia de una documentación más nutrida sobre los distintos aspectos de la viticultura se debe tanto a la época del año en que se sitúa la vendimia como a la ausencia de textos correspondientes al período de tiempo mencionado.

El olivo cultivado procede de una variedad silvestre obtenida del acebuche u oleastro. Los hallazgos de huesos de aceitunas en contextos del Bronce Egeo muestran claramente la existencia de dos tipos diferentes, que han sido interpretados como restos de una variedad cultivada y de acebuchinas. De este modo la paleobotánica nos corrobora un dato perceptible en la documentación micénica: la existencia de dos tipos de aceitunas expresados por dos nexos del ideograma para la aceituna con los silabogra más *A* y *TI*, que J. Chadwick propuso interpretar como acrofonías de dos adjetivos que significan «silvestre» (*agrios*) y «cultivado» (*tithasos*). Los aceites de la variedad silvestre son de rendimiento graso mucho más bajo que el de la variedad cultivada y los asientos de los primeros son mayoritarios en la documen tación de Cnoso. Ello quiere decir que la finalidad de dichos aceites era más industrial que alimentaria, como tendremos ocasión de exponer más adelante.

Es evidente que los micénicos tenían un interés especial en olivos y olivastros, como se refleja en una serie de cuidados de los árboles, ejemplificados en podas anuales de las que quedan restos en los yacimientos, y en el control de los mismos, de su número y de su producción. De este control apenas conservamos un documento en Cnoso, lo suficiente para imaginar que el palacio, al igual que la Atenas clásica, controlaba el número y ubicación de sus olivos. Esta ubicación apenas puede colegirse en Creta, a partir de tablillas que nos dan los totales de aceitunas por localidades. Convirtiendo estos totales de producción, podemos reconstruir el número de árboles por localidad. Por otro lado, los totales de aceite nos permiten colegir también la cantidad originaria de aceitunas y el número de árboles que la produjo. Ambos cálculos coinciden y obtenemos un total de unos 4.000 olivos controlados por el palacio en sus cuentas. Este número de pies de olivo debe representar solamente una pequeña parte de los olivos de Creta, quizá los de las zonas más cercanas al palacio y de más fácil control, si lo ponemos en relación con la cifra de trece millones de olivos cretenses censados en la isla en la década de 1950.

Frente a lo que ocurre con los labrantíos, apenas tenemos constancia de las plantaciones de higueras, vides y olivos, fuera de la finca pilia ya reseñada. Tenemos, sin embargo, dos juegos de tablillas en Cnoso que deben de hacer referencia a este tipo de explotaciones,

ya que recogen una serie de individuos por lo calidades que o bien reciben el calificativo de «plantador» (*pu-te*) o bien se nos dice que «tiene una parcela plantada» (*e-ke pu-te ri-ja ko-to-i-na*). Los documentos se cierran con cifras de dos acrofonías de difícil interpretación, para las que se ha intentado buscar una equivalencia como unidades de superficie. Quizá la aportación más interesante de estas tablillas fragmentarias sea el empleo del mismo término que sirve para dividir los labrantíos en parcelas (*ko-to-na /ko-to-i-na*) y la aparición en este contexto del participio *ke-ke-me-na*, al que ya hicimos referencia.

La agricultura industrial

En líneas generales, las tablillas de Cnoso recogen en distin tas modalidades diversas cantidades de productos vegetales «aromáticos» en varios documentos caracterizados por la presencia general del ideograma que transcribimos como AROM. Los productos asentados son descritos por medio de los términos *ki-ta no*, *ku-pa-ro*, *ko-ri-ja-do-no* y *po-ni-ki-jo*.

Los documentos que contienen partidas de *ki-ta-no* recogen las contribuciones de este producto al palacio, dentro del sistema fiscal de la capitación, por parte de diversas localidades de la isla, hecho que permite suponer que el producto es nativo de Creta, donde se produce en extensas áreas. Las cantidades son muy elevadas y el nombre micénico puede ser puesto en relación con una glosa de un léxico antiguo donde se nos dice que *krítanos* es otro nombre para el terebinto. El problema radica en que, de las terebintáceas de uso atestiguado en el Bronce Egeo, se benefician tanto los frutos (los pistachos del alfóncigo) como las resinas (el mastic del lentisco o la trementina de Quíos). Si, al igual que ocurre con la gran mayoría de la producción vegetal, este producto terebintáceo tenía una finalidad industrial y no alimentaria, las partidas de *ki-ta-no* representarían en realidad asientos de trementina, cuyo empleo como impermeabilizador de recipientes o como fijador de perfumes es bien conocido en la Antigüedad.

La planta llamada *ku-pa-ro* plantea menores problemas de identificación. Se trata de una ciperácea, de cuyos asientos

conservamos en Cnoso fundamentalmente los déficits de producción que nos permiten cifrar la importancia de su cultivo en la isla. Suponemos que las partidas recogen tubérculos de esta especie vegetal, aunque los tallos pueden recogerse aparte y ser empleados para el forraje de animales estabulados, como parece deducirse de testimonios en Pilo y, recientemente, en Tebas. Por lo que respecta a la finalidad de los asientos de *ku-pa-ro*, los documentos de Pilo son más explícitos que los de Cnoso y debemos considerar que en su mayor parte se destinaban a la elaboración de perfumes. Sin embargo, no ha de excluirse su empleo tam bién como condimento o incluso como alimento, para lo que se distinguen dos variedades de ciperáceas, una debe ser la juncia y la otra nuestra levantina chufa.

Las partidas de cilantro, *ko-ri-ja-do-no*, se atestiguan profusamente en los documentos de Cnoso, de Pilo y de Micenas. Las importantes cantidades que figuran atribuidas a distintas localidades de Creta nos garantizan que se trata de cultivos en la isla y no de recolección de plantas silvestres, como puede ser el caso en Micenas. La cosecha anual de cilantro, calculada mediante el análisis de las salidas del palacio de Cnoso, puede cifrarse en unos 10.000 litros, esto es, unos 220 millones de semillas. Con respecto a su empleo, podemos suponerlo doble: como condimento, pero sobre todo como ingrediente aromático en la manufactura de perfumes, si bien su aceite esencial no resulta hoy de olor muy agradable. Dado que es secante, podemos suponer que fuera utilizado en una primera fase para convertir el aceite en ungüento y hacerlo más receptivo del aroma volátil.

A diferencia de los anteriores, el género vegetal *po-ni-ki-jo* aparece medido a peso y no por unidades de áridos. Dado que se atestigua en Cnoso en los mismos documentos que el cilantro, puede suponérsele un mismo origen o una misma finalidad. Su nombre tiene que ver con una serie de términos que sirven para designar a la palmera datilera, a los fenicios y al color rojo. La opinión general es que se trata de un colorante y dado que es empleado para teñir de rojo las pieles, la granza o rubia es el mejor candidato. Esta planta tintórea puede haber sido empleada también para colorear aceites y ungüentos perfumados, tal como se especifica en recetas antiguas.

Otra planta tintórea es el azafrán, cuya producción figura en dos juegos de tablillas, uno de ellos pertenecientes a la primera fase de la

«Estancia de las Tablillas de Carros». Esta doble presencia en dos estratos cronológicós insiste en la tradición minoica del cultivo y uso del azafrán no sólo como colorante de prendas, sino también por su significado religioso. No conocemos el nombre del azafrán en época micénica ya que se anota siempre por medio de un logograma que representa la característica flor del azafrán con sus preciados estigmas.

De Micenas tenemos un interesante juego de tablillas donde se recogen cantidades menudas de plantas aromáticas, algunas de las cuales ya ha sido mencionada arriba. Otras son el comino, el sésamo, el hinojo, el apio, la menta, el poleo (quizá otra forma de menta), los berros y el cártamo, del que se distinguen asientos para sus semillas blancas y partidas para sus inflorescencias rojas y que es un buen colorante. Para completar la despensa hay incluso dos clases de juncos. Sobre la finalidad de estas partidas se ha discutido mucho, aunque el nexo que agrupa a plantas tan variadas es que existía una contribución unitaria de ellas. Si se contemplan las distintas especies desde el punto de vista de las condiciones de suelo exigidas y de las disponibilidades de agua, se percibe al momento que no pueden proceder de explotaciones conjuntas sobre el terreno. Si unimos a esto lo exiguo de las partidas y la posibilidad de sustituir la contribución de una especie con una aportación de otra distinta, más parecen entregas de herbolarios que contribuciones sobre cosechas.

La vieja idea de que toda esta variedad de plantas aromáticas constituía los condimentos con que alegraban la monotonía de una dieta de cereal e higos puede ser encontrada aún en los manuales. Sin embargo, no estará de más insistir, al cerrar este somero examen, en que las sustancias vegetales reseñadas tienen un interés económico fundamental para los palacios micénicos, que va mucho más allá del menú cotidiano de su personal de pendiente. Son plantas industriales, cuyo control interesa por que su producción incide directamente en las industrias de las que los micénicos obtenían la mayor parte de sus recursos, como veremos más adelante.

Linares

Los juegos de tablillas de las clases Na, Ng y Nn de Pilo nos muestran que el palacio ejercía control sobre un conjunto de fincas,

situadas especialmente en la provincia Citerior y destinadas al cultivo del lino, la fibra vegetal por excelencia de la Antigüedad. La producción está medida por medio de un logograma acrofónico *SA*, cuya interpretación concreta sigue escapándosenos, aunque sabemos ciertamente que se trata de lino (en la tablilla PY Nn 288 aparecen una serie de localidades costeras se guidas de partidas de *SA* y en el encabezamiento se dice clara mente: «Así deben lino. Deuda: X *SA* 20», etc.). Dado que en Cnoso *SA* es medido a peso, debe tratarse de fibras de lino y no de linaza, y la práctica de contarlos en Pilo puede implicar la existencia de un atado de lino convencional, para el que Chadwick sugiere el peso de la unidad superior, esto es, un talento. Ello quiere decir que la planta ha debido de experimentar ya todo el proceso necesario para la obtención de la fibra: arrancado, macerado, enriado, secado y peinado. En la actualidad, la fibra final se prepara en pacas de 100 kg., salvo en Alemania, donde se emplean pacas de 50 kg., con lo que un atado final micénico de 30 kg. de lino es perfectamente plausible. Dado que el lino requiere un elevado grado de humedad para su cultivo, la variedad cultivada en la provincia Citerior de Pilo debe ser la invernal, con una siembra previa a la llegada de las lluvias invernales. En estas condiciones, la cosecha de lino sería posible a mediados de enero y la obtención de fibra, hacia finales de marzo, aunque pueden darse retrasos en estas fechas. Los documentos de Pilo muestran que la información sobre la reciente cosecha y producción de fibra de lino estaba siendo reunida en el momento de la destrucción del palacio, como veremos en el capítulo final. Los cálculos sobre las cifras conservadas y la densidad del cultivo del lino en la Mesenia actual sugieren que en la Citerior había unas 60 Ha. de linares, con una producción de unos 50.000 kg. de fibra, susceptibles de ser transformados en 35.000 lienzos.

En Cnoso, por el contrario, el lino está escasamente atestiguado y su ausencia debe obedecer a causas que nada tienen que ver con la calidad de la tierra. Frente a las 3.000 *strémmata* de linares en Mesenia en 1955-1956, en Creta aparecen plantadas de lino 2.235, y tenemos noticias del siglo XVI sobre producción de linaza en el valle de La Canea. Por otro lado hay noticias suficientes para una producción de fibra textil, ya que, como veremos, las prendas de lienzo son numerosas. Todo un juego de tablillas muy fragmentario

(Nc) procedente del arsenal de Cnoso debe de recoger cantidades de lino, quizá destinado a la fabricación de los carros de guerra o corazas de lienzo, tal como aún puede rastrearse en Homero.

La ganadería: vacuno y equino

El cómputo de los restos óseos de los yacimientos neolíticos en Grecia muestra un modesto porcentaje para los rumiantes y un predominio de la oveja frente a la cabra. Sin embargo, en los milenios posteriores aumenta el porcentaje de ganado mayor y de cabras, lo que ha sido puesto en relación con el aumento de pastos y la reducción de las masas boscosas. La deforestación, el cultivo del olivo y de cereales tienen una incidencia directa en el número y variedad del ganado. En áreas de olivares, se ha señalado que el aporte calórico de sus productos justificaría menos el gasto de manutención de animales de tracción como el buey, indispensable en los grandes monocultivos de cereales, y se ha querido ver en el bajo número de bueyes de labor micénicos la confirmación de esta deducción. Sin embargo, la producción de aceitunas y aceites tenía mayoritariamente otra finalidad que la alimentaria, como veremos enseguida, y la explicación de la escasez de estos animales debe hallarse en otras razones. Debe señalarse al respecto que en los centros de cría de ganado recogidos en las tablillas Co de Cnoso el número de cabezas de ganado vacuno es el más bajo y puede calcularse una producción anual de no más de 30 terneros para toda el área, que se ocupaba de proveer de cabezas al propio palacio (una tablilla escrita por la misma mano que redactó el juego Co recoge el envío de cinco vacas y ocho toros a Cnoso) y a otras áreas de la isla (20 vacas y un toro a *E-wo-ta* —quizás no un topónimo, sino la especificación de su destino a una Fiesta */ewortān-de/*— : la razón de cubrición quizá indica una escasez de vacas. ya que lo normal es 50:1). Un pequeño fragmento (C 5544) nos atestigua un hato de 91 toros.

Por otro lado tenemos la presencia en Pilo de numerosos vaqueros con una peculiar distinción entre el vaquero propiamente dicho (*qo-u-ko-ro*) y el cebador de vacuno (*qo-qo-ta*). Las elevadas cifras que acompañan a los primeros (90, 66, 60, 18) hablan de una importante presencia de vacadas.

La introducción del caballo en Creta aparece bien representada en un sello del MR Il, donde está representado un caballo sobre un navío. En las tablillas de equipos militares, sobre las que nos extenderemos en el capítulo XI, aparecen tiros de caballos destinados a los carros, en número que supone la existencia de un buen número de ejemplares, pero, sin embargo, carecemos de datos sobre yeguadas de cría. El caballo no está incluido en la esfera de los centros de la serie Co. Sólo tenemos un documento de Cnoso. que el visitante del Museo de Iraklio podrá contemplar expuesto. Es la tablilla Ca 895 + *fr.*, cuyo texto es el siguiente:

.1 i-qo EQU^{f} 5 EQU^{m} 4 po-ro EQU[
.2 o-no EQU^{f} 3 po-ro EQU 2 EQU^{m} 4[

En la primera partida tenemos 4 caballos, 5 yeguas y nos falta el número de potros (*po-ro*), mientras que en la segunda tenemos 3 burras, 2 borricos y 4 asnos. Una tablilla de Pilo registra una ración, probablemente mensual dado su volumen, de 116 litros de juncia para un caballo.

Ganado menor

Los nódulos tebanos nos permiten trazar un panorama aproximado del pastoreo del ganado de cerda en época micénica, de estructura muy similar al que se obtiene de la lectura de la explotación de Eumeo, el «divino porquero» de Ulises, en la *Odisea.* Por la descripción homérica conocemos que las porquerizas se encuentran junto a la fuente Aretusa, al pie de la Roca del Cuervo, al abrigo de la cual pasan la noche los cerdos no es tabulados, los verracos y los cebones. Los animales se alimentan de montanera y negra agua; conocemos la distribución de la majada con doce cochiqueras para parideras, etc. Cuando se sacan por la mañana las piaras a la montanera, dice Homero que los porqueros van «con los cerdos en piaras», empleando un participio de un verbo cuyo nombre de acción correspondiente aparece ahora con logogramas de cerdos en los documentos tebanos. Los porqueros de las tablillas llevan la designación clásica (*su-qo-ta*), lo que nos permite saber que el nombre del cerdo es el clásico griego. Una reciente unión de fragmentos nos ha permitido recuperar e

identificar al lechón, representado por medio de un logograma acrofónico *KO*, sin duda la inicial del término clásico para el cochinillo *khoiros.* El cerdo es fundamentalmente un proveedor de carne y piel y en Pilo se registra el número de cebones que están siendo cebados en las distintas localidades que se enumeran en la tablilla Cn 608. En Cnoso las distribuciones de cerdo están vinculadas a unos funcionarios denominados *da-mo-ko-ro*, ya estudiados en el capítulo anterior.

La parte central del archivo en lineal B de Cnoso la constituyen las tablillas de ganado ovino, una gran parte de las cuales forma un grupo homogéneo de documentos redactados por un solo escriba, la mano 117. Dentro de este grupo homogéneo existen distintos juegos con los que se da cuenta de aspectos diversos del censo de la cabaña ovina dependiente del palacio. Los datos fundamentales que recogen cada tablilla son:

1) un antropónimo escrito por lo general en grandes caracteres. Se trata del responsable del rebaño en cuestión al que, por comodidad, denominamos «pastor»;

2) un topónimo al que está adscrito administrativamente el rebaño y que, como ya apuntamos, debe coincidir con la región de pasto invernal;

3) otro antropónimo cuya presencia es facultativa. Se trata de los «colectores», a los que nos hemos referido ya;

4) los datos técnicos del rebaño. Son estos datos técnicos los que nos permiten aislar juegos distintos y así, el juego de tablillas Da nos ofrece únicamente el número global de cabezas de cada rebaño; el juego Db distingue el sexo entre OVIS^{m} y OVIS^{f}; el juego Dc añade la información sobre los animales que faltan y los que son del año anterior o «viejos», sin distinguir el sexo de los animales, cosa que hace, por el contrario, el juego Dd y el juego Df, etc., etc.

Por lo general, el número de cabezas que compone un reba ño típico es de 100 animales, aunque hay algunos de 300 y algún otro de 50. Los rebaños son de tipo mixto, con la particularidad de que los carneros son llanos, esto es castrados, práctica ganadera que está bien atestiguada cuando lo que más interesa de la producción es la lana. Ha sido mérito de John Killen haber discernido esta característica de los rebaños que hace que no sean autosuficientes para reponer las pérdidas

producidas por acci dentes y malos partos. En la actualidad suele cifrarse en un 8 % la mortalidad de un rebaño ovino. En Nuzi, donde la práctica ganadera es sorprendentemente similar a la micénica, los porcentajes de pérdidas son del 15,4 % para las ovejas. En las tablillas de Cnoso que presentan ausencias, los porcentajes de pérdidas van del 0,63 % al 50 %, pero las más de las veces se producen en torno al 4-6 % y al 15-20 %. Puede ponerse en relación directa el porcentaje con la proporción de hembras de cada rebaño, de modo que aquellos rebaños que presentan los porcentajes de pérdidas más bajos estaban integrados en su mayor parte por castrones.

Otros grupos de documentos nos dan la producción de corderos y de lana, pero en ninguna parte tenemos la constancia de la producción de leche ni de quesos. Dado el carácter efímero de la primera, no era esperable que entrara en la órbita fiscal de los palacios, pero la ausencia de queso extraña grandemente y puede deducirse que los derivados lácteos de los rebaños quedaban como excusa para los pastores.

Con las cifras conservadas, puede suponerse un número global de unas 100.000 cabezas de ganado ovino dependiente del palacio, capaz de producir unas 75 toneladas de lana al año. Estas cifras pueden ponerse en relación con el total de ovejas de Creta en el período de 1936-1938, que era de 446.514 cabezas. Con pastos medianos y de monte bajo, las 100.000 cabezas dependientes de Cnoso suponen una extensión de pastos de 6.250 Ha.

La producción de lana

El peso de la lana producida por una oveja micénica es de tres cuartos de kilo. Si lo comparamos con la producción media de vellón en nuestras razas menos laneras (churra 2,5 kg.; serrana, manchega 2-4 kg.), vemos que existe una enorme diferencia. Esta no se debe solamente a que la oveja del segundo milenio a. C. tenía menos lana, sino también a la peculiar técnica para la obtención del vellón. Éste no era esquilado, sino que se arran caba en el momento propicio, cuando la oveja comienza su muda natural. El resultado es una menor producción, pero una lana de mayor calidad, ya que el pelo queda sobre el animal y se pierde después por los campos. Para el arrancado

de la lana se empleaban unos peines especiales, de los que quizá tengamos testimonios en las tablillas. Las ovejas eran bañadas antes de proceder al arrancado y para ello debían reunirse los rebaños en lugares especiales, donde unos numerosos equipos de arrancadores dirigidos por profesionales especializados procedían a la recogida de la lana.

El ganado caprino también está bien atestiguado, aunque los rebaños de cabras son menos numerosos que los de ovejas. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con estos animales, las cabras aparecen asignadas por unidades a individuos, lo que parece indicar un consumo de carne o menos probablemente de leche o queso. La piel de la cabra es muy apreciada y gran parte de los animales asentados tendrían este fin último.

Caza y pesca

La caza constituye el deporte noble por excelencia de la sociedad micénica y las escenas cinegéticas decoran profusamente estelas sepulcrales, dagas taraceadas y cerámica diversa. La poesía homérica abunda en descripciones de caza y la persecución y reducción de depredadores son lugar común en las leyendas de los héroes civilizadores griegos como Heracles y Teseo, trasuntos míticos de la civilización micénica. Sin embargo, apenas unos restos que testimonien la existencia de la caza sobreviven en la documentación. El conjunto más interesante lo forman dos tablillas de Pilo (serie Cr) donde se recogen ciervos por localidades. El logograma empleado muestra la cabeza de un *ciervo* (*Cervus elaphus*). Un topónimo pilio puede ser interpretado como «Rada de los Ciervos» y las pieles de estos animales se utilizaban en guarnicionería, como veremos más adelante.

En Cnoso tenemos toda una serie (Mc) que recoge el pro ducto de la caza de las típicas cabras montesas, las *agrimia. Sus* pieles, cuernas y tendones eran utilizados en la fabricación de carros de guerra. Hay también alguna mención de jabalíes en sa crificios a los dioses.

Sin embargo, no tenemos constancia alguna documental para la pesca, a pesar de su importancia a juzgar por los frescos y las artes de pesca exhumadas de los yacimientos. Es evidente que la pesca no

entraba en la esfera del interés económico del pala cio micénico.

La apicultura puede deducirse tanto de la presencia de jarras *de* miel que se envían como ofrendas a los dioses y que ya he mos mencionado como de la presencia en los textos de las de signaciones del apicultor o mejor aún del melero, ya que su nom bre está formado sobre el de la miel *(me-ri-te-u) y* de un título pilio que significa «Intendente de la miel» *(me-ri-du-ma-te).* El vino «enmelado» de Pilo puede ser en realidad hidromiel, cuyo empleo se supone en Grecia ya desde tiempos prehistóricos.

Minerales. La sal

Las excavaciones en el 14 de la calle de Edipo en la actual Tebas, llevadas a cabo por S. Symeonoglu en 1964-1965, sacaron a la luz un taller destinado a la producción de joyas y de elementos decorativos nobles para su embutido en objetos de mobiliario, realizados sobre piedras semipreciosas como amatistas, ágatas, cristales de roca y lapislázulis. Estas piedras aparecen mencionadas en el inventario de muebles de lujo de Pilo, que examinaremos más adelante, y su procedencia es diversa. Puede trazarse un mapa de yacimientos de minerales y piedras semipreciosas, pero en su mayor parte este material procede del comercio y será tratado en el lugar conveniente. En Tebas se hallaron cilindros de lapislázuli sin labrar y los artesanos que lo trabajan reciben un nombre especial en las tablillas: *ku-wa-no-wo-ko /kuanoworgos/.* Se había pensado que estos artesanos fabricaban la imitación vítrea del lapislázuli, pero la existencia del material verdadero en estado natural invalida esa hipótesis.

Con una dieta fundamentada en los cereales, como vimos páginas atrás, el consumo de sal por persona puede cifrarse de 2 a 5 gramos por día. Si a esto se añade que la sal ha sido siempre una importante mercancía para la exportación, extraña grandemente que no hayamos sido capaces de identificar hasta ahora la sal en los documentos micénicos. Por los registros de los Acciaiuoli del siglo XIV d. C. sabemos que la producción de sal en Mesenia tenía cierta importancia y se atestiguan salinas en la bahía de Navarino, cerca de Grizi, en la costa, en las proximidades de Vunaria o Longa y en Almiros. Dos topónimos pilios están formados sobre el nombre de la sal (a_2*-ru-wo-*

te y *a₂-ra-tu-wa*), y pueden corresponder a asentamientos cerca de salinas. La cuestión es si un mineral tan precioso y estratégico como la sal puede estar ausente de nuestra documentación, cuando juega además un importante papel en la alimentación de los animales domésticos. Existe un ideograma (transcrito con los números **134* y **190*, aunque se trata del mismo) para el que no se ha encontrado aún una interpretación satisfactoria: se trata de un género ubicuo (salvo en Pilo, quizá por puro azar) y que puede adoptar una forma líquida (tablillas Oi de Micenas). Si consideramos que la sal puede ser tratada en forma de salmuera, quizá sea la sal el género designado por el ideograma en cuestión.

Industrias de transformación: aceites perfumados

La producción de aceitunas de los olivares micénicos era transformada en su mayor parte en aceite. No se han recuperado hasta ahora prensas, pero los indicios lingüísticos apuntan hacia una prensa de saco similar a la empleada por sus coetáneos egipcios, quienes habían descubierto que se podía ejercer una presión mayor por torsión que por peso. Los documentos de aceite de Cnoso y de Pilo testimonian claramente que la cocción del aceite constituía el proceso general seguido por la mayoría de las partidas. Ello implica un tratamiento industrial y la presencia de una serie de términos descriptivos del aceite muestra que dicho tratamiento perseguía la incorporación de aromas, esto es, su conversión en aceites perfumados o ungüentos, término atestiguado igualmente en la documentación. Así podemos establecer la gama aromática de los aceites perfumados: de rosa, de cipero o juncia de olor, de líquen aromático, de saúco. Algunos de los ingredientes vegetales no estaban destinados a conferir un perfume, sino a provocar el espesamiento del aceite, a cuajarlo en un ungüento. Para ello se empleaba probablemente el cilantro, cuyo aceite esencial, como dijimos, es secante. Una tablilla de Pilo (Un 267) recoge un libramiento hecho por el mayordomo del palacio, *Alksoitās,* al perfumista (*a-re-pa-zo-o*, literalmente «cocedor de unguentos») Tiestes de unos ingredientes destina dos a ser hervidos con el ungüento: miel, lanolina, vino, cilantro, juncia y dos géneros no identificados. Dentro de su tradición de participación en los procesos

industriales de la economía micénica, la diosa Potnia tiene también perfumistas entre su personal (PY Un 249.1), que reciben parejos ingredientes.

Fuera de esta finalidad industrial como base para la fabrica ción de perfumes, el aceite tenía en la Antigüedad otra serie de utilizaciones: se empleaba en la tenería y en la industria textil, en esta última no sólo como detergente, sino para engrasar los hilos y facilitar así el entrecruzado de los mismos. En efecto, el aceite constituye, por otro lado, un principal elemento en la limpieza, ya que con cenizas vegetales de plantas con álcali el aceite se saponifica, esto es, se produce jabón. Constituye el aceite también un excelente combustible para la iluminación en las lámparas y candiles que nos ha legado la arqueología, ya que no tenemos testimonios inscritos sobre lámparas. Queda por mencionar, en fin, la finalidad alimentaria del propio aceite. Sin embargo, no hay en los documentos micénicos testimonios de aceite para uso culinario.

El aceite era transportado evidentemente en algún tipo de recipiente que permitiera su fácil circulación, medida y control en distribuciones y recepciones. Para su almacenamiento se utilizarían los *pithoi* como los exhumados en los almacenes occidentales del palacio de Cnoso. En los almacenes del palacio de Malia, las tinajas están sobre un canalillo que desemboca en un recipiente de decantación destinado a recoger y aprovechar las posibles pérdidas de las vasijas. Para el aceite perfumado se empleaban unas jarras peculiares, que los arquéologos denominan «de estribo», a las que volveremos enseguida. Una tablilla de Pilo, Fr 1184, recoge una ecuación entre la cantidad de aceite que se asienta y el número de jarras necesario para su envasado; dicha ecuación nos permite conocer la capacidad de estas jarras, unos 13,7 1., que equivalen aproximadamente a una arroba de aceite aragonesa. En Cnoso hay indicios en los documentos de que se emplearon para el mismo fin odres de cuero de triple capacidad que las jarras mencionadas.

Industria textil

Hoy está claro que uno de los pilares de la economía micénica era una pujante industria textil respaldada por una importante ganadería

ovina. La comprensión de los distintos aspectos que presenta el complejo proceso de la manufactura de los paños se debe fundamentalmente a la obra de J. T. Killen, quien precisamente está completando un libro monográfico sobre la cuestión. Para reconstruir la industria textil micénica nos servimos no sólo de los datos aportados por las tablillas, sino también de los paralelos ofrecidos por los documentos orientales coetáneos, mucho más numerosos y prolijos que los conservados en los archivos micénicos. Las fibras textiles empleadas ya han sido tratadas antes: una de origen vegetal, el lino, y otra de origen animal, la lana, que requerían obreras especializadas para su hilado, diferenciándose las obreras de la lana, denominadas a partir del nombre de la rueca, de las trabajadoras del lino o «lineras». La distinción debe obedecer a que la torsión natural de la lana es hacia la derecha, mientras que la del lino es hacia la izquierda. Una vez hiladas las fibras, los hilos se montaban en el telar vertical, una innovación, probablemente micénica, que permitía un mejor trabajo a uno y otro lado de la tela, donde la urdimbre pendía tensada por pesas de telar. Es este telar el que sirve de logograma para anotar los distintos tipos de paños. Dado que existen juegos de tablillas donde se asientan cantidades de lana y el número y tipo de paños que se pretende fabricar con dichas cantidades, podemos establecer los pesos aproximados de cada variedad de paños y distinguir las prendas de uso personal de las fábricas destinadas a la decoración (tapices), de las que los frescos son simples sucedáneos. La tinción se efectúa probablemente antes del hilado de la fibra y pueden tejerse paños de un color uniforme, como ocurre en los casos en que las prendas son de color púrpura, o pueden ser blancos con decoración aplicada en forma de bordados, por lo general de color rojo, o de ribetes de compleja decoración cosidos en las costuras y remates de las prendas. Esta práctica ornamental se aprecia muy bien en los frescos micénicos y probablemente la confección de estos ribetes, cintas o pasamanos, requería técnica e instrumental peculiares y obreras especializadas, como parece desprenderse del análisis de la documentación (las *o-nu-ke-ja*).

La prenda de tipo personal es el *pharwos,* un término que aparece en Homero también, que representa la túnica corta con mangas. El faldellín micénico se denomina con un adjetivo que significa en rigor

«la (X) plegada» (*pu-ka-ta-ri ja*) y es con mucho la prenda más numerosa que recogen los archivos de Cnoso. En cambio, el dato de que para su fabricación se necesitaban un mínimo de 27 kg. de lana (un talento) hace que las piezas denominadas *te-pa* no puedan ser prendas de uso personal, sino una bién de los paralelos ofrecidos por los documentos orientales coetáneos, mucho más numerosos y prolijos que los conservados en los archivos micénicos. Las fibras textiles empleadas ya han sido tratadas antes: una de origen vegetal, el lino, y otra de origen animal, la lana, que requerían obreras especializadas para su hilado, diferenciándose las obreras de la lana, denominadas a partir del nombre de la rueca, de las trabajadoras del lino o «lineras». La distinción debe obedecer a que la torsión natural de la lana es hacia la derecha, mientras que la del lino es hacia la izquierda. Una vez hiladas las fibras, los hilos se montaban en el telar vertical, una innovación, probablemente micénica, que permitía un mejor trabajo a uno y otro lado de la tela, donde la urdimbre pendía tensada por pesas de telar. Es este telar el que sirve de logograma para anotar los distintos tipos de paños. Dado que existen juegos de tablillas donde se asientan cantidades de lana y el número y tipo de paños que se pretende fabricar con dichas cantidades, podemos establecer los pesos aproximados de cada variedad de paños y distinguir las prendas de uso personal de las fábricas destinadas a la decoración (tapices), de las que los frescos son simples sucedáneos. La tinción se efectúa probablemente antes del hilado de la fibra y pueden tejerse paños de un color uniforme, como ocurre en los casos en que las prendas son de color púrpura, o pueden ser blancos con decoración aplicada en forma de bordados, por lo general de color rojo, o de ribetes de compleja decoración cosidos en las costuras y remates de las prendas. Esta práctica ornamental se aprecia muy bien en los frescos micénicos y probablemente la confección de estos ribetes, cintas o pasamanos, requería técnica e instrumental peculiares y obreras especializadas, como parece desprenderse del análisis de la documentación (las *o-nu-ke-ja*).

La prenda de tipo personal es el *pharwos,* un término que 3 aparece en Homero también, que representa la túnica corta con mangas. El faldellín micénico se denomina con un adjetivo que significa en rigor «la (X) plegada» (*pu-ka-ta-ri-ja*) y es con mucho la

prenda más numerosa que recogen los archivos de Cnoso. En cambio, el dato de que para su fabricación se necesitaban un mínimo de 27 kg. de lana (un talento) hace que las piezas denominadas *te-pa* no puedan ser prendas de uso personal, sino una especie de tapiz, alfombra o cobertor, decorado y es muy probable que, a pesar de las dificultades del vocalismo, la forma micénica sea el antecedente del griego *tape–s y* de nuestro «tapiz». La gran tablilla textil KN Ln 1568 recoge 10 de estos «tapices» acompañados de los nombres de los responsables de los equipos que los fabrican y con unas especificaciones numéricas que no acabamos de entender. En la localidad de *se-to-i-ja* se planifica la fabricación de 40 «tapices» calificados con el adjetivo «regio», que debe ser probablemente una descripción de su calidad más alta. Difícilmente puede tratarse de productos textiles para ser consumidos en el interior y estamos probablemente ante una producción de elevada calidad destinada a la exportación. Esto que da claro con la presencia de un adjetivo en las tablillas de prendas personales, que puede ponerse en relación con el intercambio de dones, sistema de trueque mediante el que se canalizaba el comercio internacional en la segunda mitad del segundo milenio a. C.

Curtidos

Uno de los aspectos menos estudiados en el conjunto de la economía micénica es lo que pudiéramos llamar la industria de la piel, esto es, los tipos de piel, su procedencia, los procesos de su curtido, los productos curtientes, el destino y empleo de las pieles tratadas, los artesanos implicados y un largo etcétera. Sabemos que la obtención de pieles estaba sujeta a un sistema de exacción fiscal, que debería completarse con aportes de la renovación de los rebaños ovinos y la caza o la depredación controlada. En la serie fiscal Ma de Pilo el total de pieles vacunas exigidas es de 234; la serie Mc de Cnoso implica igualmente una aportación de pieles, en este caso de cabras, y en una gran tablilla de Cnoso (C 902) tenemos probablemente no una lista de bueyes, sino una aportación de pieles, ya que existen varios casos en que el logograma del animal sirve para anotar su piel. En este documento cada piel aparece acompañada de una partida de doce **170*, logograma para el que no hemos identificado el referente y que

aparece precedido de una abreviatura inicial que puede ser entendida como *ne*(*rvios*).

Además de las vacunas y caprinas, los micénicos utilizaron pieles de gamo, de cerdo y de morueco, para los fines más diversos. Una gran tablilla del taller de guarnicionería de Pilo (Ub 1318) recoge el destino de las pieles asentadas y los guarnicioneros abundan en las listas de personal. Las tenerías deben haber estado alejadas de los centros de población importantes por el hedor que desprenden y en el proceso de curtición debería darse también la tinción: tenemos testimonios de cuero rojo. Para ello era necesario un mordiente como el alumbre, que era objeto de importación.

Metales

De los documentos se deduce el empleo por parte de los micénicos de al menos cinco metales: oro, plata, plomo, cobre y estaño. Los tres primeros se atestiguan con sus nombres en diversos lugares, mientras que los dos últimos forman el bronce por aleación, sin que hasta ahora se hayan podido identificar los metales integrantes por separado en las tablillas. Del plomo apenas tenemos una mención y, aunque se ha supuesto para el mismo un origen occidental y hasta ibérico, por ciertas razones linguís ticas, la existencia de minas en Grecia continental y en Creta de donde se pudiera beneficiar plomo y plata (galena argentífera), invalida dicha hipótesis. También se atestigua una sola vez la plata y en un empleo extraño, quizá como ornato de unas ruedas de carro ceremonial, de las que se dice que tienen apliques de plata. Cuando menos, resulta extraño el desequilibrio entre las únicas menciones de plata y plomo en las tablillas y su frecuente hallazgo en los yacimientos arqueológicos.

El oro posee nombre y logograma. Su nombre es el que apa rece después en griego clásico *khrusós* (*ku-ru-so /khrusos/*) y se atestigua en las lenguas semíticas (arcadio *ḥuraṣu*, ugarítico *ḥrs*) por lo que se suele admitir un origen semítico para el término y la provisión del oro micénico, aunque hay quien sostiene que se trata en realidad de un término mediterráneo tomado en préstamo por las tres lenguas citadas. En la gran tablilla del oro de Pilo (Jo 438) aparece una serie de funcionarios locales con cantidades de oro que entregan al palacio. La

media de la aportación es de un cuarto de kilo y el total debe rondar los 6 ó 7 kilos. Desconocemos en qué forma se hace la entrega, pero debe de tratarse en todo caso de oro ya trabajado, ya que no hay arenas auríferas en Mesenia. El documento en cuestión, asociado con una requisa de bronce, de la que hablaremos enseguida, ha sido tomado como prueba de contribuciones extraordinarias para hacer frente a una situación grave, pero puede muy bien tratar se de un asunto rutinario, para el que nos falta mayor información al haberse perdido el encabezamiento del documento.

Son frecuentes, por otro lado, las menciones de oro como materia de vasijas e incrustaciones de mobiliario, lo que se compadece muy bien con la profusa aparición del oro en los yacimientos de época micénica, como podrá juzgar fácilmente quien visite la sala micénica del Museo Arqueológico Nacional de Atenas.

Como acabamos de mencionar, el estaño no se atestigua en las tablillas, a menos de que esté encubierto en un oscuro término (*ka-so*), que puede tener alguna relación con el nombre de este metal en griego clásico (*kassíteros*). Tampoco tenemos cobre. Hoy en día hemos de hablar de una fuente de suministro oriental para ambos metales, tal como lo confirman los hallazgos submarinos de lingotes de cobre y estaño, aunque no se puede descartar en absoluto una «conexión» occidental. El cobre procedía, por supuesto, de Chipre y el estaño de la costa asiática, adonde habría llegado desde el Afganistán en caravanas.

Nuestra información sobre el tratamiento de ambos metales, los lugares donde se procedería a la aleación, es prácticamente nula, ya que sólo la posterior forja del bronce está documentada en un juego de tablillas de Pilo, la serie Jn, donde se registran las distribuciones de bronce a diversos grupos de broncistas (*ka-ke-we /khalkēwes/*), asentados en localidades diversas que hemos de suponer próximas a bosques que facilitan el necesario com bustible para los hornos. Cada documento presenta un esquema similar: un primer asiento con los broncistas a los que se otorga un cupo de bronce («pesada» *ta-ra-si-ja /talansia/*) y con la indicación de su peso, y un segundo asiento donde se recogen aquellos artesanos que se quedan sin asignación de bronce. Ya mencionamos en su momento que las cantidades expresadas suponen en orígen lingotes enteros o sus segmentos naturales (mitades y cuartos), por lo que la distribución del trabajo se hace en la forja

correspondiente.

Se ha querido ver en lo menudo de las cantidades y, especialmente, en el número de broncistas sin asignación de metal un testimonio de la escasez de metal provocada por un supuesto bloqueo de las vías comerciales. Sin embargo, si estos documentos reflejan la actividad de tres meses del año pilio, podemos estar ante una sola de las distribuciones rutinarias que podían tener lugar a lo largo del año, en este caso la primera, y su poco monto puede deberse a la inexistencia natural del suministro derivada de la época del año, con el mar cerrado a la navegación por el invierno, desde el mes de septiembre anterior. La propia anotación de los broncistas sin cuota parece indicar que se tiene en cuenta tal circunstancia en previsión de una pronta llegada de suministros.

Alfares

Apenas tenemos noticias de la producción de envases cerámicos que la industria de aceites perfumados y el almacenaje del vino debían de exigir. Frente a la escasez de noticias, los hallazgos arqueológicos de cerámica micénica van cubriendo profusamente las orillas de la cuenca del Mediterráneo hasta alcanzar recientemente la península ibérica en Montoro, Córdoba. Una tablilla de Cnoso (K 700) parece ser un asiento de una producción cerámica en serie, ya que tenemos dos asientos paralelos de 300 vasijas, cuyo logograma se nos ha perdido, seguidas de 900 jarras de estribo, cuyo nombre micénico *ka-ra-re-we /khlarēwes/* se aclara gracias a una glosa en un léxico antiguo. En total 2.400 vasijas, una capacidad global de unos 28.000 litros. Por otro lado, el escriba 102 parece estar encargado de anotar otras partidas de distintos tipos de recipientes procedentes de alfares, designados con un término que hemos encontrado ya en contextos de equi pos de trabajos y en las forjas: *qa-si-re-wi-ja*, adjetivo formado sobre *qa-si-re-u*, cargo al que nos referimos ya.

Artesanía diversa: el ajuar de las tablillas Ta de Pilo

Uno de los juegos de tablillas más interesantes de Pilo lo constituye un grupo de doce documentos donde se recoge el inventario

del ajuar del palacio con ocasión de una «toma de posesión»: en el encabezamiento del iuego (Ta 711.1) puede leerse con claridad: «Así vió *Phugeg*^{W}*ris* cuando el monarca puso a Augeiwas de *da-mo-ko-ro*). Se trata, pues, de una inspección ocular de los objetos que pasan a la responsabilidad de Augias y que son mesas, escabeles, butacas, trébedes y otra vajilla, con una descripción detallada de las particularidades de cada pieza. Ello nos permite conocer que se trata de productos de la más fina artesanía.

Las mesas son de piedra, de marfil, de codeso, de tejo; están taraceadas con aguamarinas, turquesas, lapislázuli y cristal de roca, con oro y marfil, todo ello en motivos diferentes: espirales, nódulos, cilindros, figuras de personas, caballos, pulpos, frondas de palmera y cabezas de león y de sirena, potros, leones, aves y representaciones humanas. Son el equivalente en ebanistería de los esmaltes que decoran las dagas y vasos de metal micénicos.

Junto a estos ricos muebles, todo un surtido de vasijas de metal y diversos instrumentos metálicos también: braseros, badilas, despabiladores, fogoncillos, cazos, etc., para finalizar con la tablilla más breve (Ta 716), donde se recogen dos cadenas de oro «a uno y otro lado del trono», una doble hacha y dos espadas, el blasón del propio rey de Pilo, según se ha propuesto.

Otros muchos artesanos, encuadrados en equipos de trabajo dependientes de los palacios, debían de dedicarse a la fabricación de objetos de prestigio. Para algunos de ellos tenemos testimonios o pueden deducirse indirectamente de las tablillas: talladores de marfil, pavonadores de metal, orfebres, talladores de vasos de piedra, etc. Gran parte de sus productos estaban destinados a la exportación y la mayor parte de sus materiales de pendían también del comercio exterior.

Comercio

El transporte de las mercancías se realizaba principalmente por mar y esto es evidente en un país de costas recortadas e islas numerosas y cercanas. Pero la propia administración fuertemente centralizada de los reinos micénicos contaba con una red de caminos interiores que hacían más fácil el tránsito de las caravanas y, como

veremos, también los desplazamientos de efectivos militares. Poco ha quedado de este sistema, pero restos visibles de calzadas y de desagües (así en las proximidades de Micenas y en la región en torno a Pilo) permiten con frecuencia reconstruir su trazado. Estos caminos reales interiores eran protegidos por puestos de vigilancia (un fortín sobre el monte del Profeta Elías, que domina Micenas, parece haber tenido esta función) y es probable que su utilización implicase el pago de un peaje. Para el comercio exterior no había una red comparable, pero es seguro que las caravanas que transportaban el ámbar desde Jutlandia hasta el Adriático seguían rutas bien definidas a través de Europa.

Las dificultades del transporte terrestre imponían severas limitaciones al comercio, de manera que sólo artículos de poco peso y mucho valor eran susceptibles de ser llevados tierra adentro. Esta consideración es evidente y ofrece un oportuno correctivo para la impresión de que, a juzgar por los hallazgos de cerámica, los micénicos se limitaron a comerciar en el litoral sin penetrar en el interior de los países a los que arribaron.

Por el contrario, los barcos permitían un transporte voluminoso y barato, que absorbía la parte más importante del comercio micénico. Precisamente en los últimos años se han realizado descubnmientos que ponen en nuestras manos información precisa sobre la marina del segundo milenio. Se trata en primer lugar del hallazgo, en el fondo del Mediterráneo, en 1959-1960, de los restos de un barco que naufragó poco antes de 1200 a. C., frente al cabo Gelidonia (sureste de Asia Menor), y del que sólo se ha conservado una parte del casco gracias a que quedó empotrado en una grieta, mientras que el resto del barco, así como su cargamento menos pesado, ha desaparecido arrastrado por las corrientes marinas, que en este punto son especialmente violentas y cambian de dirección en un mismo día. Transportaba unos 500 kg. de lingotes de bronce, herramientas, cestería, cerámica para uso doméstico y algunos objetos preciosos. No sabemos si el barco era micénico, sirio o chipriota, pero en todo caso se dirigía de Oriente a Occidente.

A partir del verano de 1984 George F. Bass ha dirigido otra recuperación de un naufragio del siglo XIV a. C., hundido en Ulu Burun, cerca de Kaş, algunas millas al oeste del cabo Gelidonia. La

excavación, que aún continúa, permite asegurar que se trata de un barco vinculado al comercio micénico, si es que no era un navío propiamente micénico, con un cargamento de una riqueza y variedad excepcional, que abre prometedoras expectativas para la interpretación del comercio micénico en general y de algunos textos en particular. Un cargamento de este tipo permite acceder a un tipo de información que rara vez se puede recuperar: el estado de las materias primas antes de su transformación en objetos manufacturados. Así, junto a los lingotes ya conocidos de cobre y estaño, tenemos por vez primera lingotes de vidrio azul (cobalto), cuya existencia conocíamos por la do cumentación mesopotámica. Nos ha mostrado que existía un comercio de cerámica por sí misma, transportada en grandes tinajas, y no como meros envases. En su flete coinciden materias primas preciosas como el marfil en bruto, el ámbar y un tipo de falso ébano (probablemente el *ku-te-so* de las tablillas). Un objeto memorable, conservado en la tradición homérica, es el libro más antiguo conocido: se trata de una tablilla plegable de madera con charnelas de marfil y caras internas rebajadas para su recubrimiento con cera teñida de rojo con orpimente, la cual lleva en su borde al menos tres signos similares a las cifras de la lineal B. Cien ánforas cananeas aparecieron llenas de resina de terebinto, de trementina de Quíos, lo que da respaldo arqueológico a nuestra identificación de *ki-ta-no* como el nombre micénico de dicho arbusto.

En 1972, las excavaciones en la isla de Tera, en el poblado minoico encontrado bajo la lava del volcán, han sacado a la luz un fresco multicolor en el que aparecen las más importantes representaciones figurativas de barcos (ocho en total, cuatro de ellos completos) del segundo milenio en el Egeo. Son, por supuesto de barcos minoicos. aunque hay quien piensa que se trata en realidad de una armada micénica. En cualquier caso, no es arriesgado suponer que los barcos micénicos de hacia 1400-1200 eran muv semejantes. con quilla aplanada (lo que permitía arribar a puertos de poco calado y vararlos en playas), elevada proa espolón a popa (no como arma de ataque, sino como palanca para moverlos en tierra firme), un gran remo a popa a modo de timón, remeros dispuestos en fila cabina para pasajeros y una única vela. Con barcos así los micénicos llevaron a cabo su expansión por el Mediterráneo central, oriental y quizá incluso

occidental.

La navegación antigua con frágiles embarcaciones y sin otra guía que la observación del sol y las estrellas y el vuelo de palomas liberadas a bordo, rara vez se aventuraba por alta mar. Se guía más bien rutas costeras, aprovechando vientos favorables, recurriendo a veces a la fuerza humana de los remeros, pero también dejando el barco a la deriva. En efecto, un estudio reciente de las corrientes marinas superficiales en el Mediterráneo ha permitido trazar el mapa de la ruta natural que, en ambos sentidos, va desde la isla de Rodas, abraza Creta, sigue la costa oeste del Peloponeso, se dirige hacia el Norte, con Corcira (Corfú) como importante puerto de escala, hasta el canal de Otranto, que atraviesa para bordear luego el perfil de la bota de la Península Itálica hasta Sicilia. No es ninguna casualidad que la difusión de elementos micénicos hacia Occidente que atribuimos a actividades comerciales se realizase precisamente a lo largo de esa ruta.

Como hemos señalado más arriba, los hallazgos de cerámica micénica constituyen la principal fuente de información para de tectar la presencia de griegos en el mundo mediterráneo, como mercaderes, bien en puerto ajeno, bien en su propia factoría comercial, o como colonos. La calidad de su barro, la técnica de cocción a temperaturas superiores, la belleza de sus formas y el buen gusto de su decoración fueron las razones del éxito sin precedentes de esta producción en toda la cuenca mediterránea, de manera semejante a como ocurriría más tarde, en los siglos VI y V, con la cerámica ática. Los vasos, ánforas y jarras de estribo eran exportados no sólo como piezas de cerámica, sino, según ya vimos, como envases de vino, de aceites perfumados y de ungüentos. La industria textil estaba centrada fundamentalmente en la exportación, continuando una prestigiosa tradición de tiempos minoicos a juzgar por los tributos de telas con que figuran representados los *Keftiu* (cretenses minoicos) en las tumbas egipcias.

En otros casos los micénicos servían de intermediarios: así se admite que la difusión de cuentas de pasta vítrea para collares, que se fabricaban en Egipto hacia 1400 a. C. y que se han en contrado en las islas Lípari, en la Península Ibérica, en el sur de Francia, en Bretaña, en Inglaterra y en Europa Central, debió ser obra de los mercaderes micénicos, al menos en parte. La actividad de la industria del bronce

sefialada arriba exige un movimiento comercial de las materias primas, cobre y estaño de los que Grecia carecía.

A cambio de sus productos, las naves micénicas retornaban con cargamentos de cobre de la isla de Chipre, cuyo nombre (*Kupros*) valió también para designar ese metal. El estaño, que entra aproximadamente en un 10 % en la aleación del bronce antiguo, había que ir a buscarlo al Elam o a Occidente. Parece que Micenas tuvo en Egipto su principal proveedor de oro, que procedía de las minas de Nubia. Es curioso que el nombre griego del oro, *khrusós,* ya atestiguado en los documentos micénicos (*ku-ru-so*), sea un préstamo semítico, cuya introducción sólo puede atribuirse al comercio. El marfil, que luego tallaban primorosamente los artesanos micénicos para la ornamentación del mobiliario, como vimos, venía de Siria, donde desde 1600 está atestiguada la existencia de elefantes.

De las orillas del Báltico llegaba una materia preciosa como el ámbar, resina fósil muy apreciada para cuentas de collares por su color y su brillo, y por su poder como amuleto, gracias a sus misteriosas propiedades eléctricas. Atravesando Europa, las caravanas transportaban el ámbar hasta el Adriático, de donde los mercaderes micénicos lo llevaban a Grecia. No es casual que la mayor concentración de hallazgos de ámbar se dé en las tumbas de la costa oeste del Peloponeso, entre 1600 y 1400, fecha a partir de la cual parece haber decaído la moda de estas joyas.

Hay algún indicio reciente de que, a pesar de lo elevado de su producción, los micénicos de Creta importaban lana teñida desde Chipre, que debía de servir de intermediario entre las regiones productoras de lana del Próximo Oriente y los clientes del Egeo.

Monedas o patrones de cambios

Se ha discutido mucho sobre la existencia de un patrón de cambio que facilitara el intercambio en ausencia de moneda. No puede existir un comercio intenso y continuado sin la fijación de unos valores relativos. En sociedades primitivas el precio de un objeto se fija en cabezas de ganado. Que así sucedía también en la antigua Grecia, lo muestran los poemas homéricos, en los que se fija en bueyes el precio de una armadura. En este sentido, se ha pensado que los lingotes de

«piel de buey» eran una forma de moneda premonetaria, ya que algunos presentan marcas; su forma parecía la representación de una piel de buey, la unidad primitiva de equivalencia destinada a facilitar los intercambios comerciales. Sin embargo, parece claro hoy que la forma de los lingotes estaba pensada únicamente para su mejor manejo y transporte.

Aludíamos arriba a la vinculación del término *o-no* con la práctica del comercio. En dos documentos de Pilo *o-no* aparece con unos géneros expresados con términos escritos que aparecen acompañados por logogramas de otros géneros y sus correspondientes cifras: así una carga (*o-no*) de alumbre chipriota es seguida de 30 kg. de lana y 10 lienzos (Un 443.1); en otro lugar (Un 1322.4) un lienzo de fino lino aparece seguido de 480 litros de trigo. Es tentador ver en estas yuxtaposiciones la expresión de un contravalor.

Bibliografía comentada

Pueden verse las panorámicas generales de J. Chadwick, «L'économie palatiale dans la Gréce mycénienne», *Le systéme palatial en Orient, en Gréce et à Rome. Actes du Colloque de Strasbourg,* pp. 283-290,-y J. T. Killen «The Linear B Tablets and the Mycenaean Economy», *Linear B. A 1984 Survey,* Louvain-la-Neuve, Cabay, 1985, pp. 241-305. Para las raciones de cereal e higos, véa se R. Palmer, «Subsistence Rations at Pylos and Knossos», *Minos* 24, 1989, pp. 89-124. Sobre la práctica de maridar vides a higueras, véase J. L. Melena, «Allí donde al macho la hembra marida», *Apophoreta philologica E. Fernández-Galiano*, Madrid, 1984, pp. 151-158, y en *Res Mycenaeae*, Gottingen, 1983, p. 201. J. L. Melena, «El aceite en la civilizaci6n micénica», *Producción y comercio del aceite en la Antigüedad*, Madrid 1981, pp. 255-282 (una versión inglesa en *Minos* 18, 1983, pp. 79-123). Una visi6n general de las plantas industriales, con remi si6n a otros trabajos de detalle, puede verse en J. L. Melena, «La producción de plantas aromáticas en Cnoso», *Estudios Clásicos* 78, 1976, pp. 177-190. El lino micénico es estudiado en A. L. H. Robkin, «The Agricultural Year, the Commodity *SA* and the Linen Industry of Mycenaean Pylos», *American Journal of Archaeology* 83, 1979, pp. 469-474. sobre ovejas, lana y esquiladores, véase J. L. Melena, «On the Linear B Ideogrammatic Syllabogram *ZE*», *Minos* 20-22, 1987, pp. 389-457, pero sigue siendo fundamental la obra de J. T. Killen, «The Wool Industry of Crete in the Late Bronze Age», *Annual of the British School at Athens* 59, 1964, pp. 1-15. Para la industria perfumística puede verse también el libro de C. W. Shelmerdine, *The Perfume Industry of Mycenaean Pylos*, Göteborg, 1985. El naufragio de Ulu Burun ha sido presentado para el gran público en G. F. Bass,

«Oldest Known Shipwreck Revels Splendors of the Bronze Age», *National Geographic* 172:6, December 1987, pp. 693-732. Una obra clásica sobre el comercio en el segundo milenio es la de W. CULICAN, *The First Merchant Venturers. The Ancient Levant in History and Commerce,* London, Tha mes and Hudson, 1966. Para el contexto documental del comercio véase M. HELTZER, «The Trade of Crete and Cyprus and their Eastern Tin Sources in the XVIII-XVII century B.C.», *Minos* 24, 1989, pp. 7-28.

Capítulo X
LA RELIGIÓN MICÉNICA

EN 1952, el profesor sueco Martin P. Nilsson escribía en su *Historia de la religión griega*:

> «Debemos tratar de formarnos, ante todo, una idea de la religión de la Edad del Bronce, la religión cretomicénica. Material no falta. Buena parte de los abundantes restos arqueológicos tienen un claro significado religioso. Sin embargo, la religión cretomicénica resulta un libro con ilustraciones pero sin texto.»

Con el desciframiento de la lineal B poseemos ahora este texto, un texto escueto, pero suficiente para conocer los rasgos principales de la religión micénica. Nilsson hablaba de una religión creto-micénica o minoico-micénica, como reza el título de otra importante monografía suya. No pensaba, sin embargo, que se practicara la misma religión en Creta y en el continente griego en las últimas fases de la Edad del Bronce, sino que se trataba del simple resultado de no poder distinguirla con los meros datos arqueológicos. Aunque hoy en día se ha avanzado grandemente en el discernimiento de lo minoico y de lo micénico, todavía existen partidarios de una *koiné* religiosa minoico-micénica.

Sin embargo, en lugar de una religión homogénea, debieron de existir al menos cuatro sistemas religiosos en el Egeo en el período que nos ocupa, como ha puesto de manifiesto R. Hägg:

1) una religión minoica genuina en Creta, antes de caer la isla bajo la influencia micénica;

2) una religión heládica en el continente, de la que quedan escasísimos restos en el HM, quizá de carácter mixto, indoeuropeo y pregriego;

3) un sincretismo minoico-heládico en el continente, esto es, la religión propiamente micénica;

4) un sincretismo heládico-minoico en Creta, especialmente en Cnoso, atestiguado en los documentos de este archivo.

Para los dos primeros sistemas sólo tenemos el testimonio de la arqueología, mientras que para los dos últimos tenemos la información de las tablillas. No debemos engañarnos, no obstante, sobre el carácter de los datos escritos que poseemos: las tablillas micénicas son documentos contables, económicos, y los aspectos religiosos estarán siempre contemplados desde esta perspectiva: dioses, santuarios, cultos, sacerdotes sólo se mencionarán en cuanto consumidores de bienes cuya naturaleza y movimientos queden dentro de la esfera de la administración palaciega. La religiosidad popular, las mitologías, las ceremonias y el sistema religioso en su conjunto sólo pueden ser iluminados desde la arqueología y la comparación de las religiones.

Los dioses

Un repaso rápido a la lista de divinidades de las tablillas nos muestra que los grandes dioses griegos del primer milenio, con la excepción de Apolo, se encuentran ya atestiguados. Zeus, Hera, Posidón, Artemis, Atena, Hermes, Ares y su advocación, Enialio, Dioniso. Junto a ellos, una serie de divinidades de distinto origen, cuyo nombre no sobrevivirá al final de la civilizacion micémca.

Potnia

De entre todos los dioses, quizá quien posea la mayor relevancia sea una divinidad femenina, por lo general designada con el respetuoso apelativo de la Señora (*po-ti-ni-ja /potnia/*), apelativo que en griego posterior acompaña a determinadas diosas. En nuestra documentación puede aparecer el título solo o puede ir acompañado de una determinación variable que convierte al referente en una advocación precisa, algo parecido a lo que ocurre en las religiones cristianas con la Virgen, que aparece definida por multitud de advocaciones (Virgen de los Hitos, del Pino, del Coro, del Pilar, etc.). En Cnoso la Señora aparece en cuatro documentos. Recibe un envío

de 22 lienzos en una fecha determinada (Oa **745**) y un ánfora de miel (Gg 702.2). Las ofrendas de telas a los dioses constituyen práctica común y la miel, aparte de su función edulcorante, es un intoxicante muy primitivo que desempeña un papel importante en el ritual griego antiguo y también en el minoico.

En esas dos ocasiones el título aparece precedido de un genitivo *da-pu*$_2$*-ri-to-jo /Laburinthoio/* «del Laberinto». Se trata por lo tanto de la advocación de Nuestra Señora del Laberinto, cualquiera que sea la explicación última de este oscuro término (¿la casa del hacha, esto es, el palacio de Minos?). En otro documento (M 729) recibe otro paño, pero la tablilla está fragmentada y es posible que también precediera al título un genitivo. El último testimonio de la Señora aparece en una tablilla de gran importancia para la religión, V 52 + 52 bis + 8285

.1 a-ta-na-po-ti-ni-ja 1 u[ ] *vest.*[
.2 e-nu-wa-ri-jo 1 pa-ja-wo-ne 1 po-se-da[-o-ne 1
Lat. inf. · e-ri-nu-we,

Los teónimos en dativo denuncian que se trata de una ofrenda de algo que no podemos determinar. Desconocemos igualmente el criterio con el que se han ordenado los envíos. Falta un fragmento a la derecha, pero es muy probable que sólo se hayan anotado cinco o seis nombres en su anverso, de los que el último es Posidón. El primero, sin embargo, es la Señora, esta vez precedida de lo que puede ser también un genitivo, *a-ta-na /Atha–na–s/* «de Atena», aunque otras interpretaciones son igualmente posibles.

Lo que realmente llama la atención en Cnoso es que determinados rebaños de ovejas (en documentos Dl de la mano 118) aparecen descritos con el adjetivo *po-ti-ni-ja-we-jo,* formado claramente sobre el título en cuestión y que volveremos a encontrar en Pilo. Dos tablillas de la serie Dp recogen el total de la lana producida por dichos rebaños. La Señora tiene adscritos unos rebaños y sus productos, de la misma manera que otros personajes del reino. La ausencia de mayor concreción indica que los rebaños pertenecían a la Señora por antonomasia, que hemos de suponer que era la que recibía culto en el palacio.

En Pilo el número de advocaciones es mayor:

1) La Señora de Asia (*po-ti-ni-ja a-si-wi-ja*), mencionada una sola vez en un envío de aceite perfumado.

2) La Señora de los Marjales (*e-re-<e->wi-jo-po-ti-ni-ja*) aparece mencionada también una sola vez. Esta advocación la conserva Afrodita en la isla de Cos en la época clásica.

3) La Señora de los Caballos (*po-ti-ni-ja i-qe-ja*), que aparece una sola vez en una interesante tablilla (An 1218) en la que se registra el personal artesano, probablemente curtidores y guarnicioneros, adscrito a su sede. El documento fue encontrado en los talleres de Pilo, junto a cuya entrada se localizó un altar y dependencias religiosas.

4) La Señora de *U-po* (*u-po-jo-po-ti-ni-ja*) es la de mención más frecuente (tres veces, tal vez cuatro) con el santuario localizado en *pa-ki-ja-na* (Fr 1236.1), por lo que puede ser la receptora de la primera ofrenda de Tn 316, que estudiaremos más adelante. Si los destinatarios enumerados en Un 219 son los incluidos en una lista de distribuciones de cebada e higos, esta divinidad puede aparecer con el mero título de la Señora, con lo que habría que aumentar sus testimonios en dos tablillas más. Al igual que en Cnoso, tenemos al menos una mención de que un rebaño de 10 ovejas y una piara de 190 cerdos pertenecen a la Señora (Cc 655). Pero su participación en la economía de Pilo no se limita a la ganadería y agricultura (Eb 364, Ep 613), en la que toda una aldea parece pertenecerle (Eq 213.5), sino que posee establecimientos industriales de forja en al menos dos localidades (en *a-ke-re-wa* Jn 310 y en **a-pe-ko* Jn 431) y un taller de perfumes (Un 249), que vienen a añadirse a la guarnicionería localizada en el propio palacio ya mencionada. En las excavaciones de la coetánea Kition, en Chipre, se han puesto al descubierto los restos de una fundición encuadrados en el área de un templo, junto a las murallas de la ciudad.

En Micenas la Señora aparece en tres tablillas similares en las que se asientan diversas partidas de un género indeterminado (logogramas **134/*190*) dirigidas a la diosa y a una serie de artesanos (Oi 701, 702, 704). En una ocasión el título aparece precedido de una advocación: «la Señora de las Mieses» (*si-to-po-ti-ni-ja*). Este juego de tablillas fue encontrado en 1960, dentro de la acrópolis de Micenas, en la llamada «Casa de la Ciuda dela». Posteriormente las excavaciones de Lord W. Taylour en 1968 y 1969 han puesto al descubierto todo un centro cultual, al este de la «Casa de la Ciudadela», con sus capillas, sacristías y almacenes, recuperándose incluso los objetos de culto, imágenes de los dioses, serpientes y exvotos. A este complicado

centro religioso se llegaba por una notable avenida procesional en zigzag. Uno de los santuarios estaba decorado con frescos que han podido ser recuperados en parte y hoy se conservan en el Museo de Nafpli. Sus inquilinos eran tres diosas; dos de ellas están de pie y la tercera, sentada, que parece ser una diosa de menor rango, ya que está representada en una escala menor que las otras dos. En cada mano lleva algo en forma de llama, de color rojo brillante, que muy probablemente es algún tipo de cereal. Es la misma representación que aparece en una tapadera de marfil de Ras Shamra. Es muy probable que sea la representación de la Señora de las Mieses.

En las distribuciones de lana de Tebas encontramos una partida destinada a la «casa de la Señora», para la tundidora. En estas tablillas se dan dos términos distintos para esto que traducimos como «casa», según su inquilino sea divino o humano. En el caso de la Señora, Chadwick piensa que el envío va al cercano lugar de Potnias, donde en época clásica existía un culto a De méter (la Señora de las Mieses) y su hija Core.

La Señora es sin duda la divinidad femenina más presente e importante de la religión micénica. Es interesante observar que, en la representación del fresco de Micenas, la diosa lleva el típico tocado minoico, indicio de que nos encontramos ante un sincretismo minoico-micénico con continuidad del culto a la vieja Madre Tierra, la Gran Diosa minoica.

Otras diosas

Junto a la omnipresente Señora micénica hallamos otras divinidades femeninas que se atestiguan con frecuencia claramente menor. De Pilo conservamos un documento de excepcional valor religioso y sobre el que nos detendremos más adelante (Tn 316). Entre las diosas, además del de la Señora, aparecen ocho nombres, que no vuelven a atestiguarse en la documentación preservada. Sólo tenemos más información para una de ellas, Día, de la que sabemos que tiene servidores masculinos y femeninos. Su nombre (*di-wi-ja* o *di-u-ja /Diwya/*) es en rigor el femenino del nombre de Zeus, por lo que hay que suponer que se trata de la paredra del gran dios celeste indoeuropeo, sustituida principalmente por la argiva Hera, que se

atestigua a su lado en el mismo documento, salvo en Panfilia, donde vuelve a documentarse su existencia en el primer milenio. Hera (*e-ra*) aparece también en los envíos de lana de Tebas y la grafía micénica arruina la etimología con que se explicaba el nombre de la diosa (*Serva*, la «Libradora»). Otra clara paredra de un gran dios es Posidaia (*po-si-da-e-ja /Posidaheia/*), claramente un derivado femenino del nombre de Posidón, que no se conserva en época clásica. Tres diosas llevan nombres parlantes: la «Bovina» (*qo-wi-ja*, que recuerda el apelativo homérico «de mirada—o aspecto—de vaca» para Hera), la «Melenuda» (*ko-ma-we-te-ja*, que reaparece en las ofrendas de lana de Tebas) y *Pe-re-twa* (diosa «venerable», acaso el antecedente micénico de Perséfone). Otra más, Ifimedea *(i-pe-me-de-ja*), recuerda de cerca a Ifimedia, la diosa menor que tuvo dos hijos con Posidón. El teónimo femenino restante de Tn 316 es *ma-na-sa*, de difícil interpretación.

En la Grecia del primer milenio Artemis era una diosa muy popular. Sin embargo, sólo recibe atención una vez en toda nuestra documentación y en condiciones poco claras. Se trata de una lista de envíos de géneros de difícil identificación, ya que están asentados con logogramas acrofónicos (*O*, *PE*, *KA*, *RA*, *TE*, *E*, *U*, *KE*, *WI*); sus receptores (sus nombres están en dativo) son tanto gentes de oficio y personajes del reino, como dioses: la Señora, Hermes y Artemis (*a-ti-mi-te /Artimitei/*), uno de cuyos servidores sabemos que posee unas tierras de una fanega de superficie (PY Es 650.5). Y nada más. Ya dijimos que es posible que el culto a Artemis de Amarinto existiera ya en época micénica, pero la realidad es que la presencia de esta diosa en las tablillas es puramente testimonial.

La nómina de las diosas pilias se cierra con una extraña Madre Divina (*ma-te-re te-i-ja*) que recibe una ofrenda de aceite perfumado (Fr 1202).

En Cnoso, como era de esperar, encontramos reliquias del panteón femenino minoico (*pi-pi-tu-na,* con un pretendido sufijo luvita —*unna* que reaparece en Dictina, *Diktunna*) junto a la presencia de dos importantes diosas no atestiguadas en el continente. Una es *qe-ra-si-ja,* que ocupa la posición más prominente, como puede verse en las ofrendas mensuales de aceite perfumado que hace el palacio (juego Fp de la mano 138) y que, en su forma más simple, establece la distinción de una ofrenda dedicada a «todos los dioses» *pa-si-te-o-i* y otra a *qe-*

ra-sij-a, las dos de la misma entidad. Dado que *Thērasia* era otro nombre antiguo de la isla de Tera, esta *Kh*^{W}*ērasia* puede ser la diosa de aquella isla, de modo que su importancia en el culto cnosio puede ponerse en relación directa con el recuerdo del cataclismo de la isla y una finalidad evidentemente apaciguadora.

En Gg 705.1 se asienta la remesa de una jarra de miel «A Amniso, para Ilitía». El nombre micénico de la diosa es *Eleuthia* (*e-re-u-ti-ja*) y se trata de la misma diosa llamada *Eileithuia* en la *Odisea* (19.188 s. «Y se detuvo en Amniso, donde la caverna de Ilitía, | en varaderos poco practicables, y a duras penas escapó de las galernas»). La caverna se encuentra en las colinas tras la playa de Amniso y recibía culto en la Edad del Bronce. Su nombre tiene que ver con una base indoeuropea que significa 'libre de carga' y explica la función de la diosa como partera. Recibe ofrendas de lana en tres documentos de Cnoso, aunque su finalidad puede ser otra que la meramente religiosa.

Veíamos que en la tablilla donde se nos atestigua la Señora de Atena, en su borde inferior, aparecía *e-ri-nu-we* en un asien to que posteriormente fue borrado por el escriba (este es el significado de los corchetes dobles en la edición). El teónimo aparece en nominativo en otro lugar (Fp 1.8) y es transcrito como *Erinus* (*e-ri-nu*). Esta figura es en época posterior una divinidad plural, las Erinias, las diosas de la venganza.

Entre las ausencias de diosas, extraña la de Deméter, aunque sus funciones clásicas están representadas por la Señora de las Mieses y la de los Caballos, y se ha querido ver también a su hija Perséfone en la deidad que transcribimos como *pe-re-twa.*

Posidón y Zeus

En la distribución del mundo divino, el papel preponderante corresponde al gran dios celestial, Zeus, el dios del día, aunque se reparte con sus hermanos la soberanía territorial: Zeus rige el cielo, Posidón la mar y Hades el mundo inferior o infernal. Este último no aparece en la tablillas micénicas y poco sabemos de las creencias de ultratumba de los micénicos, fuera de las deducciones que pueden hacerse del estudio de los ajuares funerarios.

Posidón es un dios importante en Pilo y esta tradición se conserva

en la *Odisea.* En Cnoso sólo aparece su nombre en un par de documentos, uno de ellos la tablilla V 52 transcrita arriba y el otro apenas un fragmento con su nombre en genitivo. En Pilo, sin embargo, es una divinidad que recibe frecuentes envíos de ofrendas de aceite perfumado, en festividades especiales, y a la que destinan sacrificios de cerdos, ovejas y otros, como las *suovetaurilia* romanas, y otra serie de productos que sugieren la celebración de banquetes en su honor. No obstante, es su presencia fiscal quizá el dato más concluyente a la hora de calibrar la importancia de este dios. Puede deberse a un capricho del azar la conservación de la documentación relativa a las «contribuciones» (*do-so-mo /dosmoi/*) a Posidón, pero es sospechoso que este mecanismo no se atestigue con otros dioses y la razón puede ser otra que el mero accidente. Las «contribuciones» de Posidón están vinculadas al beneficio de determinadas fincas. Que los usufructuarios de estos terrenos no pertenecen al clero (o a la casa, en sentido más amplio) de Posidón parece claro por el hecho de que uno de ellos, un tal *Aigiwaros* o *Aigiwalos,* es siervo de Ártemis. Se ha intentado establecer el sistema con que se distribuyen las cargas de un área sagrada (o *hierá khōrā)* de Posidón, pero el resultado no es convincente. Quizá nos hallamos ante un gravamen agrícola frente al Estado, representado por el dios nacional, tal como aparece en la *Odisea,* Posidón.

Sin entrar en los peligros de la especulación etimológica, el nombre de Posidón es claramente un compuesto, cuyo primer miembro presenta una forma alternante *Posei-/Posi-* y el segundo miembro reaparece en el nombre de otra divinidad en Cnoso, *e-ne-si-da-o-ne* (dativo), compuesto también cuyo primer miembro aparece probablemente en uno de los epítetos más frecuentes de Posidón, *Ennosígaios,* «sacudidor de la tierra». Si la forma micénica es el antecedente de dicho epíteto (se ha intentado ver en una raíz **da- o* **das-* el nombre de la «tierra», que aparecería en *Deméter*, la Madre Tierra), estaríamos ante un caso más de existencia independiente de una divinidad que en época posterior aparece incorporada a otro dios como simple epíclesis.

El padre de los dioses, Zeus, se atestigua muy pocas veces, pero siempre con indicación de su preeminencia. En una gran tablilla de Cnoso donde se recogen las ofrendas de aceite a distintas divinidades

en el mes de Deukios, el Zeus Dicteo ocupa la primera posición. En PY Tn 316, que estudiaremos enseguida, comparte su santuario en *pa-ki-ja-na* con la argiva Hera y su hijo Drimio. Da nombre a un mes y un buen número de personas en Cnoso, Pilo y Tebas llevan nombres derivados del de Zeus.

Otros dioses

De las deidades olímpicas masculinas de la época clásica, sólo de Apolo carecemos de un indicio fiel de su existencia. Hefesto aparece sólo en un nombre personal derivado del divino. De Dioniso tenemos en Pilo dos testimonios fragmentarios y quizá un individuo lleva también un nombre formado sobre el del dios; con todo, es importante esta aparición, ya que se pensaba que Dioniso era una incorporación reciente, postmicénica, al panteón olímpico.

Uno de los nuevos fragmentos de Cnoso hallados en 1984 nos ofrece un testimonio más del nombre de Hermes en este centro, que hasta entonces se limitaba a una oscura anotación en una tablilla en la que se recogen 60 ovejas con 30 corderos (D 411). Aparece en Pilo, quizás detrás de Hera, en una distribución de géneros que no somos capaces de identificar, aunque en Tebas participa de las remesas de lana a dioses y santuarios en la serie Of. En la gran tablilla Tn 316 de Pilo aparece con un epíteto *Areias*, que nada tiene que ver con un derivado de Ares. Extraña, sin embargo, su presencia en un documento fragmentario, pero que debe tener que ver con exenciones de linares (PY Na [ex Xn] 1357), como puede fundarse en su relación con Nn 831.

Ares aparece en Cnoso y Tebas, y en denominaciones de individuos basadas en el nombre del dios se atestigua igualmente en Pilo. Su epíteto *Enualios* aparece como deidad independiente, como vimos. En Cnoso hay dos dioses menores: uno es *pa-de(-i)* (dativo), cuya presencia es bastante importante. No ha podido ser reducido a una forma griega y puede muy bien tratarse de un dios minoico. El otro es *Paiawo–n*, precedente del clásico *Paian,* epíteto de Apolo. Otro dios que hasta ahora no encuentra sucesor en época clásica es *ma-ri-ne-u*, patrono de un establecimiento en Cnoso y que aparece también en el juego Of de Tebas y en un documento de Micenas. La

tablilla PY Tn 316 contiene dos nombres de dioses masculinos: *ti-ri-se-ro-e* (dativo) «Tresveceshéroe», y *do-po-ta*, «Señor de la casa», que probablemente son figuras del culto heroico a los antepasados.

Los santuarios

Las menciones de los santuarios de los distintos dioses se realizan mediante el empleo de varios términos que designan la casa o santuario de la divinidad. El primero de ellos es el adjetivo sustantivado que en épocas posteriores se seguirá utilizando a tal efecto, *i-je-ro /hieron/* «el sagrado», sin que sepamos qué sustantivo neutro ha de ser sobreentendido. Se atestigua en Cnoso y Pilo y suele ir precedido de un topónimo que localiza el santuario en cada caso. El segundo ya fue mencionado; se trata de la «casa» (*wo-ko/wo-i-ko*) de la Señora en Tebas y se utiliza también en Cnoso y quizá en Pilo. El tercero se deduce de una locución que significa «en la Sede» (*o-pi-e-de-i*), que mencionábamos arriba. Esta mención es de importancia capital, ya que hace referencia no a un santuario en el sentido amplio del término, sino más bien a un emplazamiento concreto dentro del complejo arquitectónico del palacio. El término clásico para templo, *naós*, aparece en las tablillas en una forma adjetival para calificar un tipo de bronce que es requisado en una situación de emergencia *ka-ko na-wi-jo /khalkos nawwios/*).

Es frecuente, no obstante, encontrarnos con que las referencias a los santuarios se realicen en las listas de ofrendas con la mera mención del nombre del santuario, seguido de una partícula lativa. Así por ejemplo en Cnoso se dirigen ofrendas al Dicté (*di-ka-ta-de*), al Dedaleo (*da-da-re-jo-de*), etc. empleando este sistema simplificado, como ocurre también en Pilo. Quizás las menciones de topónimos con esta partícula lativa que aparecen en tablillas y nódulos de Tebas sirvieran también para el mismo fin.

Otro sistema simple es el empleo de adjetivos formados sobre los teónimos aplicados claramente a un *hierón* o *woikos* no expresos. En la gran tablilla de las ofrendas de Pilo tendremos ocasión de ver varias de estas referencias. Hay, por otra parte, varios tipos de datos para suponer que cerca del palacio existió una especie de santuario denunciado no sólo por las ofrendas que recibe, sino porque

conservamos la distribución de la propiedad de la tierra de dicha zona y vemos que abundan los propietarios que tienen estrechas conexiones religiosas (sacerdotes, sacerdotisas, claveros, servidores de los dioses). Se trata de *pa-ki-ja-na,* que ha sido identificada por Chadwick con la zona de Volimidia, Jora, 3 km. al norte de Epano Englianós, donde en época posterior se otorgaban honores divinos a las tumbas micénicas allí sitas.

Se ha pensado que el palacio micénico constituía el principal lugar de culto en época micénica y la continuidad del culto en el primer milenio en los antiguos emplazamientos palaciegos así parecía confirmarlo. Por lo tanto, varias de las referencias documentales a distintos santuarios pueden hallar su ubicación física dentro del propio palacio. Sin embargo, esta posición se mantenía sobre todo por la falta de testimonios arqueológicos de otros lugares de culto, a pesar de que en la documentación quedaba claro, como hemos visto, la existencia de áreas cultuales fuera de los propios palacios. La situación hoy es distinta, ya que las excavaciones nos han proporcionado algunos de estos centros de culto externos, de los que quizá el mejor definido y el más instructivo sea el de Micenas, al que hemos hecho referencia con anterioridad. Es interesante reseñar dos hechos: el primero es la existencia de una serie de capillas con sus correspondientes puertas y su parafernalia religiosa; la segunda es la presencia de zonas de talleres y de sacristías, aquéllos denunciados por el descubrimiento de herramientas y materias primas a medio trabajar, junto con un elemental sistema de contabilidad por medio de fichas de arcilla, cuya función recuerda la de los nódulos tebanos. Esta vinculación de las áreas cultuales a esferas de la producción había sido ya señalada por el análisis de la documentación escrita.

Los cultos

La reconstrucción de los cultos es difícil y en ella intervienen varios elementos. Es posible recuperar información preciosa de la interpretación de los programas pictóricos plasmados en los frescos que visten los espacios religiosos y de la propia organización arquitectónica de los mismos. La glíptica abunda igualmente en escenas cultuales, pero por lo general éstas siguen una tradición

minoica. La parafernalia hallada en los santuarios permite también en ocasiones deducir los motivos y modos de su empleo. Los textos, sin embargo, son parcos. Si el culto consume bienes de la órbita de la administración, aparecerá reflejado en una lista de ofrendas, que muchas veces no tiene por qué tener una estricta finalidad cultual. Ya mencionamos la existencia de unas listas de ofrendas de aceite a dioses (tablillas Fp del escriba 138) en Cnoso. El testimonio de los meses será utilizado en el capítulo siguiente con otro objeto; lo que nos interesa señalar aquí es que las cantidades de aceite nos permiten establecer una distinción entre dioses mayores y menores y, lo que es más importante, que las cantidades son demasiado elevadas para suponerlas una finalidad cultual, por ejemplo, para la protección de las imágenes de madera (*xóana*) de los dioses, como ocurre en Oriente. Puede tratarse en este caso de combustible para lamparillas, que entra dentro de lo que es una finalidad cultual. No puede decirse lo mismo, por el contrario, de las partidas del juego Fs de Cnoso, que son envíos conjuntos de cebada, higos, aceite, harina y vino a una serie de destinatarios entre los que se encuentran algunos nombres de dioses, si no lo son todos. Es evidente que se trata de raciones para el personal de los santuarios en cuestión. Por lo tanto, la seguridad de un empleo cultual de los géneros depende de la interpretación, de la coherencia de los envíos y de la mención expresa de la ocasión de los mismos. Ya apuntamos en su momento la existencia de ofrendas de miel y de lana, cuyo papel en el culto pervive en el primer milenio. Pocas veces sabemos, sin embargo, si existe una relación directa entre las ofrendas y fechas determinadas o festivales. La serie Fr de Pilo algo aporta al respecto. Aquí se dan una serie de dativos oscuros que bien pueden encubrir nombres de festividades y ocasiones especiales en el calendario cultual. En tres ocasiones se dan dos compuestos que parecen hacer referencia claramente a un festejo o práctica cultual; el primero puede ser la forma micénica de lo que los latinos denominaron *lectisternium*, el banquete con el que se agasajaba a los dioses, haciéndolos participar con la presencia de sus imágenes a la mesa en literas. El segundo puede ser el antecedente micénico de la festividad anual en la que se lleva a la divinidad un manto bordado y se sustituye el viejo (*to-no-e-ke-te-ri-jo /thornohelkterion/*).

De todos los documentos de tipo religioso, PY Tn 316 es el de

mayor importancia por derecho propio. Lo que sigue es un intento de presentarlo en traducción:

recto .1 En [el mes de] Plowisto
.2 Se celebra una consagración en Esfagianes, se portan presentes y víctimas
.3 EN PILO se conducen: para la Señora: VASO DE ORO 1, MUJER 1;
.4 para Manasa: VASO DE ORO 1, MUJER 1, para Posidaia: VASO DE ORO 1, MUJER 1;
.5 para Tresveceshéroe: VASO DE ORO 1; para el Señor de la Casa: VASO DE ORO 1. (en blanco)
.6-9 {(en blanco)
.10 EN PILO

verso .1 Se celebra una consagración en el santuario de Posidón y marchan en procesión los habitantes de la ciudad.
.2 Se portan presentes y se conducen víctimas
.3 EN PILO VASO DE ORO 1, MUJER 1 para la Bovina [ ] Melenuda.
.4 Se celebra una consagración en el santuario de Venerable y en el de lfimedia y en el de Día,
.5 se portan presentes se con<ducen> víctimas: para la Venerable: VASO DE ORO 1, MUJER 1;
.6 para Ifimedia: VASO DE ORO 1; para Día: VASO DE ORO 1, MUJER 1;
.7 EN PILO para Hermes Areias: VASO DE ORO 1, HOMBRE 1 .
.8 Se celebra una consagración en el santuario de Zeus, se portan presentes y se conducen víctimas:
.9 para Zeus: VASO DE ORO 1, HOMBRE 1; para Hera: VASO DE ORO 1, MUJER 1;
.10 para Drimio. hijo de Zeus: VASO DE ORO 1[
.11 EN PILO
.12 (en blanco)

Es un documento singular, ya que no hay nada semejante en todo el archivo de Pilo. La tablilla en sí presenta numerosas huellas de reelaboración y parece que el escriba dudó mucho antes de dar con la fórmula idónea para escribir el texto. Se ha sugerido que fue escrito en dos momentos distintos, lo que se opone a la propuesta de Chadwick de considerarlo apresuradamente escrito en las circunstancias difíciles que precedieron a la caída del palacio de Pilo. Otros estudiosos abundan recientemente en la opinión de que el rito reseñado es rutinario.

El texto está fechado en un momento especial, en el mes de

Plowistos, que, según brillante idea de Palmer, debe corresponder al mes de la Navegación. Para la acción religiosa se emplea en cuatro ocasiones una fórmula complicada, cuyo primer verbo, traducido arriba por «tener lugar una consagración», puede significar «sacrificar». Los otros dos verbos tienen un significado próximo y cada uno lleva su complemento, presentes y víctimas: los primeros son una serie de vasijas de oro (en total, trece) y los segundos, diez seres humanos, de los cuales dos son hombres y ocho mujeres, distribuidos según el sexo de la divinidad a la que se destinan. Se ha sugerido que se trata en realidad de víctimas destinadas a ser sacrificadas, pues en época micénica se practicaba el sacrificio humano según la tradición (recordemos el sacrificio de Ifigenia en la playa de Aulide) y a juzgar por algunos hallazgos arqueológicos. Un estudio reciente sobre los términos que designan a estas «víctimas» propone que los sacrificios humanos no constituían algo excepcional, sino que formaban parte de la rutina administrativa. Sin embargo, debe insistirse que Tn 316 no es un documento rutinario en su contenido económico: trece vasos de oro representan una ocasión muy especial. Por otro lado, hemos visto que los dioses micénicos tenían unos intereses económicos tangibles y agradecerían más la cesión de un exvoto humano que unir al conjunto de sus servidores, que su sacrificio.

Por lo demás, Tn 316 nos muestra cómo estaban organizados los santuarios mencionados: en el de *pa-ki-ja-na* hemos de suponer al menos cinco «capillas»; en el de Posidón, además del titular, hay dos divinidades femeninas; en el de Zeus está el titular con su paredra Hera y su hijo Drimio. La existencia de varias capillas y sacristías con sus correspondientes puertas ha sido ya señalada para el centro cultual de Micenas. Allí las divinidades podrían recibir culto una por una o en festejos conjuntos, como sugiere el arqueólogo griego J. Bulotis, lo que explica tanto la fórmula general de «a Todos los Dioses» como la existencia de una Clavera (*ka-ra-wi-po-ro /klāwiphoros/*) en *pa-ki-ja-na*, que tuviera bajo su control el acceso al recinto de cada divinidad.

Otra tablilla interesante es PY Un 6, a la que desgraciadamente le falta el encabezamiento. Está dividida en parágrafos y en el más completo del anverso aparece el teónimo *pe-re-twa* seguido por dos partidas de una vaca, una oveja, una jabalina(?) y dos puercas. En el parágrafo anterior parece que se asentaban idénticas partidas referidas

a Posidón. Todo apunta a que se trata de una *suovetaurilia*, tal como la practicaban los romanos. En el reverso se asientan unos tapices para la sacerdotisa y la clavera.

Otra ceremonia especial se encierra en el envío de una serie de productos y animales (cebada, juncia, harina, aceitunas, miel, higos, un buey, 26 moruecos, 6 ovejas, 2 machos cabríos, 2 cabras, 1 cebón, 6 puercas, vino, paños y una cántara de género indeterminado) a *pa-ki-ja-na* con ocasión de una especie de consagración o iniciación real (PY Un 2).

Oficiantes y servidores

Todo culto necesita sus oficiantes. En la *Odisea* es el rey Néstor el que realiza las funciones de sacerdote en el sacrificio de una novilla a Atena y, por influencia de la teoría de un rey-sacerdote en Cnoso sostenida por Evans, en los primeros tiempos del desciframiento se especuló mucho sobre el carácter sacerdotal del monarca micénico. Sin embargo, el oficio sacerdotal disfruta de su propia designación en las tablillas con el término clá sico para sacerdote (*i-je-re-u /hierēus/*) *y* sacerdotisa (*i-je-re-ja /hiereia/*). En Cnoso se atestiguan varias veces unas sacerdotisas de los vientos con sede en la propia Cnoso y en otra localidad de situación indeterminada. Dado que aparecen en las listas de acciones de un mes determinado, se ha pensado que se trata de ofrendas coyunturales para propiciar vientos favorables en la apertura del período de navegación en el Egeo. Sin embargo, no suele darse una descripción de las divinidades a las que sacrifica el oficiante. En Pilo, sacerdotes y sacerdotisas aparecen con sus nombres en ocasiones con la mención de los lugares en los que ofician. Poseen tierras, son renteros y arrendadores, y poseen esclavos propios, a veces en gran número. La tablilla Ae 303 nos enseña que en Pilo son catorce las esclavas de la sacerdotisa destinadas especialmente al cuidado de la parafernalia de oro. De los nombres propios de esta gente del culto, no vemos que se trate de nombres parlantes ni especialmente aristocráticos; sólo el sacerdote de *pa-ki-ja-na* puede tener un nombre explicable por el tabú del pelo, que hacía que se evitara cortarlo (*we-te-re-u /Wetheirēus/*).

Oficiante religioso es también la «Clavera», a la que ya hemos

aludido. Dado que interviene nominalmente con las autoridades locales en la requisa del bronce de los templos, debe tratarse de una especie de sacristana. También existe un «sacrificador» (*i-je-ro-wo-ko /hieroworgos/*).

La posición social de los oficiantes religiosos es elevada. En un cómputo global de tierras, la sacerdotisa, la sacristana y el sacerdote de *pa-ki-ja-na* son puestos en el mismo parágrafo que el conde del lugar. Esta posición no impide los pleitos de la sacerdotisa Erita con los propietarios locales y con la comunidad, como vimos en el lugar oportuno. Como propietarios que son, los oficiantes pueden tener sus propios esclavos, como hemos dicho. Estos son distintos de los que aparecen en el catastro de *pa-ki-ja-na* con el apelativo de «esclavos del dios». La capacidad que tienen estos individuos para tomar tierras en arriendo es indicio de que no se trata de «esclavos» en el sentido estricto del término. Puede tratarse de una designación metafórica (como nuestras Siervas de Jesús) para indicar una especial relación con una divinidad determinada, de cuya «casa» formaban parte.

La economía del templo

El panorama que acabamos de trazar en el dominio de la re ligión micénica, independientemente de la presencia ya de determinadas divinidades capitales del panteón griego, nos proporciona una imagen «oriental» del templo, como centro de producción y de acopio de excedentes, inserto en la órbita de la administración central. En su papel de «banco» primitivo puede liberar recursos en las horas de necesidad, como podremos ver en el capítulo XI.

Bibliografía comentada

R. Hägg, «Mycenaean Religion: The Helladic and the Minoan Components», *Linear B. A 1984 Survey,* pp. 203-225. J. Chadwick, «What do we know about Mycenaean Religion», *Linear B. A 1984 Survey,* pp. 191-202. *Sanctuaries and Cults in the Aegean Bronze Age. Proceedings of the First International Symposium at the Swedish Institute in Athens,* edd. R. Hägg, N. Marinatos, Stockholm 1981. E. French, «Cult Places at Mycenae», *ibidem,* pp. 41-48. R. J. Buck, «Mycenaean Human Sacrifice», *Minos* 24, 1989, pp. 131-137. A. Sacconi, «La tavoletta di Pilo Tn 316: Una registrazione di carattere eccezionale?», *Minos* 20-22 1987, pp. 551-556.

Capítulo Xl
ASPECTOS MILITARES. LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LOS PALACIOS Y SU REFLEJO EN LOS DOCUMENTOS

EL visitante de Micenas queda al momento impresionado por las ciclópeas murallas que rodean la acrópolis y la solemnidad de la Puerta de los Leones. La impresión se repetirá seguidamente en Tirinte, cuando su autobús de visita organizada, tras seguir la desviación que cruza los naranjales que encierran el antiguo Hereo y la bifurcación hacia la acrópolis micénica de Midea y las tumbas de Dendra, pase junto a la ciudadela de Eurito para incorporarse a la carretera de Argos que le lleve a la parada y fonda de Nafpli. Si es afortunado y viaja por sus propios medios, podrá detenerse en Tirinte y pasearse por las casamatas de su muralla y, si dispone de tiempo, visitará luego el antiguo arsenal veneciano que alberga ahora al Museo de Nafpli y contemplará allí, en el fondo del *piano nobile*, la imponente armadura de Dendra. La conclusión a que llegará será que los micénicos eran gentes belicosas, unos Señores de la Guerra, y recordará sus disputas internas y sus expediciones contra Troya, de las que la leyenda y la épica conservan el recuerdo.

El aspecto militar de la civilización micénica no podía faltar en las tablillas, por cuanto la producción y distribución de armamentos es objetivo fundamental de la casta dominante, la cual tiene su expresión concreta en la utilización del carro de guerra de un solo eje y dos caballos. El carro de guerra no supone en sí una marca de rango; la combinación de maderas, cueros, herrajes y apliques más o menos valiosos, con ser importante, representa económicamente la parte más menuda de este elemento de distinción social. Es el tiro de dos caballos lo que es difícil de obtener y de mantener, y hay indicios de que el palacio subvencionaba este mantenimiento, que le permitía mantener operativa su fuerza montada. En la *Ilíada* el carro es

empleado como un simple medio de transporte, aunque un comentario de Néstor nos recuerda la vieja usanza de su utilización en cargas masivas, práctica que, además de una extensa instrucción previa, necesitaba disponer de terrenos idóneos, algo que no abunda en Grecia, de modo que, en otras condiciones, podía servir el carro de medio de transporte de un hombre armado pesadamente. Mantener una fuerza de carros exigía el concurso de diversas esferas productivas: carpinteros, curtidores, guarnicioneros, ajustadores y criadores de caballos. Exigía llevar buena cuenta de su distribución y del estado de cada equipo (juegos de documentos Sc de Cnoso). Exigía, en fin, maestría técnica: en efecto, la rueda de cuatro radios es una obra maestra de la carpintería en la que hay que ajustar llantas, radios y buje de forma que constituyan una pieza sólida a la par que ligera en la que descanse toda la arquitectura del carro. Esta pieza clave, la rueda, recibe el nombre de «ajuste» *a-mo* (*/armo/*, plural *a-mo-ta /armota/*) y su plural designa, mediante el recurso de la *pars pro toto*, al propio carro en los poemas homéricos. La importancia primordial de la rueda hace que reciba especial atención y se almacene por separado del resto del chasis, algo ya conocido por Homero y las representaciones cerámicas posteriores. En Pilo se encontraron documentos con asientos referentes a las ruedas, pero no se halló ninguno referente a los cuerpos de los carros. En Cnoso, carros y ruedas son asentados por separado cuando se trata de inventarios de almacén. Se ha señalado que los chasis aparecen contados siempre en cifras múltiplos de cuatro, como si la especial forma cuadrada de los mismos permitiera una optimización del espacio de almacenaje por grupos de cuatro. Algo parecido a cuando se almacenan sillas por grupos de dos. Sin embargo, una unión de fragmentos que realizamos en 1989 nos da una cifra de 37 chasis, aunque siempre puede aducirse que se trata de 9 grupos de cuatro chasis más un chasis suelto.

Los micénicos hacían las ruedas preferentemente con madera de olmo, una de las más resistentes, aunque tenemos constancia también del empleo de sauce y de ciprés. Sabemos que en el II milenio a. C. los carros egipcios llevaban llantas de piel, pero sólo sabemos que las micénicas llevaban llantas (*termides*) y que las de algunas ruedas estaban dentadas (no sabemos si se trata de unas expansiones triangulares de las mismas claveteadas sobre el círculo de la rueda o

de unas llantas con protuberancias en forma de dientes para garantizar una adherencia a un terreno resbaladizo). El ensamblado de las piezas, que suele hacerse con cuero verde, es a veces de metal, bronce por lo general, aunque al menos una vez se empleó la plata. Hay menciones de distintas calidades y se lleva cuenta del movimiento de las mismas de talleres a almacenes, dentro de los sistemas de producción ya estudiados.

El carro es designado en las tablillas mediante un adjetivo *i-qi-ja /ikwia/*, que implica la restricción de un sustantivo general (probablemente *wo-ka /wokha–/* «vehículo», atestiguado en Pilo) a su empleo con caballos: [carro] de caballos. La designación micénica se conserva en un epíteto homérico que queda ahora aclarado: *hippiokharmēs* «el que goza con los carros». Los carros de la serie Sd de Cnoso aparecen descritos con todos sus elementos, como ejemplificamos con el documento 4401 (seguimos el orden micénico de lectura, primero la segunda línea .b y después la primera .a):

DOS CARROS *taraceados de marfil, provistos de ruedas, con pieles rojas*
dotados de riendas, con anteojeras de cuero y pasarriendas de cuerna CARRO[2

En algunas ocasiones se anota la falta de piezas del equipo y no siempre es fácil discernir de qué elementos se trata, aunque a uno de ellos les faltan cinco elementos, de los cuales sólo entendemos las riendas, una especie de peldaño o estribo y algo que debe ser el suelo de la caja del carro. Con las ruedas montadas fijas sobre un eje (lo que exigía un difícil entrenamiento para levantar el carro sobre una rueda en los giros), la función de amortiguador la ejercía el propio piso del carro (*pe-qa-to /pedg^{w}aton/*), cuya flexibilidad se lograba gracias al entrelazamiento de correas de cuero. Varios carros llevan de bronce lo que hemos traducido por pasarriendas. Del dibujo del logograma para el carro sabemos que éste tenía en la parte de atrás una especie de ampliaciones laterales desmontables, de cuyos asientos separados quizá conservamos (Sp) la mención. Otro elemento característico es un tirante que une la parte delantera del barandal con el extremo del timón; unas correas suplementarias aseguran la unión firme de timón y tirante, garantizando así una mayor resistencia a las tensiones. El término micénico para este tirante (*i-qo-e-qe /ikwohek^{w}es/* «siguecaballos»?) puede ir acompañado de un adjetivo que significa

«de madera», lo que implica que podía ser también de metal.

Carros y ruedas aparecen alguna vez referidos a localidades de Creta, en Festo, en Cidonia y en *se-to-i-ja.* Dado que ello implica un carácter palaciego para el lugar citado, la aparición de al menos tres carros en *se-to-i-ja* (Sd 4407) constituye el argumento de más peso para la identificación de este topónimo con el palacio de Malia.

Los carros asirios y hurritas llevaban por lo general una dotación de tres hombres, un cochero, un arquero y un escudero, cuyas funciones son evidentes. Los carros micénicos debían ser, por el contrario, de dos plazas, a juzgar por los testimonios de frescos, cerámica y sellos: un guerrero y su cochero o auriga, que en las tablillas aparece designado con el precedente del nombre clásico (*a-ni-o-ko /annihokhos/* «llevarriendas»).

Como vimos en el capítulo I, la introducción del caballo es relativamente reciente en Creta. El carácter de novedad del carro con caballos queda manifestado, como vemos, en su propio nombre. En toda el área del Mediterráneo oriental, en la segunda mitad del II milenio a. C., el caballo se convirtió en el símbolo de las dos actividades esenciales de la clase noble: la caza y la guerra, símbolo de posición social ocupado antes por el buey, patrón de valor en el trueque. Esta confrontación entre el caballo y el buey, entre el carro ligero tirado por los caballos y el pesado carromato de bueyes, no se ha decantado aún en la antroponimia micénica en favor del caballo, como ocurrirá en la onomástica griega posterior.

Esto nos lleva a tratar de la finalidad de tan elevado contingente de carros en las tablillas de Cnoso, ya que podemos reconstruir una cifra de alrededor de 600 carros para los documentos del arsenal, y de 100 a 150 para el archivo más antiguo de los juegos Sc. El contingente es de un orden similar al registrado en Nuzi, en Mitanni, con sus 300 carros sometidos a un sistema de prestación parejo al que se puede detectar en los documentos micénicos.

Este número tan elevado no se compadece ni con la naturaleza del terreno de Creta, donde es difícil encontrar un llano practicable para una carga, ni con el control de Cnoso sobre al menos dos tercios de la isla. Como elemento disuasorio de una invasión externa no tiene sentido, como tampoco lo tiene para mantener sujetas a poblaciones indígenas minoicas. El refugio en las tierras altas ha sido practicado

asiduamente a lo largo de toda la historia de Creta y en esos terrenos los carros eran ineficaces. La conclusión es difícil y quizá nos hallamos más bien ante la concreción de un importante sistema de comunicaciones, a la par que ante un símbolo de prestigio.

Cuando se aborda el estudio del conjunto de las tablillas Sc, donde, además de los carros y de los tiros de caballos, se anotan en cada partida corazas y lingotes cuyo destino es enigmático, y se trata de hacer constar el estado real de la fuerza montada, la perplejidad es notable. J. Chadwick lo expone en los siguientes términos: «Si es éste un inventario de la disponibilidad presente de dicha fuerza, está lamentablemente mal equipada; casi no hay una unidad que esté lista para entrar en acción, unas tienen sólo un caballo o no tienen ninguno, otras tienen caballos, pero no carro, y un montón carece de corazas. O bien la fuerza acaba de toparse con un desastre o no ha sido empleada desde hace tiempo, de modo que se ha perdido la mitad del equipo. Ninguna de estas alternativas parece probable; ¿podemos imaginar, entonces, alguna otra solución?» (*El mundo micénico*, p. 213). La solución no es, desde luego, recurrir a la idea de una escuela de escribas, sino el examen de documentación similar en las civilizaciones orientales coetáneas. De este modo, la comparación de las fuerzas de carros muestra que la de Cnoso estaba mejor equipada que, por ejemplo, la de los *marijannu* de Alalak, en lo que hace a caballos, y mucho mejor que la de Nuzi en lo que se refiere a corazas. La explicación del lamentable estado del equipo bélico debe buscarse por la línea de la segunda alternativa propuesta por Chadwick: el escuadrón no ha sido reunido desde hace tiempo y el equipo que se le asignó en su momento ha podido ser diezmado voluntaria o involuntariamente.

Con escasas condiciones geográficas naturales para el despliegue de los carros, el número reseñado sólo adquiere sentido si se dispone de un acondicionamiento del terreno que los justifique, es decir, si existen vías que permitan su utilización. En un país tan vivido como es Grecia, el rastreamiento de carreteras del período micénico no es tarea fácil ni en Creta ni en el continente. Evans señaló algunas rutas y localizó atalayas minoicas que las vigilaban. En Mesenia se han podido localizar algunos tramos de carreteras y la tradición de su existencia se deduce del viaje de Telémaco desde Pilo a la Esparta de

Menelao, referido en la *Odisea*. Una red de carreteras es un instrumento básico de control para una administración y la extensión del control de Cnoso sobre la casi totalidad de la isla de Creta puede haber sido facilitado grandemente por una red viaria, aunque en una isla de la accidentada orografía de Creta el viaje por mar puede ser más factible a la par que descansado.

Armas defensivas

Lo primero que llama la atención de las armas defensivas micénicas es la ausencia total de una referencia al escudo en los documentos y lo mismo podemos decir de las grebas o canilleras. Dado que en su confección intervenían dos materias de evidente interés administrativo como el cuero y el bronce, su omisión puede deberse a la limitación de nuestra información. El escudo cuadrado que cubre todo el cuerpo «como una torre» presenta en los frescos de Akrotiri una muesca en su parte superior y su trazado puede estar reflejado en el silabograma **62* (*pte*) y en alguna forma del logograma **146*.

Yelmo y coraza, por el contrario, están bien representados en la documentación micénica: sólo Micenas no ofrece texto alguno relativo a este material.

Homero conserva como una reliquia de tiempos pasados la descripción del yelmo micénico de colmillos de jabalí, tan profusamente representado en hallazgos, grabados y tallas de marfil de época micénica. De dicho yelmo no tenemos constancia escrita. En las tablillas Sk de Cnoso se recogen panoplias enteras con mención del yelmo (*ko-ru /korus/*) con dos aditamentos (*e/o-pi-ko-ru-si-jo/ja /e/opi-korusio/ai/*) y dos carrilleras (*pa-ra-wa-jo /parawwaiō/*).

La factura del yelmo y de la coraza documentada en los textos de Pilo ha merecido gran atención, gracias a que conservamos una descripción de los elementos o piezas integrantes y su número. Se trata del juego de tablillas Sh, un conjunto de 12 documentos, al que ya nos referimos antes. El encabezamiento (736 + 740) dice:

Corazas, trabajo de Amías en la casa de Mesene, nuevas [PARES]5

viejas CORAZAS *PARES 5, idénticas todas: apliques mayores A 20 menores 10, del yelmo A 4 CA 2*

Tras el encabezamiento seguían dos series de tablillas con sendas panoplias, cuatro de ellas con la proporción de apliques 22 mayores y 12 menores. El término traducido por aplique (*o-pa-wo-ta /op-aworta/*) reaparece quizá en la serie Ug de Tebas en forma acrofónica. Se trata de láminas de metal que irían cosidas a un forro de lino o de cuero. El modelo viejo o del año anterior lleva 20 y 10 de uno y otro tamaño, mientras que las corazas de la última producción del año tienen 22 y 12 respectivamente. Dado que el espacio por cubrir presenta dos superficies claras, el pecho y la espalda, hemos de dividir las cifras por dos, de modo que tendremos diez (u once) apliques mayores y cinco (o seis) apliques menores para peto y espaldar. Como en el modelo antiguo la cifra de apliques mayores es el doble de la de menores, no es arriesgado suponer que aquéllos estaban dispuestos en dos filas. Aunque la representación pictórica del logograma apunta hacia una disposición de láminas horizontales, al estilo de la coraza de Dendra, resulta difícil disponer 5 + 5 + 5 apliques, a menos de que los 5 + 5 mayores cubran pecho/espalda y faldellín y los costados bajo el brazo sean protegidos con los 5 + 5 apliques menores. Chadwick sugiere, por el contrario, una disposición en vertical, con los 5 apliques menores en el talle, para dar flexibilidad al conjunto. Esto explicaría la innovación del nuevo modelo con una disposición trapezoidal derivada de ampliar en un aplique el talle y el faldellín para permitir un mejor juego. Es posible que la Arqueología nos dé en su momento la respuesta a esta disposición de los apliques. El yelmo a juego lleva cuatro apliques y dos carrilleras, montados aquéllos igualmente sobre un cuerpo de cuero o lino.

La coraza de la panoplia de Cnoso es más sencilla: tiene dos piezas llamadas *qe-ro*$_2$, un peto y un espaldar, y dos hombreras. Es el tipo de defensa que aparece en las tablillas Sc y hay indicios de que quizá fuera de lino.

Armas ofensivas

Las principles armas ofensivas micénicas eran la lanza, la espada y el arco. La lanza aparece atestiguada en una sola tablilla (R 1815), procedente del arsenal de Cnoso, en número de doce y la especificación de su nombre *enkheha* y el material, bronce, de que

están hechas. Hay otro tipo de arma arrojadiza, quizá más ligera que la anterior, de la que tenemos constancia por reseñarse en unos nódulos del arsenal también, exhumados en compañía de lo que se definió como puntas de flechas. Su nombre (*pa-ta-ja /paltaia/*) recuerda el clásico para la jabalina.

En las espadas, los micénicos distinguen en sus asientos un tipo grande, esto es, una espada propiamente dicha, que recibe el nombre de *k^{w}siphos* (*qi-si-pe-e* dual), que pervive en Homero y otra de tipo menor, más bien una daga o puñal, que recibe el nombre de *phasganon* (plural *pa-ka-na /phasgana/*), para la que tenemos al menos dos juegos de documentos, de los cuales el más numeroso, escrito por la mano 126, ha sido entendido como el catálogo de las armas almacenadas en la armería de la guardia del palacio (Chadwick). Se trata de un juego de unos veinte documentos, de los cuales uno es una tablilla totalizadora:

TO-SA pa-ka-na PUG 50[
/TOSSA phasgana/ PUG 50[
«TANTAS dagas DAGA 50[»

Falta el extremo derecho del documento, en el que podrían haber estado anotadas las unidades hasta un total de 9. Las cifras de las otras dieciocho tablillas integrantes del juego oscilan de la unidad hasta cinco, de modo que, aunque fragmentado, el juego debe estar completo. En ocasiones se especifica que las dagas en cuestión están «provistas» de un aditamento (*de-so-mo*) que se ha entendido como «tahalí» (Chadwick), pero que por nuestra parte preferimos interpretar como «empuñadura», realizada por dos «juntas» o cachas de marfil o cuerna a ambos lados de la base). Cada documento está encabezado por un antropónimo al que le sigue un nombre de oficio, bien *pi-ri-je-te* bien *ka-si ko-no*, oficios que deben tener relación con la fabricación de este tipo de armas. En el otro juego de tablillas sobre dagas, Ra(2), que recogen elevadas cantidades de esta arma, se nos especifica que pueden tener empuñadura de marfil o de cuerna (*e-re-pa-te/ke-ra de-de-me-na /elephantei/kerai dedemena/*). Es muy posible que los dos nombres de oficio tengan que ver con el trabajo del marfil el primero y con el acabado del metal el segundo y hemos sugerido que las dagas asentadas no son el estadillo de armería de un cuerpo de guardia, sino el registro de dagas de lujo destinadas a la exportación, del tipo de las

que empiezan a ponerse en boga en la época de las tumbas de pozo de Micenas. La exportación de este tipo de dagas cretenses era una práctica antigua, ya que son estas dagas las que aparecen como importaciones de lujo desde Creta (*Kaptara*) en los inventarios de Zimrilim en Mari.

No tenemos en la documentación mención clara del arco, aunque es probable que en Cnoso un juego especial de asientos note este arma por medio del logograma **256*. Los pretendidos testimonios de las tablillas sobre la existencia de un arco de tipo compuesto, como el empleado por Ulises en la prueba de las hachas y posterior matanza de los pretendientes, se interpretan mejor como envíos de materiales diversos para la fabricación de carros (pieles, cuernos y tendones o nervios de cabras monteses, tablillas Mc de Cnoso). En las representaciones de la época sólo se documenta el gran arco de una pieza. La flecha, por el contrario, es inventariada en una tablilla en cantidades elevadas: 6.010 en un asiento y 2.630 en otro. Desgraciadamente la tablilla está rota y no conservamos su comienzo, por lo que no conocemos el nombre micénico para la flecha ni se excluye que éste fuera *pa-ta-ja*.

En Pilo tenemos quizá recogida una doble hacha, a juzgar por el logograma (**232*, aunque su designación es oscura (*wa-o*).

Reclutamiento

Independientemente de la existencia de un contingente militar «profesional» vinculado a la nobleza, con un entrenamiento especial que le permitiera la lucha con armamento pesado y el manejo y táctica del carro de guerra, pueden rastrearse los mecanismos en los que se fundamenta la conscripción militar o reclutamiento. El sistema, al igual que ocurre en los regímenes coetáneos del Levante y Mesopotamia, descansa sobre la prestación de servicios como contrapartida de la cesión de tierras por parte del monarca. Es lo que los asirios llamaron *ilku* y tiene en la esfera militar su desarrollo más notable. Ya examinamos las propiedades vinculadas a una obligación y no vamos a insistir más en ello. En el dispositivo de defensa del reino de Pilo veremos que las unidades apostadas están integradas por contingentes reclutados en las proximidades y los indicios apuntan a

que sus integrantes tienen cesiones de linares.

Pero es quizá en la armada donde mejor puede observarse el sistema de conscripción, a pesar de lo magro de la información. La talasocracia minoica, si no fue un mito o un anacronismo de Tucídides, parece haber dejado poca huella en sus sucesores micénicos. J. Chadwick ha querido ver en un juego de tablillas de Cnoso (V, de la mano 125) el rastro de una flota cretense, con barcos apostados en distintos puertos de la isla y la mención de sus dos oficiales. Pero es en Pilo donde este estudioso ha podido establecer la vinculación de la tenencia de tierras con determinada obligación de un servicio militar, en este caso, participando como remeros en las naves. Conservamos incluso un documento con la leva de remeros en cinco localidades de la costa pilia (An 1), que, comparado con las contribuciones de las mismas en otro documento (An 610), muestra que las proporciones de la prestación de servicio militar de los distintos lugares se compadece con las proporciones que se les aplican cuando se trata de otras contribuciones o prestaciones, es decir, que la leva mencionada es totalmente rutinaria. Esto tiene implicaciones interesantes en el marco de la pintura de los últimos días de Pilo, ya que muestra que, en el supuesto de un enemigo exterior, la reacción administrativa, en lo que a una movilización se refiere, fue en todo caso puramente rutinaria. La tablilla en cuestión recoge la precisión de que los remeros implicados están en camino a Pleurón, localidad que no tiene por qué ser la misma que la que en época clásica lleva este nombre, al norte del golfo de Corinto. Una reciente unión de fragmentos nos confirma que las cifras suman un total de 30 hombres. Este número puede representar el total de una tripulación de un barco micénico a la que había que añadir los oficiales y timoneles y, aunque es un contingente algo más reducido que el de la tripulación de las naves homéricas (cincuenta por barco más dos oficiales), es un número suficiente. Aparte de dos tablillas más de levas de tripulaciones marineras (An 610 y 724), no tenemos más documentación relativa a precauciones navales que garantizaran la defensa de Pilo, ya que el palacio, en el momento de su destrucción, carecia de las murallas que lo circundaron en épocas anteriores. Los topónimos de los tres documentos son puertos y son enumerados en un orden consistente de norte a sur, a partir del puerto de Pilo en la actual

Voidokiliá, *ro-o-wa*.

La defensa de Pilo ante un ataque externo no se basaba, pues, en el potencial de su flota ni tras formidables recintos amurallados como los de Micenas, Tirinte y Gla. El dispositivo defensivo pilio estuvo integrado por unidades de tierra, tal como puede rastrearse en la documentación. J. Chadwick ha logrado precisar el plan estratégico del Estado Mayor pilio y localizar las unidades por la geografía del reino.

Conservamos un juego de tablillas en excelente estado, cuyo orden es difícil de establecer, salvo para la tablilla inicial, An 657, que lleva el encabezamiento del documento: *o-u-ru-to o-pi-a*$_2$*-ra e-pi-ko-wo /ho– wruntoi opihala epikowoi/* «Así guardan las costas los vigilantes». Sigue después la enumeración de las distintas unidades llamadas *o-ka*, probablemente *orkhai*, unidades de mando a cargo de un *órkhamos*, término que encontramos en Homero, cuya base de operaciones se asienta y cuyo contingente es variable, pero siempre un múltiplo de 10, el número básico de los equipos laborales micénicos, que hemos de suponer calcado de la organización militar. Se anota el nombre del oficial responsable de la unidad y aparecen asentados igualmente los nombres de los mandos de cada una de estas subunidades básicas de 10 hombres o pelotones y una serie de especificaciones sobre los contingentes, fundamentalmente su procedencia y una oscura descripción. Podemos ejemplificar lo expuesto con la anotación referente a la primera unidad (An 657.2-4): unidad de Maleo (capitán) en *Owit(h)nos*: Anfertilao, Orestes, Eteas, Gorgios, Seirowios (sargentos); *orkhalai* de *Owit(h)nos* HOMBRES 50.

A estas compañías (*orkhai*) están adscritos los condes pilios en una distribución variable. Para seguir con la primera tablilla del documento, tras la unidad de Maleo viene la de *Nedwa–ta–s,* con dos suboficiales al mando de cada pelotón y veinte hombres *ke-ki-de /kerkides/* de *Kuparissos* apostados en *a*$_2$*-ru-wo-te* «La Salina»; sigue otro pelotón de idéntica descripción y procedencia en *ai-ta-re-u-si* «Los Quemados». Con todos ellos está el conde Kerkios Aerifontas (*me-ta-qe pe-i e-qe-ta ke-ki-jo a-e-ri-qo-ta*) en la Rada de los Ciervos (*e-ra-po ri-me-ne*).

La disposición de las unidades y la procedencia de los contingentes permite llevar a cabo deducciones de gran valor geográfico. Así, en el

ejemplo citado, los apostamientos de La Salina y Los Quemados y el puesto de mando de la Rada de los Ciervos están en la vecindad de *Owit(h)nos*; *Kuparissos* debe estar igualmente próximo, ya que sus gentes integran el contingente local, etc.

La disposición de las unidades y la adscripción de las mismas a los condes pilios permite a Chadwick establecer la distribución de responsabilidades de vigilancia de éstos en diez sectores:

A-e-ri-qo-ta	Sector I + II norte	zona del río Kiparisía
A_3-ko-ta	Sector II sur	zona del río Kiparisía
A-re-ku-tu-ru-wo	Sector III	zona del río Kiparisía
Ro-u-ko	Sectores IV, V y VI	?
Pe-re-qo-ni-jo	Sector VII norte	*ne-wo-ki-to*
Di-wi-je-u	Sector VII sur	*ne-wo-ki-to*
Di-ko-na-ro	Sector VIII norte	*a-ke-re-wa*
Pe-re-u-ro-ni-jo	Sector VIII centro	*a-ke-re-wa* Pilo
Ka-e-sa-me-no	Sector VIII sur	*a-ke-re-wa*
Wo-ro-tu-mi-ni-jo	Sector IX	*e-na-po-ro*
Anónimo	Sector X	Nijoria

Comparada esta distribución con los listados de localidades costeras de las tablillas de levas marineras, constatamos que no aparecen ni *ro-o-wa*, ni el trío de *ri-jo*, *te-ta-ra-ne* y *a-po-ne-we.* El puerto de Pilo no necesitaría una vigilancia especial y las unidades de protección son las que defienden el acceso al palacio. La ausencia de las otras tres localidades costeras muestra que el monarca pilio ha concentrado su esfuerzo en defender las regiones más sensibles de su reino y ha dejado sin guardar el extremo de la península, el promontorio Acritas, que, como vimos, apenas tenía interés económico y estaba poco poblado y cubierto de bosque mediterráneo.

Las unidades de vigilancia deben estar apoyadas por batallones de efectivos más numerosos. Es esto lo que explica la irregular disposición de los condes por sectores, quienes, como propone con acierto Chadwick, debían de estar a cargo de estas tropas de choque o divisiones. Con ello el plan estratégico queda claro. De las once divisiones, seis están situadas en el distrito del palacio, cubriendo un posible desembarco entre la bocana sur de la bahía de Navarino y la

costa inmediatamente al norte de Voidokiliá. Una división en Nijoria cubre la retaguardia en previsión de un desembarco en el golfo de Mesenia. Otras tres divisiones controlan la franja de costa desde la frontera norte en el río Neda hasta la margen izquierda de río Kiparisía, cerrando la posibilidad de una penetración en Mesenia por la vía del valle Súlima o un descenso hacia Pilo a lo largo de la costa occidental, en algún lugar de la cual se encuentra apostada la división restante. Estratégicamente hablando, se trata de un dispositivo eficaz, que, sin embargo, no funcionó como se esperaba, aunque contuvo el golpe el tiempo suficiente como para permitir que los habitantes del palacio lo abandonaran con sus propiedades más valiosas y la población del reino se refugiara en el interior en nuevos asentamientos que llamarían con los nombres de los lugares abandonados, de modo que se conservan en el milenio siguiente en el territorio de Arcadia.

Época del año de la caída de los palacios

Las tablillas no documentan evidentemente el año en que fueron destruidos Pilo y cada uno de los palacios que nos las han librado o, mejor dicho, los horizontes de destrucción que conservaron los documentos, pero sí que podemos situar dentro del año la época más o menos aproximada en que ocurrieron los desastres. El fundamento de esta deducción es el propio carácter anual de la documentación, por lo que lo conservado, aun fragmentariamente, es el producto del quehacer administrativo que abarca desde el comienzo del nuevo año fiscal hasta el momento de la catástrofe. Este fundamento nos proporciona indicios de dos tipos: los primeros se derivan del tiempo de las transacciones asentadas en el calendario agrícola de esta zona del Egeo; los segundos se derivan del simple número de nombres de meses conservados en cada centro, lo que nos permite un término *post quem*. Es decir, si conservamos tres nombres de meses en Pilo, por ejemplo, habremos de suponer que el final del palacio debió de producirse lo más temprano en el tercer o cuarto mes del año fiscal en curso. El problema básico que hay que resolver es la fijación de en qué momento del año solar (equinocios de primavera y otoño, solsticios de verano e invierno) comienza el año oficial. Para determinarlo hay que acudir al testimonio de las tablillas en relación con el calendario

agrícola y ganadero y la ausencia de asientos referentes a la vendimia y a sus resultados, por ejemplo, nos permiten suponer con fiabilidad que el año micénico comenzaba en el solsticio de invierno y no en el equinocio de otoño, como lo hacen la mayor parte de los calendarios griegos posteriores.

En Pilo tenemos tres nombres de meses, de modo que la destrucción le sobrevino en marzo o en abril. Las navegación en el Egeo empieza con la primavera y, en el posterior calendario ateniense, se corresponde con el mes *Elaphebolión*. De este modo, una expedición transportada por mar debe escoger el comienzo de la época para asegurarse, frente a los serios inconvenientes que pueden ocasionar demoras inesperadas, un regreso seguro a las bases de partida antes del cierre de la estación. Uno de los meses pilios es el de *po-ro-wi-to /Plowistos/*, que Palmer interpretó como el «mes de la navegación» y que correspondería a nuestro marzo.

Parece claro que los nombres de los meses del calendario micénico diferían al menos entre Pilo y Cnoso, hecho no extraño que se repetirá en épocas posteriores. Los nombres de meses atestiguados en Cnoso son al menos siete, por lo que, teniendo en cuenta la posibilidad de que no esté registrado el mes en curso, concluimos que el palacio de Cnoso fue destruido no antes del séptimo u octavo mes del año micénico. Esta deducción no es alterada por la novedad de las tres capas cronológicas de tablillas para este centro, ya que estas consideraciones afectan solamente al último horizonte de destrucción. Si atendemos al calendario agrícola tal como nos lo dibuja Hesíodo y los documentos que recogen trigo en Cnoso son realmente registros de cosechas, llegamos efectivamente a julio, ya que la trilla del cereal comienza con la aparición de Orión, esto es, el 9 de julio. Es necesario hacer después la medida del grano, anotar la información y enviarla al centro administrativo y de ahí al palacio. Por lo tanto, finales de julio es una buena fecha para fijar el término después del cual tuvo que caer Cnoso. Dado que no tenemos testimonios ni de la vendimia ni de la tala de madera, en octubre del año en cuestión Cnoso era ya una ruina. Sin embargo, hay un dato que no parece encajar con una época tan avanzada del año. Evans supuso que el palacio había sido destruido en primavera, porque las señales del fuego indicaban que soplaba un fuerte viento del sur en ese momento, y los vientos de dirección S y

SW son más frecuentes entre noviembre y abril. Pero este argumento no tiene valor absoluto. De cualquier modo, los datos agrícolas y ganaderos de las tablillas de Cnoso sugieren que al menos la mitad del año había transcurrido ya con toda normalidad y no se aprecian en ellas signos de que hubiera situaciones de peligro inminente. Lo avanzado de la fecha sugiere que ha de excluirse quizá la hipótesis de un ataque desde el exterior de la isla. Este tipo de incursiones suele emprenderse con la apertura del mar a la navegación para prever la circunstancia de una retirada a las bases de partida. Excluida una acción exterior, que da en pie la posibilidad de una acción natural o de un levantamiento interno.

Esto nos lleva a la cuestión de quién destruyó los palacios micénicos. La respuesta no es unitaria. por cuanto las destrucciones no son tampoco contemporáneas unas de otras, como tuvimos ocasión de ver en el capítulo 1.

Lo cierto es que, hacia finales del HR III B2, casi todos los grandes centros micénicos del continente son destruidos parcial o totalmente, por lo general con incendios. Sigue un abandono generalizado que hace que, tras la etapa de destrucciones, el número de lugares ocupados sea mucho menor, especialmente en el sudoeste del Peloponeso y en Beocia, donde continúan ocupados el 10 % de los yacimientos. En la Argólide, en Laconia, en la Lócride y en la Fócide, la proporción sube al 30 % y llega al 50 % en el Atica. A pesar del despoblamiento, el período HR III C sigue siendo micénico en su carácter, aunque la organización económica, social y política ya no es la que obtenemos de la interpretación de las tablillas. Las teorías que tratan de explicar el fin de la época micénica son variadas y pueden ser reducidas a tres grandes tendencias. La primera de ellas considera la intervención de un agente exterior, concretado en un movimiento migratorio que tiene dos interpretaciones: los dorios o los llamados pueblos del mar. La segunda tendencia se traduce en un papel primordial de los agentes naturales, concretados en terremotos o en cambios climáticos. Finalmente, se ha tratado de explicar el fin de la civilización micénica por las propias contradicciones de su estructura económica y social, dando el papel de agente desintegrador a los conflictos internos.

La tradición griega asignaba a los dorios el fin de la civilización

micénica. En efecto, combinando las tradiciones históricas recogidas sobre todo por Heródoto y Tucídides con los datos de la geografía dialectal, se obtenía un cuadro suficientemente com pleto y orgánico del desarrollo de la invasión doria, de la que era difícil rastrear los testimonios arqueológicos. En su momento vimos que este modelo lingüístico ha sido desmontado por los nuevos datos y un nuevo modelo obliga a considerar el «Retorno de los Heraclidas» (el nombre tradicional como se conocía a la invasión dórica) desde otra perspectiva.

Excluidos los dorios, se ha tratado de establecer una relación estrecha entre las perturbaciones que se producen en los reinos micénicos y las destrucciones que se dan en Anatolia, Chipre y la costa levantina en las postrimerías del siglo XIII. A estas oscuras gentes, preservadas para la historia en los relatos de las campañas de Menerptah y Ramsés II, quienes rechazaron con éxito su desembarco en el delta del Nilo, se les ha confiado el honor de haber arruinado no sólo los reinos micénicos, sino el pujante imperio hitita. La destrucción de la costa siriolevantina prueba que su avance siguió la ruta oriental hacia Egipto y no la occidental, que hubiera supuesto el dominio de Creta y, quizá, la destrucción previa de los asentamientos micénicos en el continente, para asegurar la retaguardia. La presencia de «aqueos» entre los pueblos del mar no está asegurada y ya se puso de manifiesto la debilidad del argumento que vincula la escasez de bronce en Pilo con la ruptura de las vías de suministros por los pueblos del mar.

Dentro de los agentes naturales, la teoría de R. Carpenter de un brusco cambio climático —una sequía prolongada— que habría arruinado una economía basada fundamentalmente en la agricultura gozó durante algún tiempo de aceptación, pero hoy ha sido arrumbada, tras los análisis del polen encontrado en los niveles arqueológicos correspondientes, que ha resultado ser de vegetación propia de climas húmedos, y la valoración de la gran diferencia existente entre las distintas regiones naturales a las que tal cambio habría afectado. Por otra parte, aunque en Tirinte hay indicios de que su destrucción pudo deberse a un terremoto, que habría afectado igualmente a Micenas y a Pilo, según K. Kilian, ni puede adscribirse cronológicamente a la catástrofe de Tera, ocurrida cuatro siglos antes, ni sirve de explicación

para el abandono generalizado de los asentamientos.

Se ha señalado, en fin, que la propia interrupción de la expansión micénica, cualesquiera que fueran las causas, provocó el desmoronamiento de la organización política micénica, basada en la guerra de conquista, y de su base económica, el intenso comercio exterior. En una visión belicista, la desaparición de guerras exteriores hace que pierda el caudillaje su justificación natural y que los vasallos, cada uno en su escalón, tiendan a independizarse. De ese modo se explicaría un proceso de desintegración política que llevaría en los primeros siglos del I milenio a. C. al más exacerbado particularismo. El modelo del «conflicto interno», sin embargo, ha sido mejor matizado con la propuesta de una «lucha de clases» entre las diferentes categorías de la población, a las que el despótico sistema económico palaciego no satisfacía. Lingüísticamente ya vimos que pueden suponerse dos grandes estratos sociales de población, de los que el inferior presenta rasgos conservadores que usualmente se relacionan con las hablas dorias y cuya eclosión, frente a la desapa rición de las estructuras dirigentes, puede explicar el fin de la civilización micénica y su ruralización.

Cualquiera que fuera el agente destructor o la causa del languidecimiento paulatino de los centros micénicos, éstos y, en casos favorables, sus archivos quedaron enterrados bajo el barro de los siglos, hasta que la mano de los arqueólogos sacara a la luz el arcón de su documentación y en 1952 un joven inglés, Michael Ventris, hallara su llave que nos permitirá hacer hablar a cuantos documentos puedan poner en nuestras manos las futuras excavaciones.

Bibliografía comentada

F. Vandenabeele, J.-P. Olivier, *Les idéogrammes archéologiques du Linéaire B*, Paris, 1979. Para los materiales de fabricación de carros, véase J. L. Melena, «On the Knossos Mc Tablets», *Minos 13,* 1972, PP. 29-54. J. L. Melena, «Reflexiones sobre los meses del calendario micénico de Cnoso y sobre la fecha de la caída del Palacio», *Emerita* 42:1,1974, pp. 000-102. Un interesante ensayo sobre el final de los palacios puede hallarse en P. A. L. Greenhalgh, «How are the mighty fallen?», *Acta Classica* 21, 1978, pp. 1-38.

Bibliografía general

Chadwick, J., *El mundo micénico*, Madrid, Alianza Editorial, 1977[1], *El enigma micénico*, Madrid, Taurus, 1962 . Pendlebury, J. D. S., *Arqueología de Creta*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965. Vermeule, E., *Grecia en la Edad del Bronce*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, *La muerte en la poesía y en el arte de Grecia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984. Marazzi, M., *La sociedad micénica*, Madrid, Akal, 1982. Hutchinson, R. W., *La Creta prehistórica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978. Finley, M. I., *El mundo de Odiseo,* México, Fondo de Cultura Económica, 1961. Faure, P., *La vida cotidiana en la Creta minoica*, Barcelona, Argos Vergara, 1984. Cottrell, L., *El toro de Minos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958; Baumann, H., *Puerta de los leones y el Laberinto*, Barcelona, Juventud, 1970. Ruipérez, M. S., «La región del Egeo en el II milenio a. C.», *Historia 16,* núm. 15, 1977, pp. 70-77; Ruipérez, M. S., Elvira, M. A., Blanco Freijeiro, A., «El mundo micénico», *Historia 16*, 88, 1983, pp. 59-84; Ruipérez, M. S., Elvira, M. A., Blanco Freijeiro, A., *Micenas*, *Cuadernos Historia 16*, 6, 1985. Treuil R., Darcque, P., J.-C., Poursat, J.C., Touchais, G., *Les civilisations égéennes du néolitique et de l'age du bronze*, Paris, Presses Universitaires de France, 1989. Glotz, G., *La civilización egea*, México, UTEHA, 1956. Mireaux, E., *La vida cotidiana en tiempos de Homero*, Buenos Aires, Hachette, 1962.

Una buena guía bibliográfica es la de Bryan Feuer, *Mycenaean Civilization. A Research Guide*, N. York-London, Garland Pub. Inc., 1996.

ANTOLOGÍA COMENTADA DE TEXTOS MICÉNICOS

La antología de textos publicada en las páginas 225-255 del libro original está recogida, corregida y aumentada en J.L. MELENA, *Textos griegos micénicos comentados*, Vitoria 2001, publicación a la que se remite al lector.

JLM